CAFÉ BRAMANTE

Carlos de Tomás



Café Bramante

http://editorialamarante.es

Índice

Nota del diario I
I - Martes por la tarde – El Bramante
Nota del diario II
II - Miércoles por la mañana – El encargo
Nota del diario III
III - Miércoles por la tarde – Estranha forma de vida
Nota del diario IV
IV - Miércoles por la noche – Un revuelo de vencejos
Nota del diario V
V - Jueves por la mañana – Las previsiones fallan
Nota del diario VI
VI - Jueves por la tarde – Nada es lo que aparenta
Nota del diario VII
VII - Jueves por la noche – Un hombre en la sombra
Nota del diario VIII
VIII - Viernes por la mañana – Encuentro inesperado
Nota del diario IX
IX - Viernes por la tarde – Se diluye en la turbidez
X - Calor y humedad
Biografía del autor
Bibliografía

Nota del diario I:

Estoy entre barrotes, intento encontrar la verdadera causa que me ha traído a esta cárcel singular… Todo comenzó no hace mucho tiempo, cuando un hombre de aspecto distinguido y zapatos relucientes entró en mi casa…

Intento buscar un nombre al protagonista. Es difícil encontrar un anagrama que defina al personaje. La idea me atosiga cuando el sujeto está en mi cabeza deseando salir con fuerza, antes lo tuve frente a mí, me contó la historia varias veces y no sé qué pensar. Estas últimas jornadas lo he afinado tanto que ya campa por sus fueros dando patadas a mis neuronas. Se le ocurrió una pirueta de la que no estoy muy convencido. “¿Quién es el escritor?” me reafirmé y aunque seguiré hablando con él, con un sujeto que es como una sombra, sé que me dará problemas. Al fin, me decanto por la definición “Malvado Don Juan”. Me gusta y encaja “Maldonado Vuján”. A él no le apetece ese nombre, tampoco la vida que lleva, y le dije en una nueva conversación sorda: le llamaré las más de las veces “Maldo”, no crea que por familiaridad, aunque nos vamos conociendo como si ya fuéramos dos viejos amigos, no, más bien por brevedad. Tiene que aguantarse con su destino. Antes de abrir el grifo de la pluma le recomendé que se volviera a la playa caliente de donde regresó hace días. “Deje al profesional que realice su trabajo, ya le llamaré”. Es otoño en Madrid, un otoño cálido y luminoso, como hace dos años cuando entró Maldonado en aquel café de Argüelles.

I - (Martes por la tarde) - El Bramante

Es difícil abstraerse a la belleza de la mujer que está sentada en el diván. Su pelo resalta sobre el fondo burdeos de la tapicería y el vestido color ceniza claro ayuda a dar luminosidad al rincón más oscuro del café. Maldonado Vuján la contempla con disimulo, sabe que ella se ha dado cuenta de las miradas furtivas. Maldonado tiene una cita y remata el tiempo que le sobra en el café Bramante, ya no sabe qué más hacer; le molesta la dilatada espera entre reunión y reunión; la que va a celebrarse dentro de unos minutos en el edificio contiguo es importante, quién sabe si su futuro cercano dependerá de ella. Pero está tranquilo, ha disfrutado del café con leche, ese tan bueno que hacen en el Bramante, mitad y mitad, la taza del tamaño justo, espuma sin ser excesiva; es el único sitio que recuerda donde un sobre de azúcar es suficiente para endulzarlo. También tiene en cuenta la vajilla, la taza de una porcelana fina, cuando la deja entre los labios parece que bebiera del aire. Para Maldonado estas cosas son importantes, casi más que el saldo de su cuenta corriente, aunque ahora lo está pasando mal y el dinero es su principal preocupación. Al periódico, no hace caso. Ha ojeado a lo largo del día varias veces los diarios, tiene uno sobre la mesa y pasa las hojas lentamente, disimula con el ademán de lectura pero sus ojos continúan en la rubia que tiene delante. Se dice que las siete es mala hora, para qué habrá quedado tan tarde, a estas alturas del día prefiere dedicarse a cualquier cosa, tener más tiempo para olvidar las inquietudes; además, no está fresco, está sudado, el perfume que se pone por las mañanas se evaporó hace tiempo, la barba ha crecido, cree tener la fachada sucia, y a saber cómo tiene el pelo, el fijador ya no hace efecto, lo nota grasiento, sin brillo. También piensa que el aspecto, poco adecuado para la reunión, sí es apropiado para ligar; está convencido de que las mujeres gustan de los hombres un tanto desaliñados, pero solo un tanto. La rubia cruza las piernas, posa una revista sobre el muslo, las ha cruzado con esa manera que tienen las rubias de cruzar las piernas, porque Maldo dice que las morenas las cruzan de otra forma, como más modosa, es una gilipollez pero lo cree. Si no tuviera la reunión se iría a ella como un felino, diría cualquier bobada y con el café lleno

de gente pasará la maniobra más inadvertida, eso le excita, y después de la tontería, la conversación aflorará y seguro que le aceptaba una copa. Maldonado Vuján se muerde el labio diciéndose que está buenísima, tiene esa envoltura de mujer entre distinguida y fatal que le vuelve loco, ahora está convencido de sus posibilidades. Cruzan las miradas, ella la mantiene insinuante. “Se podía ir a la mierda la reunión, aunque me juego mucho”. Faltan diez minutos, no quiere llegar tarde, desea decirle algo a la mujer; levantarse, encaminarse con educación hacia su mesa y quedar para más tarde. No encuentra la excusa perfecta. No dará tiempo. “Seguro que ella no espera a nadie y acude con frecuencia al café. Además, con la lectura tendrá para un buen rato”. Decide volver después de la reunión, si tiene suerte continuará la mujer en el mismo lugar, insiste con el pensamiento “tal vez no se despache tan pronto la revista”. Se compone para salir con su maletín y se larga del Bramante, no sin antes mirarla con descaro desde la puerta.

El ascensor es de esos antiguos que carecen de seguridad, a Maldo no le gustan; se hipnotiza viendo el muro mientras sube y eso le calma los nervios; por fin en la sexta. Una mujer abre la puerta de la oficina; Maldo no se fija en los detalles, está algo embotado pensando en la reunión. Se sienta a esperar en el hall, desea en lo más profundo que se acabe cuanto antes, lo que quiere es bajar pronto e invitar a beber a la mujer del Bramante.

La recepcionista es gorda, la única percepción después de elevar la mirada, el único recuerdo tras ojear la portada de una revista.

—Pase, señor Vuján —le reclama un hombre desde el pasillo—, no quiero hacerle esperar, además tengo prisa ya me están esperando en la otra punta de Madrid.

—Buenas tardes —Maldonado estrecha la mano de aquel hombre mientras humilla ligeramente la cabeza.

—Adelante por favor. —El hombre se queda un instante en el pasillo y se dirige con gesto agrio a la mujer de recepción, Maldo escucha de espaldas—. No se quede ahí como un pasmarote, vuelva a su sitio, ahora no la necesito.

Es un despacho amplio, un gran ventanal recorre el frente, las cortinas color crema y la moqueta a juego le dan un aire sosegado, solo la gran mesa y un mueble estantería rellenan la estancia. Maldo está más tranquilo, le suele ocurrir cuando pasan las presentaciones.

—No esté de pie, póngase cómodo —el sujeto intenta intimar, dando confianza con los gestos.

Se da cuenta que están los dos solos, se trata de una entrevista,

piensa que es mejor, más discreto.

—Usted dirá, estoy a su entera disposición.

—Bueno, eso ya lo veremos, la mayoría dice siempre lo mismo y nunca están a la entera disposición de nadie. Tengo buenas referencias suyas, está muy bien recomendado, la persona que me habló de usted dice que resolvió un problema peliagudo —el hombre esgrime una sonrisa— ¿quiere saber quién me ha recomendado sus servicios?

—A mis clientes y sus asuntos los suelo olvidar cuando termino el trabajo. Si a usted le apetece decírmelo, a mí me da igual.

—Ya, por ahora lo dejaremos así, entiendo y me gusta. Dicen los que le conocen que usted es capaz de arreglar cualquier cosa; imagino que será verdad; ¿qué me dice a eso?

—No me gusta presumir, tengo mis limitaciones como cualquiera, reláteme su problema y veré qué puedo hacer.

Maldonado, más seguro, se acomoda en el confidente con un cierto aire de superioridad. Más distendido, se permite observar los detalles y fijarse en las facciones del hombre que tiene enfrente. De unos sesenta años, el pelo casi rapado, seguro que para no mostrar las enormes entradas que se atisban, la frente cuajada de grandes arrugas horizontales, como surcos, el resto de la cara limpia de pliegues; de rostro agradable aunque severo. Sus manos gruesas y fuertes, bien cuidadas al igual que el resto de su aspecto; traje azul de raya diplomática, y el hablar pausado y sereno, con decisión, muy seguro de sí mismo. Le recuerda a una voz que hubiera escuchado siempre.

—Vayamos por partes, si le cuento mi problema es con la garantía previa de que lo va a resolver, de lo contrario no le cuento nada. Si es tan bueno como dicen, usted escucha y resuelve —se inclina sobre la mesa con las manos entrelazadas y pendiente de que Maldonado diga algo que le agrade, que le convenza para decidir si contar el asunto.

Ambos se miran sin reticencias, los ojos enfrentados, inmóviles; al final es Maldo quien aguanta menos la mirada, decide hablar no sin cierto titubeo.

—Luego está el problema del dinero, ya sabrá que…

—Espere… sobre ese particular ningún problema, es indudable que llegaremos a un acuerdo, continúe por favor.

—Quiero decir que si fracaso en el resultado cobraré una parte de mis honorarios.

Maldonado queda expectante mientras continúa observando los detalles de la estancia, los pequeños objetos sobre la mesa; una bola

de cristal que contiene el Empire State le llama poderosamente la atención.

—La palabra fracaso no cabe en mi vocabulario, del dinero hablaremos después. Más o menos conozco su tarifa. Dígame si acepta el trabajo, ya le he dicho que tengo prisa.

—Nunca he aceptado un trabajo que no me hayan expuesto con anterioridad, pero en esta ocasión tengo un buen presentimiento y me arriesgaré.

—Me gusta su seguridad, le repito que no admitiré el fracaso y espero que verdaderamente esté a mi entera disposición en este asunto —el hombre no deja de sonreír quitándole hierro a sus palabras, y añade—. ¿Está convencido?

—Por supuesto, además he terminado varios trabajos de poca monta y estoy full time para usted —lo ha dicho desde el vértigo y se arrepiente de descubrir tan de inmediato sus cartas, pero la necesidad aprieta—. ¿Cuál es el caso señor…?

—¡Ah perdón! Cómo pude ser tan torpe, señor Vuján, no me he presentado… Bueno, digamos que me va a llamar señor Martín —levanta la bola de cristal que pisa un sobre y se lo entrega a Maldonado, nieva en Nueva York—, ahí van diez mil para proveer los primeros gastos; además, incluye una nota con el número de un teléfono móvil al que podrá llamarme, exclusivamente a ese número, no intente localizarme en ningún otro lugar ni vuelva a aparecer por aquí, ¿queda claro?

—Clarísimo. ¿Y el asunto? —pregunta mientras echa un vistazo al interior del sobre.

—Eso lo hablaremos mañana en un lugar más discreto. Cuando usted conozca en detalle el trabajo ajustaremos los honorarios. Le llamaré a las diez de la mañana desde ese número —señala el sobre —. Ahora si me perdona tengo mucha prisa, le ruego que se marche.

El hombre, o mejor, el señor Martín, se pone de pie, le invita a salir nuevamente cuando extiende su mano y le señala la puerta del despacho. Desde donde está situado Maldo la puerta se ve lejana, pequeña; como si atravesarla fuera un esfuerzo inalcanzable. Una extraña sensación recorre su cuerpo sudado, parece que el despacho se estrechara convirtiéndose en una gran tubería; un último vistazo a la bola de cristal, los últimos copos envuelven el rascacielos, es el momento preciso de despedirse.

—Hasta mañana, señor… Martín.

Guarda el sobre y se marcha diligente, sale al pasillo inflamando los pulmones de alivio; está pasando una mala racha, este nuevo

encargo le ayudará a mejorar el sueño, sobre todo si liquida algunas deudas que le atosigan. Observa que la mujer de la recepción camina delante de él hacia el hall, la moqueta impide el ruido de sus pasos. Maldonado sospecha que la mujer es una indiscreta, tal vez ha escuchado detrás de la puerta, pero está tranquilo al no haberse revelado el asunto que allí le trajo. La mujer, desde su mesa, se despide de Maldo.

—Adiós, buenas tardes —con un cierto pitido, como una disfunción del orondo embalaje.

—Hasta la vista —se da cuenta que eso será imposible, pues en su ánimo y contrato verbal está el no volver a pisar aquel lugar minimalista, enrarecido, aunque lo dijo sin pensar.

Maldonado Vuján supone que puede ser un trabajo fácil y lucrativo, llega en tan buen momento, está casi sin blanca. La entrevista ha sido corta y le dará tiempo para dar otra vuelta por el Bramante con la esperanza de que la rubia sigua allí al igual que en sus neuronas.

Mira el reloj, uno de sus favoritos; para Maldonado los relojes de pulsera son importantes, cree que un buen reloj le da un aire distinguido aunque sea de “pastel”; los compra por cuarenta o cincuenta euros al limpiabotas de un restaurante conocido; hoy lleva un Patek Philippe pero no es raro verle con uno de sus Rolex o un Frank Müller. En las rachas buenas hubiera podido comprar cualquiera auténtico, pero para él esas picardías son la sal de la vida y el dinero prefiere gastarlo en cosas de más sustancia, como el coche, pura apariencia; por eso hace unos años compró un Porche de segunda mano, porque piensa que la gente a la postre no sabe si lo ha estrenado o no; lo que importa es la marca y por tanto la imagen que se fragüen de él. Pero en estos momentos de apreturas se conforma con el auto que tiene para pasar desapercibido, en los trabajos, se entiende, un Ford pedorro, como a él le gusta adjetivarlo. La chatarra alemana tuvo que venderla hace unos meses para seguir tirando.

Aunque la entrevista fue rápida, son las ocho menos cuarto, se dice que es increíble cómo pasa el tiempo. Abre la puerta del Bramante y vaya coincidencia, la rubia sale en ese instante, se roza con él, “dónde irá con tanta prisa, la tía está impresionante”, queda quieto con la manilla en la mano, todavía en la acera, la mira, ella de espaldas moviendo con sensualidad las caderas que rebosan de la falda ceñida, se frena y entra en el portal de donde salió Maldonado hace unos instantes. “Joder qué casualidad, ¿adónde irá?”. Pensativo, imagina que puede vivir en esa casa, o trabajar en una

de las oficinas del edificio; le agrada la idea porque siendo así la tiene controlada, ahora sabe que la podrá localizar con facilidad en el Bramante.

La mujer sube a la oficina de su marido bastante cabreada. Mientras, Maldonado Vuján se toma una cerveza en el café, todavía sigue impregnado del perfume que le envolvió hace un instante.

La rubia está intranquila sin parar de moverse en el hall, habla y se le acentúa la mueca de sus labios —¿pero no me vas a dedicar ni un minuto?— sus ojos se abren y la estancia se llena de color esmeralda.

—Te repito que tengo muchísima prisa —el marido acaba de introducir unos documentos en el portafolios y se pone al lado de ella mientras la recepcionista observa la escena después de subir los ojos por encima de sus lentes—, me están esperando hace un buen rato, tenías que haber venido antes.

—Pero si me dijiste a las ocho y no son aún —dice ella contrariada—. Haces caso a todo el mundo menos a mí. Si no soluciono mañana el problema que tú sabes —ahora mira de reojo a la recepcionista y baja la voz— lo vamos a pasar mal, ya me entiendes.

—Esta noche lo hablamos, me voy. Ya sabes que voy a estar unos días fuera, si no lo podemos resolver de inmediato, a mi regreso quedará todo en su sitio. También tengo problemas.

Marta, que así se llama la rubia, desde la puerta en voz baja y con cara de asco —gilipollas de mierda— se gira y le dice a Conchita, la recepcionista “tú a lo tuyo bonita”. Lo de bonita ha sido un eufemismo porque Conchita no es guapa y, como ya sabemos, gorda, con el pelo rizado que le llega casi hasta las caderas y unas gafas pequeñas para ver de cerca que provocan una cierta gracia al verlas sobre los rosados mofletes, dos almohadillas escondiendo una diminuta nariz.

Marta, desde hace muchos años, ha seleccionado al personal femenino de las empresas de su marido. A ella el currículum le daba lo mismo, solo quería especímenes de los que estaba segura que el exquisito de su esposo no se acostaría con ellos. La recepcionista no abre la boca y Marta se despide con un portazo. No quiere ascensor y para desfogarse del cabreo monumental baja las seis plantas a pie, marca con saña los tacones que se escuchan en todo el edificio. Marta tiene un problema. Hace cuatro años su marido abrió un negocio para ella: una joyería fina, de las que tienes que tocar el timbre para entrar y casi te cachean dos elefantes uniformados, en una zona vip de la ciudad. La inversión supuso un pastón y durante

los años buenos el negocio amortizaba el capital, pero ahora la cosa está de capa caída y Marta, sin ningún criterio lógico, acumula género y más género; creía que lo compraba a buen precio; como resultado se amontonan los pagos: la súperrenta del local, el súperprestamo para hacer la obra, el crédito para amueblar como se merecía, otro préstamo para la súper caja fuerte, las medidas de seguridad, los proyectos, y el fabuloso crédito para comprar las joyas que ya está vencido y el banco no lo renueva a no ser, claro, que su marido ofrezca más garantías, cosa que duda en hacer, pues a todo eso hay que añadir los quinientos mil que dio a su mujer para fundar la empresa, los cuales ya se han evaporado. Además, para no dejar a su mujer sola ante el peligro y cubrirse del caprichito, contrató a un hombre de confianza, amigo de un amigo, que decía haber trabajado en el sector más de quince años; se supone que era un buen profesional y no debería haberla dejado hacer lo que le diera la gana, o por lo menos tenerle al tanto ya que le consideraba su confidente, y encima el monumental sueldo. Pero Roldán, que así se llama ese individuo, es de los que dice siempre que el negocio va sobre ruedas. El marido, después de una somera investigación, sabe con certeza que Roldán se tira a Marta cuando le viene en gana. Ahora parece más claro por qué ese hombre pasa de su mujer, quiere que sufra y además está buscando una solución para que el fracaso del negocio de la joyería no le deje tiritando. Roldán es un vividor, se lo ha demostrado, no se puede confiar en nadie, y se las daba de amigo. Se arrepiente de no haber prestado más atención al negocio de Marta; como no le pedían dinero y todo iba sobre ruedas… Hace un tiempo concluyó: "quizá sea tarde para buscar una solución decente".

Maldonado Vuján sigue tomando cerveza en la barra del Bramante, otea el género, como le gusta decir con gracia; a esa hora hay pocas chicas solas, aunque hay una al otro extremo que no está mal, una morenita delgada de unos treinta y cinco; pero vaya casualidad, esperaba a la recepcionista de mofletes rosa. Las dos mujeres se dan un par de besos, —se ha cumplido el "hasta la vista"— tontean un poco, piden al camarero; Maldo no alcanza a escuchar la conversación, empieza a establecer hipótesis; "¿estas de qué van?, creo que son dos curritas al final de la jornada contándose sus penas, ¿estarán casadas?, bah, me da igual", aunque le pica la curiosidad. Piensa que si se liga a la gorda a lo mejor le saca una información muy útil; a Maldonado Vuján en cuestiones de negocios le dan igual gordas, flacas, limpias o mugrientas; el negocio es el negocio. Sin pensarlo se dirige al otro extremo del

Bramante, la copa de cerveza en la mano y sortea no sin dificultad a todo el personal que lo abarrota a esas horas.

—Estáis invitadas —ellas se miran con un gesto de sorpresa—. Tú ya me conoces — dirigiéndose a la recepcionista—, estaba al otro extremo de la barra, te he visto y me gusta tener un detalle con las personas que conozco.

—Usted no me conoce de nada, no nos han presentado nunca — dice la recepcionista con una cierta sorna, y a la par eleva la voz con ese pitido desafortunado que repunta por encima de la música.

—Es verdad, no nos han presentado, pero también es verdad que nos acabamos de ver hace unos minutos, ¿o no te a cuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero no me gusta intimar con los clientes que pasan por la oficina.

—¿Intimar? ¿Quién puede imaginarse que este encuentro puede ser íntimo? Además estás con una amiga. Por cierto, no soy cliente, digamos proveedor. —Maldonado ha soltado la frase apoyado de manera chulesca en la barra, dándose una cierta importancia.

—Me da igual, si te parece nos dejas en paz —moviendo la cabeza con tontería y desparpajo.

Su compañera fuma sentada en un taburete con las piernas cruzadas y observa con una sonrisa permanente la conversación. Maldonado ahora acerca su rostro a la recepcionista para no tener que elevar la voz, ella se aparta.

—No te pongas así, preguntemos a tu amiga si quiere ser invitada. —La recepcionista no responde haciendo interrogación con los hombros.

—A mi me da igual, lo cierto es que la charla que manteníamos no es importante, ¿cómo te llamas? —dice la amiga sin dejar de sonreír.

—Maldonado —y plantifica dos besos a cada una—. Pero me podéis llamar Maldo.

—Yo soy Max y ella Conchita —dice la morena con la alegría de haberle dado dos besos a un tío apuesto. Además, se nota que tiene ganas de tomar protagonismo en el trío.

—Curioso nombre de mujer.

Horas más tarde le confesará que primero fue, en la gestación, Maximiliana; después según crecía su cuerpo iban disminuyendo las letras de su nombre en una contraposición estética fruto de la vergüenza de llamarse como su antepasada. La pubertad la arrojó a ser Maximina, la juventud a Maxi, y ahora Max; aunque piensa que deberían llamarla Ma, pero duda porque le parece que queda muy de madre de cabaña de Oregón con mandil a cuadros y olor a patata

asada. A Max le hubiera gustado tener un apodo pijo, evitando ese decrecimiento verbal con el que nunca estará cómoda.

A Maldonado Vuján hoy le interesan los rizos. Se percata que con la morena lo tiene fácil, pero es Conchita su objetivo. A Maldonado se le han dado siempre bien las mujeres; la gracia que posee le viene de serie, camuflada en una fachada que ha ido construyendo con los años. Hasta los gestos los ha ido mudando con la experiencia, con los amores y desamores, con la subida en el escalafón de su extraño oficio. Cuando saca la gracia parece andaluz; eso decía su amigo Pepo, y también decía “lo tuyo es increíble, eres un depredador femenino, un minuto y las tienes en el bote, hay que joderse con Maldonado”. Maldo, sin embargo, desde hace varios años se ha vuelto selectivo, no tratándose del negocio, claro; ya no se va con cualquiera, con la primera que se tercie; se lo piensa dos veces, “me tiene que gustar muchísimo, tías me sobran”. Y efectivamente, ese “me sobran” define bastante bien la personalidad del sujeto; anda “de sobrao”, pero no nos equivoquemos, en su profesión es riguroso, fiel, respetuoso y humilde. Su antiguo jefe, “el marqués”, se lo dejó claro siempre, “si no sigues las pautas que te he marcado no irás a ninguna parte, serás perdiz de poca pluma; fuera del trabajo haz lo que quieras siempre que no afecte al negocio”. Pepo y él comenzaron juntos en ese “negocio”; de “el marqués” solo recibían órdenes por teléfono, nunca le vieron la cara. Hasta que Maldo se cansó de trabajar para otro cuando creyó que estaba preparado y cansado de algunos asuntos demasiado sucios. Al “marqués” le sentó como una patada en los cojones, Maldo era bueno en su trabajo, y le dijo aquella voz sin rostro al despedirse “espero que no te cruces conmigo, se quién eres y podría cobrarte el desaire”. A Pepo le costaba aguantar el tirón, “si tu lo dejas me iré, yo no tengo coraza para esto, a mí dame una oficina con su horario de ocho horas, o cualquier otra cosa que no me haga depender de mí mismo”, pero Pepo no dejó nunca al “marqués”. Se perdieron la pista hace muchos años, aunque todavía recuerda con añoranza las correrías con Pepo, las veladas con las furcias del Gladys, las noches en el casino de Torrelodones, los trabajos en la costa que tenían doble aliciente, y las comilonas y los bailoteos que se pegaban a diario. Una noche Maldo tuvo que subir a gatas las escaleras del Golden, en la Gran Vía, se bebió dos litros de ginebra; entonces hacía esas burradas después de guardarse el sobre que les dejaba su invisible jefe en alguna papelera o en alguna consigna de Chamartín. Se ganaba mucha pasta, pero “el marqués” se quedaba con la mayoría aunque

ellos se hubieran enfangado con el trabajo sucio. Ahora Maldonado es independiente, un lobo solitario.

—Por cierto, Conchita, antes, cuando salí del edificio donde trabajas me crucé con una rubia que la suelo ver por aquí, es…

—No digas más, ya sé quién es. Qué pasa ¿te gusta?, ja ja… —De la risa, casi se cae del taburete.

—No veo la gracia, dime quién es. —Maldonado se inclina hacia la recepcionista en espera de respuesta, le intriga.

—¿Traje de chaqueta gris claro, rubia platino, alta con zapatos de aguja de un metro de alto, un bolso preciosísimo blanco y negro, y enjoyada hasta luxar las cervicales y las muñecas? Ah, y con unas patas de gallo que espantan, a esa le da miedo la aguja, ja ja…

—Pero bueno, dime ya quién es y deja de reírte.

—Es su jefa —dice Max, que tenía unas ganas de meter baza que se recomía por dentro.

Ahora puntualiza Conchita con un repentino cambio de gesto, y con saña:

—De mi jefa nada, guapa, es la mujer de mi jefe, ella no trabaja allí. Además, la odio, es una pija repugnante y trata a todo el mundo con desprecio. En algunas ocasiones no tengo más remedio que aguantarla.

Maldonado ha quedado mudo, “la mujer del señor Martín” piensa, y deja a las dos amigas conversar sobre las maldades de la “jefa” de Conchita. Se dice que es una casualidad desafortunada, que no le dará chance con la rubia, “tal vez cuando termine el trabajo que me encomiende su marido pueda intentarlo, pero lo mejor será que me la quite de la cabeza”.

—¿Cómo se llama la mujer de tu jefe? —pregunta Maldonado, con una sonrisa falsísima que no puede disimular.

—Marta… Por cierto, no mires detrás de ti, acaba de entrar con su socio, bueno creo que es su socio o algo así. —A Conchita le está gustando este cuchicheo, no considera que viole ninguna norma, no está revelando ningún secreto profesional ni nada por el estilo.

—¿Su socio? ¿A qué se dedica?

—Tiene una joyería, pero no me preguntes dónde, solo sé que en el centro “centrísimo”, cómo no.— Conchita parece más sosegada.

—Maldo… Pasa de esa tía, aquí tienes dos bien majas y más jóvenes —Max está a la que salta, Maldonado se da cuenta que va al grano, piensa que la morena puede ser una buena opción, estas últimas jornadas no se ha prodigado con las hembras.

—Me habéis caído bien, no tengo nada que hacer y nos vamos a tomar los tres un buen copazo. —Agita los brazos y se remanga la

chaqueta, luce los puños de la camisa en un acto impulsivo y de alivio.

Mientras el camarero sirve tres cervezas, Conchita pregunta:

—Háblanos de ti. ¿Qué vendes?

—Intangibles —lacónico, mira para otro lado.

Oteando; localiza a la rubia con disimulo al otro extremo de la barra. Al instante otra mirada de soslayo para hacerse una idea de cómo es el personaje que la acompaña.

—Buenoooo… otro vendedor de seguros o similar. —Conchita saca una cajetilla de tabaco del bolso y se pone a fumar con cierto desprecio hacia el supuesto vendedor de seguros.

—Te equivocas, parecido, pero no hablemos de trabajo. —Maldo continúa eufórico.

Los tres se han enfrascado en una conversación con muchas risas. Conchita no suelta prenda tocante a cualquier cuestión relacionada con la empresa, Max busca la manera de ligar a Maldonado y este aguanta más por intentar espiar a la rubia y observar el comportamiento de su acompañante al otro extremo del café.

—Te repito, Roldán, que mi marido me va a negar la ayuda. De dinero, nada de nada, y solucionar el problema bancario tampoco. Dime qué podemos hacer, tú eres el profesional, pero a estas alturas me estás decepcionando. —Marta, a pesar del problema que la acucia habla tranquila, está más serena que hace unos minutos, cuando se encontraba junto a su marido.

—Déjame pensar, el estrés me bloquea, si todo sale mal está el plan B, tú estabas de acuerdo —dice Roldán con los antebrazos apoyados en la barra. Parece que mirara a Maldonado, que lo tiene enfrente, pero los ojos de Roldán apuntan sin fijeza a cualquier parte del Bramante. No solo piensa en el problema del banco, existen además otros asuntos que pueden ser más graves. Marta queda pensativa dando un sorbo al gin-tonic.

El café recuerda a estas horas los pubs londinenses de la city a las seis de la tarde, sin embargo estamos en Madrid y El Bramante se transforma según las horas del día; a primera hora, silencioso, sólo el ruido de las tazas y un ligero murmullo acompañan los desayunos; después de media mañana se vuelve más activo y la barra se anima con las últimas cervezas del mediodía. Entonces, por la mañana, es más luminoso, la luz entra franca por los ventanales y ésta acompasa a los focos verticales de la barra que enchufan directos a los vidrios. La primera hora de la tarde es para la relajación, los cafés reposados, las infusiones esperando la

temperatura del sorbo, las tertulias; es cuando la luz se amortigua y los apliques y lámparas toman ventaja para ofrecernos una estancia cansina, amarillenta. Esa luz, con el burdeos de la tapicería y los dorados de la barra, los pasamanos, los brazos de las butacas y los tiradores, construye un ambiente demodé muy agradable. La música a media tarde se escucha sin barreras y es a última hora cuando el volumen se eleva para sortear las voces y cambia de sintonía para olvidarse de la clásica. En esos momentos el Bramante se vuelve inglés y los personajes hacen piñas en los distintos rincones del café, todos tienen su historia, con más o menos problemas, tienen sus deseos, su imaginación, su alma. Pero todas las historias son misterios y aunque creamos conocer profundamente a los personajes, en la vida real esos seres vivientes son enigmas peligrosos; sus acciones son imprevisibles. Los que están ahora en el Bramante poseen dramas infinitamente complejos, cuyo fin no sabremos jamás; sin embargo, tenemos la oportunidad de conocer la historia de Maldonado Vuján, de Conchita, de Max, de Marta, de Roldán, del señor Martín, y de todos los que interfieran alrededor de Maldonado, que es como un catalizador, más aún, es un hombre que camina por un secarral al final del verano y a sus pantalones se le clavan los abrojos; unos se soltarán en el camino, otros quedarán incrustados entre los hilos al final del viaje.

Maldonado Vuján ha entrado en ese tempo brioso donde la verborrea parece entretener a sus contertulias, que escuchan sorprendidas las anécdotas sin sustancia que cuenta con gracia. A Conchita, ahora, además de gracioso le parece más atractivo, está perdiendo la acidez hacia él. Max sigue dispuesta a todo, incluso le toca varias veces el antebrazo, lo agarra con suavidad cuando le da un fingido ataque de risa e inclina la cabeza. Pero Maldonado está a todo, no deja de mirar de vez en cuando a la rubia y a su acompañante, que ahora se giran y apoyan la espalda al otro extremo de la barra. “¿Qué coño estarán hablando?”, piensa Maldonado mientras engulle cerveza sin medida.

—Insisto Roldán, me has defraudado.

—No seas imbécil, eso no lo dices cuando estás conmigo en la cama. —Sonríe mientras hace una monería a Marta.

—Estate quieto. Ni se te ocurra pasarte un pelo, detrás de ti tenemos una espía, una empleada de mi marido… No mires. —Marta vuelve a estar contrariada.

—Sabes de sobra que sé comportarme. No seas tonta, ahora más que nunca debemos estar unidos.

Son ya las nueve y media, el tiempo pasa deprisa en el

microcosmos del Bramante, pierde la elasticidad. Cuando los personajes están entretenidos y lo pasan bien, el tiempo se evapora; pero casualmente cuando lo pasan mal y tienen que resolver un problema grave, el tiempo también se contrae. Es solo en esos momentos de relajación, de paz, de soledad, cuando se estira y nos ofrece un placer infinito, bueno eso creo, aunque sobre la elasticidad del tiempo habría mucho que hablar, pero no es este el momento; está claro que a Maldonado como a Marta, por distintos motivos, los minutos se le caen de los relojes. Y el reloj es lo que tiene delante de sus ojos Maldonado.

—Se hace tarde, mañana está cada vez más cerca. Además vivo lejos —sugiere Conchita al observar el ademán.

—Qué pesada eres, ahora que lo estamos pasando bien —lo dice Max, pero en el fondo le gustaría que su amiga se fuera de allí cuanto antes.

Max es empleada de una parafarmacia que hay al otro lado de la calle, y en este instante tiene la ventaja de vivir a quince quilómetros de Conchita y en dirección contraria, lo que supone no tener que marcharse con ella. Suelen despedirse a dos manzanas, en las profundidades del metro, y añade:

—Yo me quedo un ratito más… me ha caído tan bien la cerveza. —Exhala una gran bocanada de humo.

—Me marcho. —Da un respingo, se baja del taburete, ensarta el bolso bajo su axila derecha y se dispone a besar a su amiga, después le da la mano a Maldonado, este atrae hacia él no sin esfuerzo el pesado cuerpo de Conchita y le planta dos besos excesivamente cariñosos.

—Es una pena que te vayas ahora, quédate y te llevo después a tu casa —y añade Maldonado con sinceridad—, me gustaría volver a verte.

—No gracias, no quiero estropearos la velada —Conchita piensa que puede ser arriesgado continuar la conversación con Maldonado, le da mala espina, y dice—, hasta mañana Max, nos llamamos—. Sabe que su amiga no desaprovecha ninguna oportunidad si le gusta el tipo.

Maldonado Vuján se sienta en el taburete que ha dejado Conchita, gira su posición lo suficiente para no perder de vista a Marta y a su acompañante, y no dar la espalda a Max, que se muestra cada vez más entregada. Ahora, ella le cuenta a lo que se dedica y cada vez le toma el brazo con más desparpajo. Al otro extremo del café la conversación sigue interesante

—No me has dicho quién era la clienta que te sacó de la joyería

el viernes pasado, siempre has evitado la explicación. ¿Qué quería?

—¿Estás celosa? Una clienta como otra cualquiera, la invité a un café, no creo que eso sea importante.

—Tú raras veces invitas a algo, ¿qué traes entre manos? Si es tocante al negocio necesito que seas sincero, lo demás no me importa.

Lo que no sabe Marta es que la cursi que entró en la joyería el viernes es la amante de su marido, Rebeca. Una morena delgadísima y elegante, enjoyada hasta las pestañas. Roldán lo sabe, sabe de quién es amante y eso le excita. Rebeca tampoco sabe que la joyería no es de Roldán, ella cree que es el dueño, y piensa que es el jefe de Marta, la mujer de su amante. Rebeca es de esas a las que les gusta sacar tajada y no desperdicia una buena oportunidad; cuando se enteró de que Roldán era joyero ya estaba a la caza, lo persigue como una leona, quiere que caiga en sus fauces para devorarlo económicamente, extraerle las entrañas convertidas en billetes de quinientos. Aunque lo que más atrae a Rebeca es joder a Marta, la odia y quiere tirarse a su jefe, está convencida de que es su amante; ella sabe de sobra que "entre esos dos hay lío".

Maldonado comienza a abstraerse del ambiente del Bramante, pone su brazo sobre los hombros de Max, que se deja, y ella le pasa su mano suave por el rostro. Una sonrisa basta para dejar de hablar, él besa sus labios, que saben a frambuesa, ha sido un beso instantáneo, diminuto, el preludio de un nuevo revolcón.

—¿Tienes novio o algo parecido? —dice él con los ojos alicaídos más por la tunda de cerveza.

—Sí, pero no me hace mucho caso, los hombres sois unos egoístas.

—Ya, a mi me gustan las mujeres a las que sus parejas no hacen caso. —Maldonado Vuján vuelve a estar orgulloso de sí mismo, crece en él a borbotones la autoestima, piensa que es un día redondo que hay que rematarlo como Dios manda, eso le ayudará a afrontar el trabajo con más ganas. Ahora tiene prisa, mañana es un día importante, tiene una cita y no quiere que la noche se prolongue demasiado con Max—. Vámonos de aquí, ya llevamos mucho tiempo bebiendo.— Mientras, la agarra del brazo para ayudarla a bajar del taburete.

—¿Dónde vamos? —dice ella.

—No te preocupes, eso es cosa mía, te encantará.

Después de abonar la cuenta se encaminan hacia la puerta, Maldonado, enganchado al maletín y a Max, mira con descaro a Marta, se dice que ya llegará el momento de abordarla.

El Bramante a estas horas se desaloja poco a poco, quedan huecos en la barra en espera de los noctámbulos que construirán otro ambiente. La música se escucha más nítida, la voz de Andrea Bocelli envuelve la atmósfera de la escena, Marta y Roldán continúan con sus divagaciones, y Maldonado y Max ya se han marchado a ocultarse en las entrañas de Madrid, una ciudad que comienza a mudar, donde las pasiones dormidas a la luz del sol ahora se despliegan con las farolas, los luminosos y los brillos de los coches, como si fueran estas luminarias las candilejas de un teatro donde se representa otra obra llena de claroscuro.

Nota del diario II:

A Maldo no le disgusta cómo va la novela; sugirió que insertara una advertencia en el texto, “se trata de una historia ficticia, pero que quede entre nosotros: es verídica”, me dijo. Aunque insistió, le dije que no hacía falta, que al lector lo que verdaderamente le interesa es pasarlo bien, da igual que sea realidad o ficción. Maldo construyó una expresión en su rostro difícil de definir y añadió que me había inventado cosas, diálogos, pero que no estaban del todo mal, “encajan”. Le recomendé que estuviera tranquilo; “cuando termine el manuscrito lo volveremos a leer juntos, añadiremos los detalles y los recuerdos de última hora, los olvidos”. Intenté darle confianza. Después de una dilatada conversación me habló del dinero, siempre sacando a relucir su vis comercial, piensa que un escritor en la sombra, un negro casi en paro, es como él y se la puedo jugar. Insistía en los nombres de los personajes, no le acababan de convencer. Ahí le dejé, pensativo, en un lugar discreto a punto de partir hacia el aeropuerto. “No es bueno que siga en Madrid más tiempo”, dijo con una cierta melancolía y remató la despedida con unas palabras de aprobación “Ah! Por cierto, el nombre que le has puesto al café sí me gusta”.

II - (Miércoles por la mañana) - El encargo

—¿Qué tal ha dormido, señor Vuján? Espero que esté descansado, tiene un duro trabajo por delante. —La voz del hombre que está al otro lado del teléfono es firme y cadenciosa.

—Son las siete y media, había quedado en llamarme a las diez —contesta Maldo extrañado.

—Comprenda, señor Vuján, tengo una agenda muy apretada, suelo confirmar con anterioridad todas las reuniones que voy a celebrar, le espero a las diez en La Milhoja, ¿sabe dónde está?

—No, la primera vez que oigo ese nombre.

El señor Martín aporta detalles exactos para encontrar ese café-pastelería que se ubica en un lugar discreto del centro de Madrid. Maldo intenta reponerse de la resaca de la noche anterior. “Joder que madrugón”, musita entre dientes mientras se acerca al baño. Para conquistar, el hombre deja de ser sincero, pero en el caso de Max y Maldonado ha sido ella la que no ha dejado que su amante abra la boca, se dice casi repuesto que se ha llevado una grata sorpresa, que pensaba que cuando crees haber experimentado todo con las mujeres, viene una mosquita muerta y te vuelve loco, ¡vaya con Max! Ha pasado una de las mejores noches de su vida, piensa que no la va a olvidar; quedará con ella cuando tenga un hueco. Aunque se arregla con celeridad, tiene el tiempo justo para llegar a la cita. Adentrarse en Madrid a primera hora no sabe lo que le va a llevar, después aparcar el auto y buscar la cafetería, por esa razón sale pitando de su dúplex alquilado en Las Rozas.

Allí está el hombre; espera al fondo del salón, una silla vacía atrae a Maldonado Vuján junto al velador de mármol. Después del saludo de rigor:

—Si no ha desayunado, le recomiendo una porra para acompañar el café, aquí tienen las mejores; sin grasa, crujientes y fritas en el mejor aceite. —Se está limpiando los dedos mientras habla.

—No gracias, con el café será suficiente.

—Le ruego que se quite las gafas, me incomoda no poder mirarle a los ojos. Esto no es una partida de póker, para mí los ojos expresan más que las palabras, sé cuando alguien me miente con

solo atisbar el brillo que despiden; ¿qué opina, coincide conmigo?

—Sí, creo que sí —Maldonado no ha levantado la mirada, la tiene fija en la taza de café con leche que no deja de remover.

—¿Cree o afirma? Me gustan las personas precisas. Como observará, no me ando con rodeos, por cierto, agradezco su puntualidad, la gente ya no es puntual y eso también me molesta. —El señor Martín lo dice todo en un tono sin acritud, seguro que no pretende molestar pero a Maldonado le resulta bastante incómoda esa cierta marcialidad.

—Mire, señor Martín, me he levantado un poco indispuesto y preferiría que fuéramos al grano si no le importa.

—Por supuesto, señor Vuján. —Ahora se ríe e intenta suavizar la conversación. En el fondo el señor Martín pretende demostrar que el que manda y paga es él y no quiere dudas ni fallos; pero eso Maldonado Vuján lo sabe de sobra, y añade el que paga —Escuche. La humanidad atraviesa rellanos de equilibrio. Luego entra en regiones de tormentas y de conflictos. Por la resolución de estos, alcanza un nuevo rellano. En los tiempos actuales, dos son los conflictos que han de ser resueltos. El primero, el más grave, es el conflicto económico, y el segundo el conflicto político. ¿Me sigue?

—Eso es Zen o algo parecido, o alguna frasecita del *Arte de la Guerra* que está ahora muy de moda. Sinceramente… no le sigo.

—Es de André Maurois. ¿Sabe de quién le hablo?

—Pues no —dice Maldonado con desdén.

—Me lo imaginaba, pero es igual, la reflexión es de hace más de ochenta años y es evidente que seguimos igual desde que el mundo es mundo. La frase que he traído a colación tiene más sentido del que se pueda imaginar. Piense que la humanidad soy yo, bueno, en aras de la precisión, mi familia. —La verdad es que el señor Martín se gusta cuando habla, aunque no lo hace con excesiva afectación.

—Por ahí vamos mejor.— Maldo sonríe.

—Bien, pues como decía, mi familia ha atravesado un rellano de equilibrio y ahora se ha adentrado en la tormenta y el conflicto. Es evidente que busco volver al equilibrio; por tanto, es necesario solucionar esos conflictos. —Para en seco el discurso y se queda mirando a Maldonado, espera que diga algo.

—Le entiendo, pero ¿qué tiene que ver la economía y la política?

—Lo comprenderá de inmediato. La economía son mis finanzas y negocios, y la política… digamos que la política a solucionar es la confianza en el líder, he perdido poder, tengo enemigos dentro de mi propia organización que quieren arrastrarme a la ruina y no lo

voy a consentir. Con mi mujer seguro que tengo que ceder en algunos aspectos de nuestra relación, pero con el resto que ni lo sueñen. —Maldonado le interrumpe acordándose de Marta

—¿Puede ser más concreto?

—No se impaciente, todo a su tiempo. Aunque no quiero que se forje una falsa idea del asunto, no piense que la historia que voy a contar va a decaer convirtiéndose en un simple melodrama de un cornudo que lucha por defender su honor.

—Eso me suena —dice Maldo.

—Entonces no me equivoco con usted, creo que aparenta lo que no es en realidad. No le conozco lo suficiente, pero estoy convencido de que es un romántico, que atesora conocimientos que no expresa, los guarda para sí mismo, quizá porque desvelarlos pueda enturbiar las relaciones del mundo en el que se mueve.

—No lo dude, y es cierto, no me gusta que sepan qué es lo que hay detrás de mí ¿para qué?

En Maldonado se atisba un ligero gesto de pesadumbre, el señor Martín piensa que puede ser indolencia ante las adversidades o desaceleración mental por la resaca que se le barrunta; pero no es así, en el fondo a Maldonado se le ha cruzado una cierta añoranza, le frustra su juventud perdida, él tenía madera, talento; quería estudiar Bellas Artes y se quedó en simple delineante. Sus conocimientos de pintura solo le han servido para saber combinar con elegancia el color de la corbata y ahora no es capaz de distinguir un Dalí de un Magritte. El señor Martín continúa:

—Las pocas personas de su profesión que he conocido a lo largo de los años suelen ser chulescas, analfabetas e indiscretas; verdaderos chapuceros llenos de collares y vehículos amarillos. Es peligroso relacionarse con ellos, estás vendido en todo momento. Tuve una experiencia amarga relacionada con un asunto de poca monta hace más de veinte años y desde entonces me he cuidado de esos tipos. Usted… ¿qué opina?

—Tiene razón, pero me va a perdonar, está confundiendo mi profesión. Por un lado están los cobradores a sueldo de dudosa honestidad, matones, guardaespaldas, etcétera, casi todos gentuza, la mayoría delincuentes, y por otro, está el profesional, el hombre invisible que resuelve los asuntos como si no hubiera pasado nadie por allí; después habría un tercer grupo, el que mata sin dejar rastro, sin inculpar a nadie, el que comete el crimen perfecto, pero a ese sujeto si quisiera contratarlo no le vería el rostro, esos no es que sean invisibles, más aún, son fantasmas. Tenga en cuenta que la mayoría de los crímenes son la consecuencia de un acto irreflexivo,

el impulso de los más descerebrados.

—Me deja claro que usted es un hombre invisible, que conoce muy bien el terreno que pisa.

—Puede ser —dice Maldo con desgana.

La conversación se equilibra; el señor Martín, a pesar de su entereza, tiene un nudo en la garganta, está dispuesto a detallar el asunto, no le quedan dudas, Maldonado Vuján es su hombre; lo supo desde siempre, tiene que engancharlo, es difícil encontrar un buen profesional en el sector de los asuntos turbios, por eso le entregó el sobre. Pero aún tiene una reserva: ¿y si una vez resuelto el problema es víctima de algún chantaje?; se ha expuesto con Maldonado, podía haber buscado un intermediario de confianza, para no dejarse ver, para solucionarlo desde la distancia. Aunque piensa que es mejor así, Maldonado y él a solas, intimar en su justa medida, darse confianza mutua y, sobre todo, pagar bien. Y después, "ya veremos cómo queda la partida".

—Para su tranquilidad, señor Vuján, no se trata de ningún asesinato.

—Estoy convencido de que la persona que me recomendó se lo dejaría bien claro, no es mi oficio, aunque me temo que hay asuntos peores que una muerte.

—Simplemente tiene que evitar que me roben.

—¿Simplemente? —Arquea las cejas.

—Sí, supongo que no será difícil para usted, teniendo en cuenta que conozco el día que lo van a cometer.

—Usted, señor Martín, no suponga nada, los hechos son sencillos o no dependiendo de las circunstancias que concurren en el discurrir de los acontecimientos. Posee una información, y para que yo sepa si es fidedigna deberá revelarme las fuentes. "Lo van a hacer" significa que son varios, deberá decirme quiénes y el porqué. Cuantos más detalles conozca, más favorecerán la contraoperación. Y sobre todo dígame qué le van a robar y dónde.

—Por supuesto, señor Vuján, pero comprenderá que no puedo decirle quién es el confidente.

—Entonces no hay asunto. Lo siento.

—No sea tan ridículo ni meticuloso, cien mil seguro que le persuaden.

—Sin conocer todos los detalles no podemos hablar aún de dinero, dígame qué pretenden robarle, qué es lo que intenta proteger y estaré encantado de fijar mi tarifa.

—La joyería de mi mujer.

Ahora Maldonado se acuerda de la conversación que mantuvo el

día anterior con Conchita y su amiga Max, también recuerda el rostro de Marta y Roldán, pero el de Marta le provoca múltiples sensaciones, casi todas morbosas.

—Cuánta pasta hay dentro y el valor de las joyas.

—Unos tres millones. —El señor Martín baja aún más la voz, aunque en ese rincón de La Milhoja están solos.

—Entonces serán trescientos mil, gastos aparte. —Calcular el diez por ciento fue fácil, después se da cuenta de…—. Pero qué ocurre, ¿es que no tiene un seguro de robo?

—Por supuesto que lo tenemos, pero solo cubriría un millón.

—Vale, si acepta mis honorarios, cuéntemelo todo, si no, me marcho, no quiero saber más. Ah, por cierto, los diez mil me los quedo por las molestias y mi tiempo. —Maldonado Vuján se levanta despacio de la mesa.

—Siéntese hombre, sabe de sobra que voy a aceptar, pero insisto que no revelaré la fuente. —Le agarra del brazo mientras Maldo mira con fijeza la mano del señor Martín, este suelta rápido y Maldonado Vuján se expresa con decisión

—De acuerdo, pero ahora voy a empezar a hacer preguntas, unas cuantas preguntas, así que tómeselo con calma y como si fuera su médico, no se guarde nada para sí, si quiere resolver el problema, cuéntelo todo.

—Comience, le escucho con atención —dice el señor Martín mientras se arrellana en el asiento.

—¿Por qué no acude a la policía?

—No tengo pruebas contra ellos. Y antes de que siga por ahí, si dejo que roben y acudo al seguro tendré que denunciar, sepa que en la caja acorazada existe un dinero y unas piezas muy valiosas que no puedo verificar. Si escojo ese camino tengo mucho que perder.

—Entendido. ¿Cuándo y cómo le van a robar?

—Dentro de tres días. Ellos tienen los medios para hacerlo.

—Bien, me tendrá que explicar bastantes cosas. —Maldonado Vuján queda pensativo, mira de frente y a los ojos del señor Martín, hay aún muchas piezas que no le encajan, pero se arma de paciencia. Sobre todo le molesta la tranquilidad del hombre que tiene frente a él. Ahora vuelve a cargar sobre el asunto—. Es evidente que debo impedirlo sin hacer daño a nadie y sin que se enteren de que he sido yo, por tanto dígame como lo van a hacer, si es que lo sabe, y quiénes son. Y para terminar dígame qué quiere que haga con los ladrones.

—Me robará mi propia mujer y el encargado de la joyería, un amigo, un hombre de confianza que me engaña, que se acuesta

cuando le da la gana con ella. Actúa bajo su dictado, confía en el hombre que me llevará a la ruina. Sé que van a llevárselo todo, a fugarse a Centroeuropa; venderán los diamantes, las joyas más valiosas y se pulirán mi dinero.

Maldonado nunca se había encontrado tan incómodo con un asunto turbio, le huele a pufo, cree que no es el tipo de trabajo que deba aceptar, aunque su decisión aún no es firme.

—Creo que el caso me está dejando de interesar, me va a perdonar por la expresión pero sí es el melodrama de un cornudo, siento ser tan duro, señor Martín; creo que debería denunciar. —Lo dice interponiendo una cierta distancia.

—Le ruego que se haga cargo, si hago eso estoy en la ruina, el dinero que he ganado estos años en la construcción lo pierdo, es opaco y lo tengo allí oculto para no levantar sospechas, además invertí en diamantes y me los van a evaporar. —Ahora el señor Martín tiene necesidad de elevar la voz, acaso de gritar, pero la contención le oprime y por eso se enrojece.

—No sé, no sé; no me huele bien. Siga contándome qué es lo que van a hacer. —Maldo mueve la boca como si hiciera bochinches con los carrillos, lo que altera un poco más al marido de la rubia.

Si acepta el trabajo tal vez tenga una oportunidad con Marta, no lo sabe aún pero tiene que pergeñar una estrategia para ligársela, que olvide a Roldán aunque sea durante unas horas.

—Lo harán el próximo viernes aprovechando que el sábado es fiesta y hasta el lunes no se abre el negocio. A la hora del cierre Roldán pondrá el coche junto a la puerta del establecimiento, un BMW ranchera, habrá esperado a que salga todo el personal excepto uno de los guardas de seguridad que vigilará en la calle la maniobra, como si fuera algo normal. Luego sacará dos bolsas de deporte negras y un maletín grande, los cargará en el maletero. Cerrará el establecimiento con normalidad, se despedirá del guarda, subirá al coche donde estarán ocultos sus efectos personales. Ella esperará en una gasolinera, junto a un polígono industrial, en la carretera de Barcelona; aunque el destino es desconocido, el encuentro se celebrará quince minutos después y se marcharán con identidades falsas a algún lugar del centro de Europa; allí cambiarán de vehículo y comenzarán a acometer la estrategia de la venta del género y la fuga. Mi mujer ya me ha anunciado que el viernes, después de comer con una amiga, se marchará a Marbella con ella, dice que tiene necesidad de distraerse, que el estrés y los problemas la están matando. Debo, según mi mujer, resolver el problema financiero que tiene su empresa… Ah, no se lo había

contado, “su empresa”, bueno, mi empresa para ser más preciso, está atravesando muchos problemas, por culpa de ella y de Roldán, ambos me exigen que utilice mi dinero para sanearla, pero ese dinero es el colchón y sostén de mi familia, de mis negocios. En estos momentos tan delicados, me refiero a la crisis, no puedo permitir que me dejen sin tesorería. Prefiero que la joyería cierre, que se liquiden las existencias, de esa forma todo estará controlado. Pero ella es egoísta y prefiere antes que nada marcharse a tener que dar explicaciones a sus amistades. Creo que me entiende, he sido suficientemente claro, ¿qué opina? —El señor Martín respira profundamente, deja caer los brazos demostrando alivio, como si se hubiera quitado un peso de encima, pero sin perder la compostura.

—¿Cómo puede conocer tantos detalles? Es absurdo, su mujer no se lo habría contado ni a su mejor amiga. Estas cosas no se dicen, no creo nada de lo que ha relatado. Además, ¿cómo sabe que Roldán no huirá en solitario?, el dinero mueve pasiones más fuertes que el amor.

—Ellos no han hablado con nadie de este asunto, se lo garantizo, crea en mí. Por encima del amor, necesita a Marta; ella proporcionará toda la documentación que él necesita, y algún contacto en el extranjero. Imagine que alguien escuchó una conversación…

—Ya me da igual su fuente de información, pero sigo sin creerle; además, por qué no saca hoy mismo sus valores de esa caja fuerte y los lleva a otro lugar.

—Aunque lo hiciera, dejarían el negocio vacío, bueno, a excepción de las baratijas, y tendría que cargar con los préstamos que avalé y demás inconvenientes financieros que me ocasionarían. Y por otro lado, ellos estarían al corriente de que soy conocedor de sus intrigas. Y también está la seguridad, aquel es el único lugar inexpugnable; las cajas de seguridad de los bancos son pequeñas e indiscretas, y en mis despachos no cuento con los medios adecuados. —Hace una pausa, toma aire y continúa—. El viernes estaré muy cerca de esa gasolinera. No quiero influir en su método, pero estimo que usted debería estar allí, abortarlo todo en ese preciso instante, de esa manera les sorprenderemos y podré recuperar todos mis bienes.

—Sigo sin verlo claro, no sé, tengo muchas dudas. ¿Y si Roldán no hace allí esa parada? Creo que debería anticiparme, no sé. Ya lo estudiaré, pero continúan las dudas, necesito analizar bien todos los detalles.

—Me da igual, usted resuelva el problema, para eso le voy a

pagar.

—No esté tan seguro, no es fácil; es evidente que no se le puede abordar junto a la joyería, pero lo de la gasolinera... —Maldo tuerce la boca.

—Ya encontrará la mejor forma. Sugiera otra manera si lo cree preciso, confío siempre en el profesional.

—Una vez que impida el robo y los disuada, ¿en qué situación quedarán esas dos personas?

—Nos divorciaremos, y a Roldán le daré un buen escarmiento, pero no piense mal, no le mataré.

—No sé, voy a aceptar con muchas reservas, me da mal fario. Mañana tiene que entregarme ciento cincuenta mil a cuenta, el resto cuando termine el trabajo. No sé si me lo está poniendo muy difícil o muy fácil y eso me preocupa, desconfío.

—De acuerdo. No se preocupe por nada. Aquí mismo, a las diez —el señor Martín se levanta, mira a Maldonado y añade serio—, ahora tengo prisa; mañana le daré todos los detalles que faltan, ubicación, horarios, personal, etcétera. ¡Ah! y lo más importante, le mostraré unas fotos de mi mujer y Roldán para que sepa quiénes son. No me importa cómo lo va a solucionar, deposito toda mi confianza en un buen profesional como usted. Hasta mañana.

El señor Martín se marcha despacio hacia la puerta de La Milhoja, pero Maldonado Vuján no le mira, ahora parece pensativo y distrae su mente observando los detalles del establecimiento, tan aséptico, mostrador y barra transparentes, cuajados de pasteles y bebidas, todo en acero inoxidable, y están los espejos, casi toda la estancia de una luz blanca liberada de matices. Se cambia de asiento, se coloca frente a la puerta en uno de los divanes corridos que se extienden junto a él, pide a la camarera —sírvame una cerveza grande—, la necesita, está seco de tanto hablar, o quizá sea la resaca, tiene la lengua como un corcho y eso le incomoda, le distrae; le gustaría concentrarse más en el asunto que tiene entre manos. La calle adquiere más ajetreo con la hora, mira su precioso y falso reloj, las doce y media, ha sido un largo encuentro. Le entona la cerveza y el culo de la camarera, con esa faldita negra, corta, es respingón como el culo de casi todas las hispanas que están delgadas, “y no es fea” piensa sin dejar de mirarla, esta vez con descaro. Pero su mente comienza a divagar sobre los turbios surcos del asunto que acaba de aceptar. “Cómo es posible que vaya mal un negocio de joyería, ahora con la crisis la gente invierte en oro y joyas, busca seguridad; esto es un pufo”, pero le da igual, va a sacar una buena tajada, en el momento preciso, cuando estaba

ahogándose. "Me iré al Caribe con la pasta, no, mejor a Argentina, allí es todo más barato… no sé, lo pensaré bien". Ahora repara en la música, *"…si tú me dices ven… lo dejo todo…"*, el bolero le inspira, y se pregunta que cómo es posible que la rubia que conoció en El Bramante sea capaz de estar colada por Roldán, a ese individuo Maldonado no le ha visto nada especial, y encima tener los santos cojones de robar a su marido, que se lo ha dado todo desde que se conocieron. Y además, dejar su vida de regalo por ese hombre cualquiera, hacerse invisible en vete a saber dónde. "Cada vez me encaja menos esta película, ¿quién le habrá contado que le van a robar?, tal vez sea mentira, esto no tiene sentido, tal vez el propio señor Martín ha convencido a Roldán para que perpetre el robo y a lo mejor salgo pringado, con ese robo el señor Martín puede solucionar muchos problemas, no sé. Pero en fin, ya se sabe que la realidad supera a la ficción". Sigue especulando sobre el asunto aunque los pensamientos se dividen en un caleidoscopio de impresiones, de un color a otro, y ahora intenta adivinar cómo hubiera actuado su antiguo jefe "el marqués", ese hombre al que solo conocía por el teléfono, y recuerda las largas esperas hasta que el aparato sonaba para recibir órdenes precisas, todo relatado con una meticulosidad infinita, y luego estaban los consejos, las recomendaciones, parecía que conociera mejor que nadie al entonces joven e inexperto Maldonado Vuján. ¿Cuántos años tendría aquel hombre invisible? ¿Y ahora?, ¿cuántos tendrá, si es que no ha muerto? Maldonado posee una imagen construida con artificio sobre el sujeto del teléfono; sin embargo, el cliché que ha fabricado lo encaja mejor en el presente, se imagina cruzarse con él en la calle de Serrano, una mañana perfecta a principio del otoño, en la acera de los impares cuando la sombra te embriaga de frescor; "el marqués" se acerca hacia él con paso corto y elegante, delgado y estirado en su forma, con un traje de azul pálido y raya blanca, zapatos de charol azul marino, un pañuelo floreado en el bolsillo del corazón, la corbata naranja; es un anciano ágil de rostro agradable, aunque las facciones son afiladas y los ojos pequeños y claros, da la impresión de ser un hombre sagaz, y el pelo largo y liso, blanco, y en la nuca unos rizos que le hacen parecer más marqués. Le observa con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y la derecha volando suavemente, que parece que dirigiera una melodía silenciosa que tararea para sus adentros. Se cruzan, el hombre está feliz, jubilado de fortuna después de haber solucionado tantos asuntos turbios. A estas horas en La Milhoja, Maldonado siente una relajación a la que está poco acostumbrado, y le permite

recrearse en pensamientos más ocultos, aunque vuelve otra vez al asunto de la joyería. "La historia es un bodrio, a mis cuarenta y cuatro ya tengo experiencia suficiente para saber que me va a traer problemas, que no hay por dónde agarrar este guion de Segunda B". Lo piensa mientras saca un papel en blanco de la cartera y comienza a tomar notas. Escribe una lista con los nombres de los personajes, de esta forma los focaliza, piensa en ellos por separado y luego los ensarta en el todo del asunto; en ese papel además va anotando lo que estima conveniente para no perderse. "*El Sr. Martín, su mujer Marta, su empleado ¿? Roldán, Conchita la recepcionista, Max, joyería, ruina, constructor, cuernos, robo, fuga, viernes, BMW, guarda de seguridad, abortar… abortar ¿?*" Queda unos instantes leyendo lo escrito, se dice que es imposible, y establece una nueva hipótesis: "la persona que ha pasado el chivatazo al señor Martín pretende hacerle daño, es mentira, y de propina se carga el matrimonio y deja en la calle a Roldán. La única verdad debe ser la relación entre la rubia y su empleado. Ellos van a negarlo todo". Maldonado Vuján se pone de pie, es la hora de pensar con quién va a comer hoy, porque Maldonado suele comer con alguien, así se hacen más cortas las tardes cuando tiene poca cosa que hacer.

—Señorita, disculpe mi atrevimiento, ¿a qué hora termina su turno?

—¿Por qué? —dice la ecuatoriana con la bandeja en la izquierda y soltando una ristra de dientes blanquísimos.

—Para invitarla después a cualquier cosa.

—Discúlpeme, pero estoy casada —y se marcha hacia la barra.

—Qué pena, eso no era una negativa. —Se abrocha la chaqueta que le ciñe los lumbares; de espaldas, la prenda, cuando se encamina hacia la calle, se abre en dos alas que aligeran su figura; parece que tuviera muelles en los pies, está eufórico, tiene pasta en los bolsillos y es entonces cuando Madrid se le queda pequeño, porque el tamaño de esta urbe para Maldonado Vuján es relativo; depende del dinero que lleve encima. ¿Será Madrid elástico como el tiempo?

Nota del diario III:

Gracias a Dios, Maldo se ha marchado. Durante una buena temporada estará lejos de mí. Insistió con lo de los nombres, ¡que tío más pesado!, “no me acaban de gustar”. Respeto los de Marta y Roldán, los ha colocado él por motivos que más adelante se comprenderán. La cabriola del Malvado Don Juan la tiene asumida. Maldo piensa que va a ganar mucho dinero con esta historia; cree que harán una película, le dije que es muy difícil, que no se haga ilusiones, pero él es el que paga, me da igual lo que piense. Estoy seguro de que volverá a su antiguo oficio, dice que está retirado aunque no creo que pueda dejarlo nunca. También me ha dicho que tenga cuidado en no describirle demasiado y que no me pase con mis apreciaciones, que a veces le hago parecer un analfabeto. Insisto: “es reflejo fiel de lo que me cuenta” y le hago ver que las situaciones hay que adornarlas. Estoy casi convencido de que me ha encargado el trabajo no sólo por un “subidón” de su ego, creo que la historia le superó, es tal vez lo más trascendente que le ha ocurrido en su vida y siente la necesidad de dejar una impronta para los restos. Curioso tipo.

III - (Miércoles por la tarde) - Estranha forma de vida

Antes de llegar al restaurante asturiano donde hoy comerá Maldonado Vuján, muy cerca de allí, en la misma acera, una bofetada de olores le sorprenden; no por desconocidos, más bien por lo desacostumbrada que está su nariz a esos aromas antiguos, tal vez ya rancios. Cuando era niño y accedía a la pequeña tienda de ultramarinos que detentaba su padre, estaba familiarizado con la mezcla del olor de la salazón del bacalao, los fiambres a granel, el jamón recién cortado, las barricas de mistela goteando, los quesos curados y tantos otros productos que se hacinaban en el negocio familiar, en La Latina. Años después, cuando estaba a punto de dejar la casa de sus padres, de realizar lo que las novelas y el cine de gánsteres le habían prestado, sabía con seguridad que el pequeño despacho de comida, como le gustaba nombrarlo, tenía los días contados para dejar de ser uno de los últimos reductos de la felicidad olfativa, de la delicatesen en su mejor expresión corpórea. Aquellas ermitas culinarias habían ido desapareciendo, todos saben los motivos; ahora, Maldonado reflexiona, las tiendas gourmet no huelen, y al instante: bueno sí, al perfume de las señoras o señores que las frecuentan; todo está envasado, empaquetado, fraccionado, dosificado, al vacío, aséptico y etiquetado de manera engañosa. Su padre, Anselmo, sin embargo, daba a probar a los clientes la miel de la Alcarria, al instante le entregaba un taco de queso, “con la miel es un lujo, de leche de oveja churra”. Daba igual que fuera un asiduo o una nueva cara en el comercio, siempre le gustaba agradar y su conversación no era cargante, sabía siempre cuándo debía terminar y las palabras justas. Anselmo era de esos hombres agradables no por su aspecto ni su físico, lo era por el carácter bonancible, la sonrisa siempre puesta, de rostro grueso y piel clara ligeramente sonrosada; el colesterol no iba con él. Maldonado recuerda a su padre con la bata gris inmaculada detrás del mostrador de mármol. De su cuerpo, además de la cara, recuerda sus manos rechonchas y limpias. Se dice con nostalgia, parado frente a la tienda de donde salen los efluvios, “los buenos siempre se marchan pronto” y se le hace un nudo en la garganta cuando da los pasos que le restan para entrar en el restaurante asturiano. Un

último recuerdo le imposibilita saludar en el hall, la imagen de su padre barriendo el serrín del comercio antes de cerrar, las luces a medio gas y en su boca un "hijo, luego te veo", estas fueron las últimas palabras que escuchó de él, Maldonado se marchó sin despedirse al otro extremo de Madrid y cuando quiso saber de su padre, este ya había muerto, igual que la pequeña tienda de ultramarinos.

—Tengo una mesa reservada.

Acompaña al camarero, después de identificarse, al rincón izquierdo de la sala. Una vez acomodado, un biombo floral le oculta medio salón. Aquel lugar está bien iluminado sin pecar de excesos. Trofeos de caza en las paredes, cuernas de corzo en su mayoría, fotografías de lances cinegéticos y una gran colección de diplomas y premios gastronómicos. El dueño del restaurante es cazador, Maldonado lo sabe de buena tinta, es un lugar que frecuenta de vez en cuando y curiosamente casi siempre acude sólo, le gusta disfrutar de la comida en silencio, pero hoy ha quedado de urgencia con Max y se retrasa, son las tres menos cuarto. "No voy a tener tiempo para comer, a las cinco tengo que volver a la farmacia, pero haré un esfuerzo", le dijo al teléfono sin perder la emoción de la llamada. A Maldonado le ha gustado esa mujer, "tiene algo", se dice recreándose en los recuerdos de la noche anterior. Puede ser la voz, con un timbre que le cosquillea la garganta cuando está junto a ella, en el boca a boca. Max hablaba sutilmente y era como un diapasón que hiciera vibrar las cuerdas de Maldonado, eso no le había pasado con ninguna mujer, aquella vibración sugerente le adormecía entre sus brazos. Y luego estaba el humor, simple pero oportuno, con la sonrisa siempre puesta. "No es gran cosa aunque me gusta". Maldonado Vuján no conoce el amor, me refiero a ese que llaman verdadero, él no ha estado nunca enamorado, ha sido siempre indolente con el sexo opuesto, quizá tenga grabado en sus neuronas el desapego como parte imprescindible y necesaria para poder ejercer su profesión; de riesgo, de altibajos. En Maldo siempre prima la libertad por encima de la seguridad, en especial la libertad de movimientos, el "ya te llamaré" fueron las últimas palabras que escucharon de él la mayoría de sus conquistas. Ahí aparece Max, con las piernas llenas de botas casi hasta las ingles, la minifalda a juego con una blusa malva, vaporosa y escotada. Maldonado se levanta más para besarla que por cortesía y dice sin pensar:

—Todo el salón te ha acompañado con la mirada, alguno casi se parte la nuca, estás impresionante —y la invita a sentarse frente a él. Lo de impresionante es cierto, ha causado un gran efecto al

atravesar la sala; sin embargo, cuando reflexiona se da cuenta de que va un pelín chabacana, pero a él le da lo mismo.

—Qué ilusión me hace comer contigo, ha sido una sorpresa, pensé que no me volverías a llamar —esas palabras Maldonado se las sabe de memoria ¡pero ella las ha dicho con tanta gracia! Max añade—, una pena que tengamos tan poco tiempo.

—Suficiente para comer, tengo el coche a cien metros, no llegarás tarde. Además, después voy a dar una vuelta por El Bramante, cuando termines el trabajo te estaré esperando.

—¿Me vas a dedicar todo el día? —Max ojea la carta, no ha levantado la mirada.

—Nunca he dedicado el día a nadie.

—Uf, no entiendo nada de esta carta, aconséjame.

—Comeremos verdinas con langosta. ¿Tinto o blanco?

—Champagne. —Le mira con una sonrisa pícara.

—Con una condición.

—¿Qué condición?

—Que me cuentes todo lo que sabes de Conchita, de su jefe y de la mujer de su jefe. Ah, y de Roldán.

—Me encanta el chantaje. ¿Qué investigas?

—Es la curiosidad… anoche me supo a poco conocer vuestro entorno.

—¿No prefieres que te hable de mí?

—A ti ya te conozco.

—Pues háblame de ti.

—No hay champagne.

—Lo dices todo serio, no sé cuando estás de broma… pero me gusta.

De la conversación en el almuerzo poco sacó en claro Maldonado, cuatro anécdotas de tertulia, algún dato incongruente y las caricaturas exageradas de los personajes, fruto de las conversaciones de dos amigas que recalaban en otros asuntos, los decorados, la fachada de las almas, y eso a Maldo le solucionaba poco. Deseaba volver a solazarse con aquella hembra y las miradas eran cada vez más cómplices mientras ella no dejaba de lamentarse por las cuatro horas de trabajo que le restaban en la parafarmacia, a la cual llamaba farmacia no por economía del lenguaje.

Pasan los minutos con la velocidad del verbo sin sosiego, no hay pausas en los labios de Max, y él ya no escucha sus cuchicheos, tiene la mente en el café Bramante, que es como tener allí el cuerpo transparente, y se contempla en el escenario donde tal vez encuentre de nuevo a Marta. A los postres un “subidón” le hace

sudar, le empapa la frente que se llena de gotas incómodas, se seca con la servilleta, ha sido inesperado y disculpa a su organismo —perdona, debe ser la bebida, hace calor—, pero no se trata de ninguna de las dos cosas, ha resuelto en un acto rápido de elucubración lo que Maldonado Vuján cree ser el significado oculto de Marta; comenzó por recrearse en la palabra mar, y recordó sus ojos del color del océano cuando es esmeralda, pero instintivamente trastocó las letras y sintió un escalofrío difícilmente comparable con otros escalofríos; es el anagrama de "Matar" y este anegó sus neuronas. ¿Es la rubia una hembra de jaguar que disimula su verdadera misión? ¿Será verdad lo que va a ocurrir dentro de tres días? A estas dudas hay que añadir la superstición innata de Maldonado, un hombre al que cualquier signo extraño le espanta, le hace protegerse en soledad hasta que pasa la borrasca; pruebas no le faltan cuando relaciona sus fracasos con señales que se repitieron con los años. Como el tuerto que se cruzó con él en un portal, hace algún tiempo, y el dinero del asunto resuelto con fortuna no apareció nunca. O el albino ciego que le tocó en un comercio y estuvo desde entonces sin trabajar más de año y medio. Y así, varios casos de gafes que se interpusieron en su camino. Lo que más le perturba es hacer la misma operación con Roldán y mutarlo a "ladrón". Tiene mucho que pensar sobre el asunto.

—No me escuchas. Estás ausente. ¡Eh! que estoy aquí —Max mueve su mano derecha delante del rostro de Maldonado.

—Ya nos vamos, voy a pagar la cuenta.

Otra jornada más ha comido con una mujer; no le gusta comer solo, rara vez lo hace con hombres, piensa que es perder el tiempo y ya no tiene amigos. Para él, desde que perdió la pista de Pepo, los hombres son negocios o sirvientes; además, intimar con un hombre sería exponerse absurdamente, podría descubrir su verdadera profesión. Con ellas puede ser quien quiera o lo que quiera. Le gusta jugar a las máscaras, su vida se basa en ese juego, y le da seguridad en todos los aspectos. Deja a Max a la puerta de la parafarmacia, la besa de refilón como si ya estorbara en el asiento del coche, ella cree que lo tiene en el bote, no sabe que han quedado más tarde por interés, la necesidad que tiene Maldo de encontrarse con Marta. Sale del vehículo contenta, se nota en su rostro luminoso. Maldo intenta aparcar por esas calles entre Ferraz y Princesa. Lo consigue. Va caminando varias manzanas hasta El Bramante. La tarde no es áspera, es uno de esos días de limosna que te regala el otoño. Maldo piensa qué le diría al señor Martín si lo encontrara por casualidad, pero se dice que ese tipo no parece frecuentar los bares cercanos al

negocio. Si acontece ya se le ocurrirá algo, que no piense que le está espiando. Maldonado Vuján está obsesionado con Marta, su mayor deseo es encontrarla en el mismo sitio que ayer; sola, sentada sobre el diván burdeos. Y cuando aparezca, ¿qué le dirá? A Maldo, delante de una mujer, las palabras le salen de manera automática, casi sin pensar, pero tiene una duda, se refiere a qué le dirá respecto de su profesión. "Agente de seguros, no... empleado de banca, no, tampoco... agente inmobiliario, tal vez, otras veces ha funcionado bien". Es la hora de los lentos sorbos y el café está silente, una sutil música de Pachelbel se derrama entre el humo de los cigarrillos. El humo visible inunda la atmósfera obligado por la luz anaranjada que entra oblicua por los ventanales del café. Ella no está allí, hubiera mejorado la perspectiva, un toque de glamur en el entorno de estudiantes con media barba y jovencitas ociosas. A Maldonado Vuján le aburre la primera impresión desde la puerta, Marta no está, y se transpone en un estar melancólico, "qué me está pasando". Le vendrá bien una copa. Se sienta en un rincón apartado, a intentar contraer el tiempo con sus pensamientos. Tiene esperanzas de ver aparecer por la puerta a la rubia de ojos esmeralda. Pide al camarero un Jack Daniel's con hielo, es la bebida de las esperas, la que tantas veces ha visto beber en las películas, esas que tanto le sugieren; y se acuerda de Marlowe en *El sueño Eterno*, de Bogie, enamorado de la rubia; algo parecido le está pasando. Toma un periódico; seguro que no va a leer, pero se siente más cómodo camuflado así en el café. Saca del bolsillo la pequeña hoja donde apuntó las primeras impresiones y los nombres del asunto turbio. "Turbio" es un término que a él le gusta, se puede decir que es de factura propia; expresa espesura, opacidad; sin embargo, la palabra le agrada por significar difícil, complicado y oscuro, sobre todo oscuro. Después, resuelto un asunto, Maldonado Vuján se diluye invisible entre la maraña de turbidez y los acontecimientos quedan dispersos en una pastosidad donde no se los puede unir y él, como una parte más desparramada, queda aislado e inconexo. Son las seis de la tarde, faltan dos horas para que salga Max de la parafarmacia, seguro que la rubia no aparece, estará trabajando se dice, si viene será sobre las ocho y solo en el supuesto de que haya quedado con su marido, ¿para qué si no? Corre por su mente la posibilidad de localizar la joyería, dar una vuelta sin dejarse ver, comprobar si ella está allí. Lo descarta, es arriesgado; esperará hasta tener toda la información, hasta hablar mañana con el señor Martín. Siempre ha sido prudente en sus actos de negocio, pero con esa mujer le recorre una sensación extraña.

Vuelve a darle otro vistazo a las notas que tomó por la mañana y apunta: "*es un asunto doblemente turbio*". Tiene razón en el añadido de no encajar nada. Recuerda el último trabajo que hizo para "el marqués", aquel fue el desencadenante de la ruptura con su jefe. Maldonado Vuján contemplaba a escasos cien pasos el edificio donde vivía el esclavo, un joven arrojado a la ingrata mancebía de un rico banquero; Maldo se aproximaba como otras tardes a observar más de cerca la casa del secuestro; la fachada adusta, blanca y sus balconadas como lagrimones cayendo de la galería superior cuajada de columnas. La calle estrecha, del barrio de Salamanca, limpia, de impecable mobiliario urbano. Evitó decirme el nombre de la vía y el número por razones obvias. Conocía bien el inmueble y a sus moradores. Se imaginaba lo que hacía el esclavo, secuestrado cuando niño; sentado en un sillón de madera estilo inglés, giratorio, antiguo, de asiento duro y espartano. Su cuarto, un habilitado baño del servicio de menos de dos por dos. En esos escasos cuatro metros, anulada la voluntad, pasaba dieciséis horas de vigilia cada jornada, menos cuando satisfacía los deseos del amo. De frente al joven pálido, y ya ido, un ventanuco de cristal opaco dando a un patio. La pequeña puerta también se abría cuando le llevaban la bandeja de comida. Delante de aquella fachada, mientras preparaba el asalto con Pepo, deseaba que terminara cuanto antes aquella pesadilla y que el muchacho bajara a contemplar las lagestroemias florecidas de la calle; el fucsia lo inundaba todo aquella primavera. "El marqués" fue preciso, "a esa hora el hombre estará solo con el muchacho, llévatelo de allí y deja a Pepo con el individuo, ya sabe lo que tiene que hacer". Maldonado Vuján ese día salió de aquel inmueble por la puerta trasera del garaje con el joven en volandas. Lo introdujo en el vehículo acordado y se marchó a pie. El padre del muchacho no quiso denunciar, quedó harto de la policía, siempre sin resolver nada; quería otra cosa para el viejo banquero. Desde entonces no ha vuelto a ver a Pepo, seguro que tuvo que desaparecer una buena temporada. Los periódicos dieron la noticia de la muerte del empresario; apareció seis días después mutilado a orillas del Jarama y corrieron ríos de tinta hasta quedar en el olvido. Aquel asunto le hizo recapacitar, las cosas se estaban poniendo cada vez más graves, lo que comenzó por asuntos de una cierta elegancia, se estaban convirtiendo en actos más cruentos y peligrosos. Maldo lo tuvo siempre claro, "no soy un matón a sueldo por justificada que sea la causa"; y "el marqués" no se lo perdonó.

Mientras recuerda el pasado suena el teléfono.

—Dígame… sí… dígame, quién es…

Número oculto, no se escucha a nadie al otro lado. Lo que no sabe Maldo por ahora es que alguien le está llamando para ubicarle, para reconocerle; alguien que está a pocos metros de él. Le han seguido desde La Milhoja, ahora es otro el que dobla al anterior, por esa razón un invisible le ha llamado al móvil. Alguien que ha llegado de fuera, un extranjero, una cara nueva dispersa entre los millones de rostros de Madrid. Maldonado Vuján queda pensativo, no le gusta lo ocurrido. Intenta devolver la llamada, sin suerte. No hay respuesta. El sujeto tiene anulado el volumen de su móvil y aunque Maldo no lo relaciona con la llamada, no pasa desapercibido para él en el café. El hombre está apoyado en la barra, es bajo, delgado, más bien enjuto, una gorra verde de visera inglesa desentona con la vestimenta, traje ligeramente arrugado y beige. A Maldo le sorprende el calzado, unos zapatos que parecen deportivas para mucho trote, y luego el pelo, negro intenso, fosco y brillante. "Debe ser una peluca". El sujeto gira la cabeza observando con detalle El Bramante, por los gestos parece que no hubiera estado nunca allí, sorprende que a pesar de no ser viejo le surcan la cara unas enormes arrugas, como pliegues encastrados que dan un aspecto acartonado al rostro. Labios finos que casi no se le aprecian y los ojos pequeños y vivos. Toma una cerveza y va a sentarse a la mesa contigua de Maldo, que con disimulo no le quita ojo. "Tipo raro", se dice hojeando el periódico que no lee. Apura el Jack Daniel's. El cara acartonada toma una revista, parece que va a estar ahí sentado un buen rato.

Suena *Amanecer*, la música perfecta en el entorno cuando piensa en Marta. La melodía sale de las manos de Chucho como si fuera una cascada suave que templa los sentidos, y la melancolía de un ser no melancólico se convierte en paz, a pesar de la incertidumbre que le provoca el tipo de la gorra. Continúan las manos del pianista tejiendo las notas que escapan del malecón, comienzan a recorrer el bulevar, muy neoyorquinas pero con los colores de Miramar. Estas ensoñaciones cubanas transportan a Maldonado Vuján al cine de los cuarenta o cincuenta; los viejos cacharros, los sombreros panamá, los zapatos de dos colores; está viendo el cine negro con ribetes siboney, de manigua y tropicana. La música le evade cuando, distraído, escucha un acento distinto, meloso, que se dirige a él. Posiblemente portugués o brasileño. No deja de tener cierto exotismo el sujeto.

—Disculpe. ¿Me da fuego?

—Lo siento. No fumo.

—Peor para mí. No quería levantarme, esta música me empereza.

—¿De dónde es? —dice Maldo con sonrisa, abierto a la conversación, pero con la cautela de un hombre taimado.

—De Lisboa la mayoría de las veces. —Sonríe. Un camarero atento se acerca para encender el cigarrillo—. Obrigado —ahora se dirige a Maldo—, Agostinho Vieira para lo que precise —se reacomoda en el diván para colocarse frente a Maldo.

—¿Trabaja en Madrid? —dice Maldo.

—Solo a temporadas. Importación y exportación, ya sabe —dice el portugués mientras fuma con elegancia, como si el cigarrillo fuera parte de él y el humo sale en redondeles involuntarios.

—Me gustaría conocer Lisboa, debe ser bonita; luego está el fado y eso. —Lo de "eso" no sabe a qué se refiere, realmente no le sugiere en el instante ninguna otra evocación el país vecino.

—Todo es fado; los rostros de la gente son fado, las casas son fado, la luz es fado, hasta el río es fado. —Lo dice el luso, parece que cantara.

—No le entiendo bien… Aunque me gusta esa música.

—Es una manera de sentir, una manera de estar, una lujuria de tristeza que todo lo embebe.

—¿Allí no se divierte la gente? —dice Maldo estirando la sonrisa.

—De otra manera, más encorchada. Es una alegría silenciosa. El portugués cuando está alegre parece que flota. Ustedes dan muchas voces, se desparraman como la luz de agosto. —Mueve las pequeñas manos con ligereza, con gracia, parece dirigirse a sí mismo, como si su voz fuera un fado cansino y agradable.

—¿Es mala la luz de agosto?

—No lo sé. A mí me gusta más la luz de noviembre, más oblicua, cargada de matices.

—Entonces, considera que somos unos simples… Esto se pone bueno. —Maldonado Vuján ríe, cree que va a polemizar, sin asperezas.

—Sin ofender. Me gusta la discreción, las pausas.

—Puede que tenga razón, en esta tierra hay mucha estridencia. Pero no me negará, si conoce España, que conviven varias y diferentes idiosincrasias, no todos somos iguales.

—Conozco bien su país y no he llegado a ese convencimiento. Hace poco estuve en Asturias, quedé maravillado de aquella tierra, pero la única diferencia que encontré entre un asturiano y, por ejemplo, un andaluz radica exclusivamente en el acento.

—¿No cree que es simplista?
—Tal vez.
—¿Quiere otra cerveza? Voy a pedir una copa.
—Sí, pero permítame invitarle.
—De ninguna forma. No puedo consentir que pague un fado. —Sonríe Maldo por la tontería.
—No se equivoque conmigo, me gusta España —dice el luso cariacontecido, con la severidad de dar certeza a sus palabras y añade—, aquí me encuentro como en casa.
—Siempre he tenido una idea de los portugueses que posiblemente sea errónea. Se me ocurre que, cuando termine el trabajo que estoy haciendo, iré a recorrer su tierra, es una asignatura pendiente.
—¿A qué se dedica? —se le estrechan los párpados y su mirada se vuelve inquisitiva, no pretende incomodar, es automático. Maldo no lo aprecia está pensando la respuesta.
—Intangibles.
—Ya —sonríe—, ¿seguros?
—No, por qué todo el mundo piensa siempre en "seguros"… Ahora estoy metido en publicidad. —Una ocurrencia a bote pronto.
—Difícil oficio.
—Muy difícil, y más con los tiempos que corren. Han bajado mucho las ventas. ¿Y usted qué vende… o compra?
—Armas —se ríe—, no hombre e uma brincadeira, un jogo… una broma. De todo un poco, aunque últimamente también hago otras cosas, por ejemplo escribir.
—¿Ah, sí?
—Sí, terminé hace poco tiempo una novela. Un caso real.
—Qué interesante, se ve que es usted un polifacético. Yo tengo muchos casos reales que podría contar, pero no sé escribir. Me gusta más dibujar. —Recuerda sus años de estudiante con el cartapacio bajo el brazo, casa bien con ser ahora publicista.
—Que escriba otro sus historias, ¿no los llaman negros? Búsquese uno. —Después de una pausa se ríe solo—. Perdóneme, me río porque iba a decir "ahora tienen muchos por aquí", negros me refiero; nosotros los tuvimos siempre, ya sabe, las colonias.
—Le entiendo, no se preocupe. Me hace gracia. De todas formas no se me había ocurrido lo del negro, me ha abierto los ojos. —Maldo siempre observando el perfil crematístico de las cosas.
—¿Cómo se llama? Si no es indiscreción —dice el luso.
—Maldo.
Ahora caigo —escritor inoportuno— que en portugués "Maldo"

es el anagrama de “do mal”, “del mal”; como si Maldo viniera, a pesar del nombre que quise ponerle, de las profundidades telúricas, o estuviera incrustado en el submundo de la malignidad por el cual bucea. Esto de los anagramas es un vicio, pero me puede traer malas consecuencias, no sé, son premoniciones, sinergias, visiones y muchos más “ones” en los que evito pensar. Sigamos con el portugués, al que le tengo que agradecer que “do mal” me encontrara, por lo de la pasta claro.

—Ha sido un pracer Maldo. Me tiene que disculpar. Llego tarde a una cita. —Se levanta. Estrechan la mano.

Maldonado Vuján siente un frío intenso, seco, al rozar la piel blanda de las pequeñas manos de Agostinho Vieira, que se marcha despacio hacia la calle. Ha dejado tras él una estela olorosa, rara, pero tal vez un olor que no es desconocido al olfato de Maldo, aunque ciertamente indescriptible. Son casi las ocho. Está cansado de estar en el café, que se convierte por momentos en pub inglés. Crecen las luces y los tonos del color de los muebles cambian por momentos, los brillos de los dorados rechinan y la estridencia saca del letargo a Maldo, que quiere irse, cambiar de atmósfera, no está para resaltos, ahora necesita tranquilidad, la misma que ha tenido toda la tarde, lo que le lleva a pensar más despacio, a entretejer los recuerdos con el asunto de la joyería. Se levanta, se estira con disimulo, “ya hay aquí mucho barullo”, mientras paga y enfila la puerta del Bramante. Se nota cansado, con cierta pesadez en las piernas, tal vez otra copa le vendría bien, pero en otro lugar. Ha decidido no esperar a Max, acelera el paso por si se cruza con Conchita, la recepcionista; tampoco quiere verla, a Marta la dejará para mañana. Está en la calle respirando el frescor de la incipiente y agradable noche de otoño. Gira en el chaflán sin dejar de mirar el portal de las oficinas del señor Martín “Rosamunda Investment, S.A.”, dice la placa de la fachada. Vuelve su cabeza hacia la calle que va a tomar… allí aparece ella, Marta, andando de frente a él pero por la acera contraria, dispuesta a doblar la esquina y entrar en las oficinas de su marido. Maldo, pétreo, reinicia la marcha, se cruzan, la calle no es ancha. Ella está en sus asuntos, no le mira, no se fija, dobla la esquina y entra en el portal. Él queda pensativo, no volverá a entrar en el café, por allí aparecerán Max y Conchita. Maldo cree que tendrá mejor oportunidad con Marta en otro sitio, a solas; tal vez la afronte en la calle, o la siga; a lo mejor ha quedado con alguien, con su marido a cenar o algo parecido, o tal vez con Roldán, o con una amiga, o quizá después de ver al señor Martín se marche a su casa. Está dubitativo. Frena los pensamientos

disparados, toma por fin una decisión: se camuflará entre el mobiliario urbano, a esperarla, con esa pericia que le caracteriza, aprendida a lo largo de tantos años de profesión. Se percata de que tiene que ocultarse de varias personas; de Max, de Conchita, del señor Martín, que puede salir en cualquier momento, y por supuesto de Marta. Ahora tiene que ser invisible. Franquea el cruce de calles buscando otro extremo del escenario que le sea más favorable. Un portal con marquesina y jardineras altas. Se oculta y espera, en la ciudad comienzan a dibujarse claroscuros, los matices del aguardo y las pasiones. Las farolas repuntan y se acuerda de los pájaros alrededor de San Isidro, de niño, cuando lucía las postillas y rozones por debajo del pantalón corto. Llamaban su atención los chillidos de las aves en la atardecida de verano, cuando llegaba la hora de volar a casa y evitar la regañina de su madre. Tenía que posar su culo en la formica antes de que volviera el padre oliendo a mantecadas y queso viejo, un olor impregnado en la ropa de aquel hombre manso que aún no se había ido de la pituitaria de Maldonado Vuján. Piensa que, cuando salgan a la calle todos los personajes, en el cruce donde asienta su empaque El Bramante, se juntarán chillando como los vencejos de aquella iglesia del Madrid castizo. En algo tiene que pensar mientras evita al portero entre las jardineras. Disimula, como si esperara a cualquier vecino del inmueble. El incómodo rechoncho de traje gris grueso y botones dorados se planta firme tras el cristal de la cancela. Maldo mete las manos en los bolsillos del pantalón a punto de silbar una torcida cuando vuelve a ver a la rubia, que sale del portal sin presteza y se para; espera a alguien, se dice Maldo, por la compostura. Tal vez a Roldán, a recogerla. No, es su marido el que asoma por la puerta, el señor Martín. La coge del brazo, se dirigen a la esquina del inmueble. Hablan. Parece que discuten. Ahora aparece Conchita, la recepcionista gorda y pelosa, saluda y se dirige al Bramante. Marta la frena, como diciéndole “espera”, aunque se mantiene a distancia mientras la rubia se despide del señor Martín. Las dos mujeres entran en el café, el marido de la rubia, en dirección contraria, acelera el paso. Es la gran oportunidad que esperaba Maldo. Se despide del portero con un gesto seco, levantando la cabeza, el funcionario ni se inmuta. Se marcha hacia el café; desde la acera Maldo divisa a Max, que cruza la calle, él se frena, da tiempo a que las tres mujeres se asienten. Después, hace su entrada aparentando timidez; como ciego, deslumbrado por el bullir del Bramante.

Nota del diario IV:

Me ha llamado Maldo. Cuando escucho, “¿qué tal estás hermano?”, ya sé que se le están pegando las Antillas a la lengua. La novela va bien pero debe tener paciencia, “¿no presumes de eso?”, le dije volteando las tornas. A Maldo la arena caliente le aburre, por eso me llama y aprovecho para comentarle cuatro detalles sin importancia. Esta mañana he dado una vuelta por el café Bramante; ya lo conocía, pero sólo de pasada. Eran las doce de la mañana aproximadamente, había poca clientela, estaba luminoso, radiante a pesar del día gris que tenemos en Madrid. Es un lujo sentarte allí a tomar un café, el escenario real de los personajes de la novela. Miguel Ángel le debe mucho a Bramante. Donato di Angelo di Pascuccio rediseñó la totalidad de los palacios vaticanos alrededor del patio Belvedere. Reconstruyó la Iglesia de San Pedro que más tarde continuara y terminara Michelangelo. En mi último viaje a Roma descubrí, escapando del bullicio de la Piazza Navona y a pocos pasos de allí, la iglesia de Santa María della Pace; el claustro, construido en 1500, es la primera obra que hizo Donato Bramante en Roma, recién llegado de Milán. Lo que más llamó mi atención no fue la belleza de la construcción; más bien, que se trata de un monumento vivo, sala de exposiciones de arte contemporáneo y sobre todo un café. Sí, una cafetería en la segunda planta del claustro, algo insólito donde encuentras serenidad y un buen café italiano. Pero aunque la sugerencia para dar nombre al café de la novela estaba clara para mí, no obstante me reafirmé cuando lo relacioné con el “hilo de bramante”. Ese hilo de cáñamo durísimo que se usa principalmente para atar la carne de los asados. El Café Bramante era esa atadura, esa ligazón fuerte que une a los personajes. Si aquella tarde Maldonado Vuján no hubiera entrado en ese café de Argüelles, las cosas hubieran ocurrido, con seguridad, de otra manera. “Es difícil abstraerse a la belleza de la mujer que está sentada en el diván”…

IV - (Miércoles por la noche) - Un revuelo de vencejos

Maldonado Vuján no estaba acostumbrado a que una sensación de abatimiento inundara su cuerpo, pero hay días que decaen poco a poco, lentamente, y se convierten en pesadas tardes de domingo con un mal cuerpo insoportable. Llega a pensar que le faltan fuerzas, que pocas veces ha sentido aquello. ¿Qué es? Un dejarse estar, una indisposición fruto de la descarga de glucosa, un malestar del alma, o tal vez el amor, eso que llaman amor. A Maldo le gustaría saber más acerca del amor, ese misterio que no ha experimentado nunca a pesar de sus cuarenta y cuatro. No sabe qué es esa mierda que le pasa, que le provoca inseguridad. Cuando está a punto de saludar se le hace un nudo en la garganta, no, mejor, el estómago se frunce, toma vida, consciencia. Tengo estómago. Tengo también saliva, la noto espesa y tengo que tragarla, con dificultad, como si fuera un enorme chicle. Atravesar el Bramante es un esfuerzo desconocido, extraño. Imagina que todos le miran, le siguen con ojos de sapo, de rana; se incrustan en él. Al final resuelve, con la agilidad que le caracteriza:

—Hola a todas. A ti no te conozco —dirigiéndose a Marta. Besa a Max, a su lado, luego a Conchita. La rubia se voltea hacia la barra; para beber, para evitar al personaje y Maldo añade—, qué pasa, estáis muy serias. Si molesto me voy.

—No. De ninguna manera —se lanza Max, que está junto a Maldo, Conchita en el centro; cerrando el semicírculo, Marta, que sigue a lo suyo. Conchita hace la presentación.

—Marta… este es Maldo, creo que vende seguros a tu marido —sonriendo.

—Hola —un “hola” lacónico de Marta.

Maldo sale al paso:

—No te dije que vendiera seguros. Publicidad —refiere casi regañando a Conchita. Siempre en el juego de la ambigüedad, sin llegar a ser del todo opaco.

—Ah… creía…

Max interrumpe a Conchita:

—Eres un enigma, no me sacaste del error.

—Qué más da — dice Maldo—, y tú, Marta, a qué te dedicas,

¿trabajas con tu marido? —Ella le mira con estupor.

—Los interrogatorios son en otro lugar —mientras hace ademán de beber.

Maldonado Vuján está descolocado, desdibujado. ¿Quién es el cínico? Se pregunta. ¿Será verdad que flojea? Y justifica:

—Deformación profesional.

A esta altura de la narración he parado la imagen —otro capricho del escritor impertinente—. Me subo imaginariamente a uno de los divanes que más cerca está de la entrada del café. Estoy de pie mirando a los cuatro; están al otro extremo de la barra. Suena en mis adentros el disparador de la máquina. Una instantánea en color, anulo matices, aplico filtros; me quedo con una fotografía que no es en blanco y negro, eso lo dejo para las escenas de calle, tampoco es sepia, es algo más; lo que no varío son las sombras, tampoco modifico el contraste. Ahora me gusta. Así, de esa manera, igual que en el retrato imaginario quedan los cuatro durante largo tiempo conversando, intentando brincar la música, bebiendo. Casi de espaldas, Maldo, con una cerveza en la mano que medio tapa a Max; esta ríe con la cabeza inclinada hacia atrás, más allá, dejándose ver toda Conchita, rebosándole la melena rizada y su enorme culo que se desparrama por el perfil del taburete, ocultándolo, como si fuera un juguete entre los gigantes muslos; a la izquierda, casi mirando al objetivo, ella; me gusta “ella”, es aquí el pronombre enigmático y sugerente, ella, como si “ella” fuera el fin último del novelista más que el deseo irrefrenable de Maldonado Vuján. Está impresionante. Miro la foto incrustada en mis neuronas. En sus labios no hay mentira, sensuales; sus pechos tampoco mienten, los justos bajo un suéter ajustadísimo y rebosando por las alargadas solapas del blasier. Las insinuantes patas de gallo todavía favorecen más sus ojos esmeraldas. Atractiva a borbotones. Ella, segura en apariencia, en la fotografía del instante que me narró Maldonado Vuján; él, como si fuera en esa ocasión un cronista de siempre, le salían las palabras abstraído del ajetreo y la música del Bramante.

—Tengo que marcharme, esto está muy entretenido pero es mi hora, ya sabéis, vivo en… —interrumpe Max, satisfecha porque quedan menos estorbos junto al hombre que desea; besa a Conchita.

—Ya sabemos que vives muy lejos. —Se despiden.

Maldo observa cómo la secretaria sale del café.

—También me vais a perdonar, se me hace tarde —dice Marta apurando la copa.

—Nos tomamos la última y nos vamos los tres. —Maldo desea

que Max llene su vejiga de cerveza, se marche a mear, estar a solas con Marta.

Ha escogido las palabras para cuando se quede bis a bis con la rubia. Se le chafa la predicción "¿se marchan juntas al baño?". Una luz… la idea perversa para escaquearse. Paga la cuenta y se escabulle haciendo zigzag entre los clientes del Bramante. Está en la acera, enfila la calle por donde vio llegar a Marta. Toma una buena posición para no ser visto. "Esas dos mujeres no se irán juntas, Marta probablemente vuelva sobre sus pasos. Si no, puedo seguirla". Desea abordarla, continuar con ella o quedar para mañana. Se le amontonan los pensamientos. Es demasiado seria, eso no le disgusta, es más, le atrae. "Me indispuse, ya me disculparé". Suena el móvil, es Max, le busca. Aguanta el timbre sin contestar. Disfruta jugando al gato y al ratón. Maldonado Vuján envía un sms a Max "*no te muevas de ahí, despacha a la plasta de la rubia*". Para abortar el robo, estar con Marta puede ser un paso de gigante.

—En una pintura las flores nunca se secan.

—Qué susto me has dado! —Tiembla—. Imbécil, ¿qué haces aquí? Pensé que ya estabas lejos… La cuenta pagada. Desaparecer. Qué extraño. Creo que eres algo rarito—dice ella descompuesta.

—Las amapolas de Cézanne, los nenúfares de Monet… Siempre están ahí.

—¿Vas a hablarme de arte? Déjame en paz, no te conozco. —Marta inicia la marcha.

—Algunas flores nunca se secan —dice Maldo mirándole su nuca.

Ella se frena, todavía da la espalda, la escena aún en color, color apagado, mientras esa calle de Madrid se inunda de claroscuro.

—¿Qué quieres?

—Comer mañana contigo.

—Para qué. —Girado el dorso y su rostro hacia Maldo.

—Para comer.

—No sé por qué tengo que comer con un analfabeto que no sabe que las amapolas son también de Monet… Lo pensaré, dame tu número de teléfono.

En silencio, Maldonado Vuján lanza una última mirada a la mujer, de espaldas, la silueta se hace cada vez más pequeña mientras mueve etéreamente las caderas. Saca el móvil del bolsillo, lee el mensaje de Max, "eres un cabrón, me voy".

La calle está mugrienta, una suciedad que en otros momentos pasa inadvertida invade las aceras, es una pátina oscura de color indefinido, mezcla de chicle y grasa que escurren los vehículos

cuando se montan en la vía peatonal. La noche se ha puesto brumosa, las gotitas favorecen una película resbaladiza y brillante que viste de elegancia la mugre. Cuando llueve en Madrid, los brillos son puñaladas en el corazón de las arterias más conocidas y la ciudad se apelmaza de chatarra sonora. Pasa el tiempo... pasa el tiempo. Llueve en la madrugada, claroscuro que gana docilidad con la cortina otoñal, húmeda y silente; una cascada de partículas que conceden al negro el carácter del gris, del gris oscuro; ese gris soñado tantas veces en el celuloide. Son los exteriores perfectos para imaginar a Maldonado Vuján paseando a altas horas, yendo a ningún sitio, saliendo del Clamores con las manos en los bolsillos del pantalón, la chaqueta ceñida. Tiene frío, pero se aguanta, resuenan todavía en sus oídos los últimos compases al piano que escuchó en aquel sótano; la noche gris y el jazz es la singularidad que hace parecer que estamos en Manhattan, pero no, estamos en Madrid, es otoño, un otoño redundante, como el gris oscuro. Se pierde entre la verdura mustia de la Plaza de Olavide… sin miedo aparente… hacia ningún lugar.

Nota del diario V:

Maldo contesta al e-mail que le envié con los primeros capítulos. No debí aceptar pasarle el escrito hasta que no estuviese terminado, sus comentarios pueden influir en mi forma de afrontar la narración y eso me incomoda, a veces me bloquea. Dice que es simple, que describo con flojedad a los personajes, que soy reiterativo, que quiere más fuerza narrativa, más carga emotiva, más… Estoy hasta los cojones. ¿Pero qué se ha creído que es un negro? ¿Piensa que es un esclavo a los caprichitos del que paga? Me recuerda al señor Martín cuando le encargó el asunto turbio; que no se queje. A veces deseo decirle que se busque a otro, pero me va gustando la historia y eso me frena; bueno, también el dinero. Llueve en Madrid y él disfrutando del sol. Le ha molestado cómo afronto el desplante de Max y Marta en el capítulo anterior, dice que no lo deje así, que profundice en los diálogos. Un Don Juan tiene que reafirmarse constantemente, el éxito ya es otra cosa; ¿pero qué se ha creído? No voy a modificar la realidad, lo siento; de esa manera está expresado en las soporíferas notas que tomé antes de marcharse. A Maldo la despedida de Marta le parece una victoria; "lo pensaré. Dame tu número de teléfono". La evocación de las flores en el curioso encuentro con Marta me ha traído a la memoria que a Claude Monet le tocó la lotería, cien mil francos franceses de la época, un pastón, con esa suma pudo dedicarse no solo a mitigar los agobios económicos sino a vagar por la campiña francesa pintando paisajes; ¡así cualquiera! Si me ocurriera eso mandaría al carajo a Maldo, dejaría de ser un negro mal pagado y recorrería tal vez La Provenza escribiendo lo que me diera la gana.

V - (Jueves por la mañana) - Las previsiones fallan

Maldonado Vuján ha dormido en un hotel de la ciudad, a veces lo hace; sobre todo si tiene un presentimiento, "creo que me siguen". Es cierto que el caracartón le dio muy mala espina. A la superstición hay que añadir las sensaciones más profundas, esas que no tienen explicación y le ponen los pelos como escarpias cuando lo piensa, dice que son barruntos, se lo oyó decir muchas veces a su madre. "Creo que me voy a ir muy pronto", él era un chaval de trece años que no entendía nada, y se contempló en el cementerio un año después; a partir de entonces se hizo reservado y comenzó a dibujar, dibujar sin descanso, emborronar láminas y láminas sin freno; a su padre lo convirtió en olores cada vez menos soportables, silencios cada vez más silencios, hasta que la timidez se fue marchando, provisional, con las novelas, el cine de gánsteres y las primeras novias.

Ya sabemos que iba para pintor de brocha fina pero se quedó en un delineante de tercera —esto a lo mejor lo tacho, se va a cabrear demasiado—, siempre en el paro, no hubo una prueba de selección donde no emborronara una lámina —son palabras suyas—; y volvió a la formica con el cartapacio del brazo, el tiralíneas, el escalímetro, la escuadra y demás pertrechos de dibujo. Ahora, cuando la tecnología ha borrado las manos de los tiralíneas, dice siempre justificando el fracaso, "ya lo decía, con un plotter y el Autocad todo resuelto, sobramos todos". Antes fueron los cómics Marvel, aquellos de pequeño formato en blanco y negro. Libros de sombras y rayas. Copiaba a los héroes, tenía su propia colección de dibujos a plumilla. Cuando descartó hacer Bellas Artes se pasó al lado oscuro y aunque su amigo Pepo le apartó del trapicheo, "deja de pasar esa mierda, te va a arruinar la vida", después le introdujo en el lado oscuro elegante. Pepo siempre mirando por él, y por sí mismo, con ganas de dejar la compañía de seguros, bueno, para ser más preciso, olvidarse de las largas jornadas pateando las calles mientras cobraba recibos de seguros de decesos. Después de los cómics llegaron las novelas: Georges Simenon, William Irish, Elmore Leonard, y tantos otros leídos con fruición; mientras, su amigo le decía, "hay otros asuntos donde se gana más dinero, si nos lo

hacemos bien estaremos siempre limpios". Pepo ya estaba reclutado; desde entonces no salían de los cines de la Gran Vía, de las hamburgueserías Wendy y de las esperas al teléfono en los billares hasta recibir las órdenes del "marqués". A Maldonado Vuján también se le pasó por la cabeza hacerse detective privado, pero no al uso, más bien uno de esos sujetos con dinero, rodeado siempre de bellezas con el rostro serio y chorreando erotismo. Eso ocurrió cuando la barba se le comenzaba a cuajar y el futuro era una palabra maldita. Incluso, estuvo a punto de comprar un curso "*hágase detective por correspondencia*", pero le faltaron fuerzas para dejar de tirar líneas, y una vez que probó el dulzor de los billetes de mil duros en sus bolsillos continuó por el camino de las sombras; para qué la licencia, igual se trataba de resolver casos, aunque si cabe más oscuros.

Fue en Callao, una tarde de domingo, "Maldo, un amigo nos ha dado un laboro puta madre tronco", y comenzó el juego: mensajes secretos, llamadas extrañas, un jefe al que no vieron nunca, paquetes en papeleras, sobres en un bar con la llave de una consigna en la estación de Chamartín. Se fueron curtiendo con trabajos de poca monta, se sentían importantes y estaba el dinero, mucho dinero. Aprendían la invisibilidad. Recuerda que Pepo había llegado demasiado lejos con aquel banquero, aunque se decía de continuo y sin rencores: "cómo me gustaría volver a verle. Pepo ¿dónde te has metido?".

En ese hotelito de la calle Vallehermoso, cerca del mercado, suena el móvil de Maldo a eso de las ocho y media. Está tumbado en la cama, despierto, contemplando las rajas provocadas por la dilatación en el yeso del techo. La dilatación, la dilatación… El edificio vive, Maldo está en el estómago de un ser pétreo, un ser pétreo que le protege. La dilatación… se siente seguro. Es la seguridad que calma a un hombre como él.

—Buenos días, señor Vuján, hay cambio de planes.

—Siii… ¿Qué cambios? ¿Ya se ha arrepentido?

—No, señor Vuján. Tengo preparado el dinero, se lo entregaré en un lugar más discreto. Comprenda, señor Vuján, que contar esa cantidad en una cafetería no es buena idea. Sepa que he reunido toda la información que precisa.

—Dígame ¿dónde nos vemos?

—Una hora más tarde, a las once, en la calle Remuleto 33; pulse en el tercero A del portero automático, le estaré esperando. ¿Sabe dónde está?

— Ya me las apañaré, creo que estoy cerca. Hasta luego.

—Adiós, señor Vuján, venga preparado para contarme algo convincente.

"¿Convincente? Este tío no sabe lo bien que se me da improvisar, pero ¿qué le voy a contar? Querrá que le explique mi plan. No hay plan. Tengo que pensar… Pensar". La mirada rebota en los espejos de la habitación. La mirada vuelve a rebotar en el gran espejo del baño. Hay días que le cuesta reconocerse. "Yo no era así", se siente con la pesadez de saberse otro. "¿Será verdad que cada siete años mudamos todas las células de nuestro cuerpo?", se convence de que lo único que queda es la memoria, su único ser verdadero y primitivo es la memoria. "Soy exclusivamente memoria", se siente otra vez distinto. La mirada rebota en el espejo y ve el envoltorio de la memoria. Intenta recordar cada día más, renovar el interés por los recuerdos; cuantos más, mejor, da igual buenos o malos, lo importante es que no se pierdan, que no se diluyan ocultos en su cerebro. Cerebro igual a asco. "Asco". Fue hace tanto tiempo, se dice con gran lentitud de pronunciación interior; en la calle San Romualdo, en la acera, junto a un edificio industrial. Un estruendo, un fuerte golpe a los pies de Maldo. Un cuerpo reventado, desparramado. Había caído de la azotea del edificio; la última planta era el parking. Los pantalones de Maldonado Vuján salpicados con los sesos de aquel desesperado; o tal vez le empujaron, no se sabe. Maldo tomó su moto, que entonces así rodaba por las calles de Madrid, con los pantalones manchados de memoria, pedacitos de memoria pegados a los bajos. "Si te fulminan el cerebro te dan la peor muerte, la verdadera". Ducharse se le hace cuesta arriba, lleva más de veinte minutos contemplando su rostro en el espejo, las manos apoyadas en la encimera del lavabo. Un suave aroma de lavanda penetra en la ensoñación. "Despierta Maldo", se decide. El dinero que va a cobrar, por no hacer nada todavía, no le anima. Indolente, el asunto le bloquea, llega a pensar largarse con la pasta y no volver en una buena temporada, "que se jodan el señor Martín y su mujer, que se jodan todos". El interés por Marta anula los instintos y se justifica en una especie de contradeseo, "pero… soy un profesional… un profesional".

El día es gris, no podía ser de otro modo, una lluvia fina, sin gota, penetrante, fría, hostigada por el viento gallego que entra norte-sur barriendo la calle Vallehermoso. Maldonado Vuján cruza sorteando los vehículos, la chaqueta al viento, zancadas largas, y siente en su pecho el golpeteo de la pequeña cruz de Caravaca que oculta bajo la camisa blanca, "por si acaso", en ese derroche de

superstición que le completa. Se atusa el pelo al entrar en la pequeña cafetería; un antiguo punto de reunión de atléticos, su equipo del alma, reciclada en un café vulgar, digno y sin pretensiones. Cuelgan algunos viejos recuerdos, fotografías sobre todo; Irureta, Luis, Eusebio, Pereira... Durante una época de su vida el fútbol fue importante, ahora le aburre. Está tomando un desayuno entre carcamales para los que nunca está bien tirado su café. Introduce una porra en el cortado y de la pequeña taza desaparece el caldo.

—Señorita… Oiga, póngame otro.

—Si adivino lo que ha hecho le hubiera puesto uno con leche —dice la camarera con una sonrisa insinuante, la voz melosa y moviendo la cabeza con mucha tontería—. Entonces, ¿se lo pongo con leche?

—La leche es para otros —la mirada atraviesa a la mujer—. Guapa —en voz baja, le sale del alma.

Ella se gira, luciendo una melena negra, mojada, mañanera; él se fija exclusivamente en el culo, redondo, vulgar, divino. El vaporizador calienta la jarra de leche, como una soprano desafinada y madrugadora, tapa el murmullo de los clientes, anula la música, lo envuelve todo. Por fin la normalidad y Maldo casi cabreado

—Sí que comienzo bien el día. Y me lo tendré que beber.

—Un café como este no lo has bebido nunca. —Le tutea, ha tomado una ventaja que la lanza al otro extremo de la barra. Ahí queda eso, como un trincherazo de alivio después del coqueteo. Se desentiende de Maldo.

A Maldonado Vuján los “rolletes” se le amontonan, si quisiera, a todas horas tendría lío. Es un gran imán femenino. “¡Cómo son las tías! y me lo tengo que beber”. Se despide de la camarera. Promete volver, aunque es improbable. Falta un buen rato para celebrar la cita con el señor Martín, las nueve y media. Un paseo le vendrá bien, no está lejos. Gira en Donoso Cortés y enfila la calle. Le dará tiempo para pensar. “¿Dónde he escuchado antes esa voz?”. Se acuerda de la conversación con el marido de Marta, le es familiar, como si hubiera cambiado el registro de un día para otro, como si pareciera una persona distinta. “No puede ser”. La caminata le excita los recuerdos. A los visuales añade los olfativos, los sonoros, el tacto. Después, sueña, “¿cómo será la piel de Marta, qué sensación a través de mis dedos me reserva?”, se imagina lo que cree que ocurrirá.

El edificio es oscuro y sucio, las esquinas se fortalecen con el ladrillo visto, los balcones de hierro; modernismo ramplón. Las

contraventanas de chapa parece que ennoblecen el inmueble y sin embargo le dan un aire opuesto; más que vulgar, viejo. La puerta casi perdida entre la maraña de shop chinés y copisterías, un bar de tercera en la esquina meridional. Una chapa oblonga y gastada atisba un escudo, la bandera dibujada, indescifrable. Un mástil sin bandera en uno de los primeros, junto a la chapa. Un consulado cualquiera que ya no es. Sube la vista, antes de visitar el cielo se topa con el voladizo, norteño; los ojos se le empapan del mea mea con hostigo que le impide contemplar en extensión la casa. El 33. Faltan doce minutos. A Maldo no le gusta llegar antes de lo previsto, de lo pactado, como si cualquier palabra con un cliente fuera un contrato; cruza la calle para hacer espera enfrente, no exactamente en la línea de la perpendicular, se escora, oblicuo, hacia un lado; donde nadie descubra a qué se debe el aguardo. Sigue lloviendo, sin nubes en el cielo, cielo de una corteza gris perla que todo lo invade, oscurece por momentos. Un ligero barrillo en la calzada ofrece un ruido extraño cuando ruedan y salpican los coches. En esta escena, lo oportuno sería que Maldo encendiera un cigarrillo, pero no fuma; se cubriera con la solapa de la chaqueta, el encender del mechero, mejor, de la cerilla. Apetece un sonido para redondear el momento, un primer plano, el raspar del fósforo en la caja, la ignición entre los dedos. No me conformo con imaginar aséptico a Maldonado Vuján bajo la marquesina de la perfumería que hay frente a la casa, esperando la hora. Escudriña la situación de las ventanas de los terceros, cerradas, a medio cerrar, privacidad y calor. Sale una mujer mayor con bolsa, torpe. Al momento sale un hombre que baja la mirada y gira pegado a la fachada hacia la calle más próxima, tuerce en esa calle, Maldo le mira, ahora de espaldas el sujeto se coloca una gorra. El pelo negro le brilla en el vapor del día. Una exclamación en sus adentros, "hostias… el portugués". Reflexiona. "El hijo de puta ha mandado que me sigan", se refiere al señor Martín. El luso no vio a Maldo, tenía prisa. Mira el reloj. Faltan tres minutos. Maldonado Vuján está perdiendo la paciencia. "¿Será el caracartón un espía del señor Martín?, habrá que andarse con cuidado", hace un momento ese hombre departía con el marido de Marta, está convencido. "¿Cómo pude ser tan descuidado? Ahora sabrá que conozco a Marta. ¿Qué pensará de mí?". Maldo no se perdona la torpeza e intenta colocarse del lado favorable a la situación, debe prepararse. Tal vez el señor Martín considere positivo que Maldo se anticipe a los acontecimientos, se dice que así pensará que es un gran profesional, que desde el primer minuto se pone manos a la obra. Ya está junto a la puerta, verja negra y

cristal. Pulsa el botón que indica 3º A. Espera. Vuelve a pulsar. No hay respuesta. Una señora mayor cargada con dos bolsas las asienta a los pies de Maldo.

—¿No le abren? —rebusca las llaves en el bolso.

—Me parece raro, estará en el baño —improvisa.

—¿A qué piso va? —con la candidez de una anciana sin miedo.

Maldonado Vuján frena la respuesta, no quiere soltar el dato.

—Volveré en otro momento —mientras se aparta de la mujer que abre con parsimonia la pesada puerta.

Se cierra lentamente. Maldo se gira. Interpone la puntera del zapato con disimulo. Le cansa el hostigo del agua, ya destaca una mancha de calado en sus hombreras. Sigue esperando a que la mujer desaparezca entre las entrañas del inmueble. Accede sin problemas. Se aproxima al ascensor pero lo piensa mejor. Sube a pie. Maldo está dispuesto a telefonear al señor Martín y advertirle que está en el edificio, decirle que el portero automático debe estar estropeado. El portal apesta a humedad, un olor a moho posiblemente de la gran alfombra que tapiza los primeros peldaños. Cree que telefonear es lo más correcto, pero ya se encuentra en el rellano del tercero. Busca la letra A, al fondo. La luz de la escalera es mortecina; las lámparas de los viejos plafones gastadas. Un friso de madera también exhala un olor indeterminado. La pared amarillenta y rugosa. Una ventana a medio abrir deja entrever un patio de luces estrecho; se asoma sin introducir la cabeza por el hueco; el olor a cañería y gas le espanta. Se aproxima despacio a la anónima puerta de madera, mira el reloj, “y cinco”. Cuando se dispone a llamar al timbre se detiene. Suda, le hace sudar el vapor que despide su ropa. Hace calor, un calor rancio, sin estación, un calor escondido perenne en aquel rellano. La puerta está abierta, se ha dado cuenta hace milésimas de segundo, una ligera rendija desvela luz. La empuja suavemente con el pie mientras accede con precaución al distribuidor de la vivienda, se anuncia

—¡Hola! ¿Señor Martín? —Sin gritar, con cautela.

No hay respuesta. Un impulso irreflexivo le obliga a cerrar la puerta. Su mente comienza a establecer hipótesis a gran velocidad. Tiene un mal presentimiento. Aquello no le gusta, sigue sudando. No ha traído un arma. Por si acaso. Respira profundamente. Intenta serenarse, lo consigue a medias y observa. La vivienda enmoquetada favorece el silencio de sus zapatos. De decoración austera, trasnochada; el lugar parece grande. Todo impregnado de un fuerte olor a sopa de tapioca, recuerda al rastro que dejó el portugués al salir del Bramante. Parece que en estos instantes le

persigan los olores. Avanza por el ancho pasillo

—¡Hola! —Esta vez más contundente, sin ser excesivo.

Un salón a la izquierda, amplio, divisa los ventanales, dos balcones; a media luz. Un piano. La vista se va hacia el piano, silencio, un ligero murmullo asciende desde la calle, el rodar de los vehículos. Empuja con el pie otra puerta entornada, la cocina; de muebles arcaicos, pringosa, no hay nada al fuego, el olor a sopa de tapioca no llega desde el patio. Dos dormitorios vacios. Se ensancha el pasillo en un pequeño distribuidor. Deja a su izquierda un baño, ahora entra en la última estancia, un despacho, a oscuras aunque sabe que es un despacho. Busca el interruptor, enciende

—¿Qué le pasa señor Mar…? —Enmudece. Un ahogo. Se sobrepone.

El señor Martín recostado en el sillón, la cabeza ladeada hacia su derecha, los ojos abiertos, excesivamente abiertos, el brazo derecho colgando, el izquierdo sobre el muslo izquierdo. Se acerca, destapa el cuello de la americana. Un disparo a quemarropa, un hilo de sangre mancha la camisa. Debajo de la mano derecha, que cuelga casi rozando el suelo, una gran mancha oscura sobre la moqueta, bajo el sillón, gotea una pata. A Maldonado Vuján le tiemblan las piernas a pesar de ser un hombre arrojado; casi más por la sorpresa, por lo inesperado. "Joder! Me han visto", se acuerda de la anciana en la puerta del edificio. "Tranquilo Maldo, tranquilo". No toca nada, se sienta en una silla junto a un archivador de madera. "No te bloquees, Maldo, tienes que pensar…pensar". Ya sabe que no ha sido un suicidio. Piensa en Marta, la hipótesis más plausible le trastoca todo el pensamiento previo. El caracartón no es un esbirro del señor Martín, el caracartón lo es de Marta. "Esa hija de puta ha mandado matar a su marido", y también dice moviendo los labios en silencio, "lo más seguro es que quiera liquidarme". Continúa sacando conclusiones rápidas, "la rubia desea paso franco para cometer el robo", pero Maldo necesita tiempo, tiene que encajar las piezas de un rompecabezas que se le complica por momentos y en el que él aparece involucrado. Ahora se levanta del asiento, desea buscar elementos que le permitan cerciorarse, no parece un robo, no parece un suicidio, "¿dónde está el arma?"… "ha sido el portugués". Busca el dinero que debería tener preparado para él el señor Martín. No encuentra ninguna caja fuerte en esa habitación, busca en los cajones, los abre sujetando un papel entre los dedos. No está fichado, pero si le relacionan pueden encontrar sus huellas. Maldonado Vuján se desespera, abre un par de sobres que hay encima de la mesa, nada. El caracartón no ha tocado nada. "Debían

conocerse. Le dejó entrar porque se conocían”. “¿Y si se llevó los ciento cincuenta mil?”. La vivienda resulta extraña, no cree que sea la residencia del señor Martín. Parece un piso puente; su uso: “otras cosas”; de eso sabe mucho Maldonado Vuján. Pero puede obtener ventaja, tiene que hablar con Marta, quiere sacar tajada de la situación, quiere dinero, si no, hablará, denunciará el crimen. Se dispone frenético a buscar en cada rincón de la vivienda, no sabe por dónde empezar, quiere su dinero, lo prometido es deuda, mientras le rechinan los dientes. Abre el cajón de una cómoda, lleno de pequeñas cosas incoherentes, absurdas en ese instante. Un mazo de fotografías, las pasa con velocidad entre sus dedos. En ninguna ve a la rubia, en ninguna al señor Martín. ¿De quién es la casa? Convencido de que aquella morada es de otro, no hay nada que identifique al marido de Marta. ¿Será su furtivo nido de amor? Sin parar de rebuscar; ahora los recibos de suministros, “José Pulido”. Un escalofrío le anula, se lleva el papel al salón, se deja caer en un sofá y casi en voz alta, “Pepo… Pepo”. Guarda la factura de la luz en el bolsillo interior de la chaqueta y se marcha con ligereza, no sin antes coger las llaves que estaban sobre la mesa del despacho. Debe tener cuidado, se dice que no puede volver a mostrarse. En la calle sigue lloviendo, el frescor le alivia. Las grandes manchas de sudor disimuladas en el entorno acuoso. Maldonado Vuján no sabe adónde ir y desaparece diluido entre las esquinas de Chamberí.

Nota del diario VI:

He hablado por teléfono con Maldo, me despertó a las cinco de la mañana; le da igual la hora a este lado del Atlántico, dijo que estaba cenando y se le ocurrió llamarme; que le busque un seudónimo, que publicará bajo un seudónimo, que no se me da tan mal lo de colocar nombres, “busca uno muy comercial”, como si el negro fuera su mánager. Dijo que el título de la novela no le convencía; me sugirió “cartografía de un asesinato”; absurdo, le dije. Nos enzarzamos en una conversación sin fin, a las cinco de la mañana, con una resaca enorme; al final de la conversación le apunté que lo pensaría. Me estoy dando cada vez más cuenta de que no es un caprichoso, es un impertinente, además, está su forma de tratarme, al principio con un respeto excesivo, después con familiaridad, ahora entra hasta la cocina sin pedir permiso. Su comportamiento demuestra que me considera el jardinero, o el chófer. Comienza a caerme gordo, todavía me pregunto por qué le aguanto. La anécdota del suicida de la calle San Romualdo dice que debo cambiarla, contarla tal y como me la relató, le dije que no encontraba mucho sentido introducir toda la historia en la narración, él se empeña. Creo que busca justificarse, quitarse un peso de encima, piensa que es el culpable de lo que le pasó al hombre que cayó desde la azotea y quiere dejar claro que no tuvo nada que ver, que estaba abocado a ello; aunque miente, él bien lo sabe, y repite una y otra vez, “yo no he matado nunca a nadie”. No directamente, con sus propias manos o medios, pero indirectamente sí; estoy seguro, es la causa, el detonante de muchos efectos, resultados incómodos que pesan sobre su espalda y le atormentan.

VI - (Jueves por la tarde) - Nada es lo que aparenta

Maldonado Vuján camina sin rumbo por Chamberí, hace un instante pensaba ir a recoger su vehículo aparcado en algún lugar de Argüelles, hacia allí se encamina. Tiene que comer, lo hará durante el trayecto en cualquier sitio, aunque el hambre no es la sensación más importante en este momento. En su orden de prelación de sensaciones está todavía en la cúspide la imagen del señor Martín con los ojos abiertos mirando al infinito, no quiere imaginar que su muerte la precipitara la relación que mantenían y vuelve a recordar al suicida de la calle de San Romualdo, como un tótum recurrente cuando siente en lo más profundo que algo tienen que interferir sus actos en los acontecimientos. Aquella mañana de hace tiempo frenó la moto, la inmovilizó con un ligero derrapar en la plaza de Cronos, llegaba tarde; Pepo, situado en la acera, esperaba, con una cazadora oscura y sus molletes rosados, iluminado el rostro, las manos en los bolsillos de la prenda. Maldo no se desmontó de la máquina, Pepo le mostró una fotografía, un rostro desconocido. “Si no soluciona el asunto de inmediato dile que su tiempo ha terminado, son órdenes”. Maldonado Vuján, sin mediar palabra, enfila la calle Cronos, vira a la derecha, ya está en San Romualdo, de frente a un enorme edificio industrial. Pudo subir la moto al estacionamiento de la azotea, aunque prefirió dejarla en la acera. Tomó uno de los ascensores, el que lleva a la cafetería, desde allí una planta más para situarse en la terraza. Debía comprobar que no había nadie con aquel individuo. El sujeto estaba solo, esperando, en la soledad de un aparcamiento solitario, con el sol plano sobre su cabeza, junto al muro sur; Maldo se aproximaba con la lentitud de un hombre precavido. Reconoció a la persona que estaba a la espera. Se saludaron con la frialdad de esas ocasiones. Maldo le inquirió con insistencia si había traído el paquete, el sujeto nervioso se disculpaba, ya dijo que le apuraban demasiado, que debían tener más paciencia. Un monólogo. Maldo le advirtió, era el último aviso, se acababa su tiempo, que lo sentía por él. Y se marchó con celeridad, no sin antes, mientras bajaba las nueve plantas por la rampa de vehículos, llamar desde su teléfono móvil a Pepo, “todo tuyo”. El resto ya lo conocemos. Cerebro igual a asco.

Maldo piensa que no estaba tan desesperado, que a Pepo le dio tiempo de subir y esperar a que él se marchara; el "marqués" quería finiquitar el asunto, posiblemente ganaría más dinero dando un escarmiento para tranquilidad de su cliente, el asesinato se paga mejor. Maldonado Vuján tiene esa duda, "siempre me rodean acontecimientos extraños". Ahora se va convenciendo, mientras camina por Alberto Aguilera hacia Princesa, que Pepo conocía al "marqués", que su amigo se reservaba muchas cosas que no compartían y, a pesar de la lluvia que le molesta, se acuerda de más detalles que entonces eran insignificantes y en estos momentos recobran importancia. Y Maldonado Vuján, sin poder borrar de su cabeza las manchas del bajo de aquel pantalón de motero, cerebro igual a asco. Pepo sí es un asesino, se dice, como si algo le hubiera impedido ver la realidad hasta este preciso instante; tal vez el recibo de la compañía eléctrica encontrado en aquel piso favoreció el pensamiento.

—Dígame —con la sorpresa y la incomodidad de responder al móvil con una lluvia cada vez más pertinaz y fría. Se refugia bajo la marquesina del Corte Inglés, casi en Princesa.

—Soy Marta… no recuerdo tu nombre, me suele pasar. —Tiene una voz alegre y melodiosa, distinta de la seca y triste de la noche anterior, quizá sea fingida.

A Maldonado Vuján le entra un sopor infinito; la voz de la mujer, el sudor de la caminata, la lluvia que lo empapa, el recalentamiento de las meninges después de tanto pensar en lo ocurrido, y lo más contundente: angustiarse por no tener el dinero que esperaba.

—Recuerdo tu voz, es una voz inconfundible. No creo que no recuerdes mi nombre. —Con un aire repuesto y coherente, como si no pasara nada.

—Ahora caigo, he intentado recordarlo toda la mañana y ahora sale…Maldo. —Marta aparenta reírse con ganas.

—Te das cuenta como sí te acuerdas. ¿Quieres que comamos en algún sitio especial?

—No te llamaba para eso… —Ha cambiado el tono, ahora circunspecto; emitiendo un halo de misterio. Una pausa. Un silencio a cada lado.

—Ah! Nooo! Entonces ¿para qué? —Maldo, sorprendido, espera cualquier cosa después de lo que acaba de contemplar hace unos minutos.

—Le comenté a mi marido que había conocido al nuevo publicista; me dijo que no había contratado a nadie. Me sorprendió

bastante y le hice una descripción: una persona alta, morena, pelo no largo pero tampoco corto, barba cerrada, guapo… jajaja, de unos cuarenta y pocos, muy interesante, viste bien, me gustaron tus zapatos…

—¿Estás intentando ligar conmigo? —interrumpe Maldo, toda esa perorata le suena a chino.

—Ni hablar, es una broma. —Volviendo otra vez al tono jocoso, artificial.

—¿Pero de verdad le preguntaste a tu marido por mí?

—Verdad. Dijo que me estaban tomando el pelo.

—Creo que quieres jugar conmigo. Me aguantaré, todo sea por comer juntos. ¿Por qué le hablaste de mí, crees que no soy de fiar?

—No sé, tengo un presentimiento.

—¿Un presentimiento? De qué tipo si se puede saber.

—No sé… No sé, me tienes intrigada.

—Y tú a mí. —Maldonado Vuján, en una pirueta encaminada a lo que más le interesa averiguar en este instante, añade—, ¿está tu marido en el despacho? —Aunque hubiera preferido hacer este tipo de preguntas cuando la tuviera frente a él.

—No está en Madrid, está de viaje de negocios. Le hablé de ti por teléfono.

—No puede ser, si estuve con él el… —Se frena, no quiere meter la pata, está confuso, cada minuto que pasa entiende menos— Vale, vale. ¿Dónde nos vemos?

—No sé cuándo podré verte, tengo un compromiso para comer, tal vez mañana.

—Te tomo la palabra, mañana.

—Estoy en Hermosilla, te llamo sobre la una y quedamos cerca de aquí. Hasta mañana.

A Maldo la conversación le ha dejado tocado, faltan veinticuatro horas para la cita y le parece una eternidad; apresura la marcha, piensa que tiene que hacer bastantes cosas antes de estar con ella, atar varios cabos sueltos que le están volviendo loco. Duda si ir a recoger el coche o comer ahora; decide lo último; se despreocupará y centrará su atención en esa mujer enigmática, tiene mucho en qué pensar; después de la conversación telefónica todo le parece incongruente, incluso ella, con esos cambios de tono. Cuando las cosas no le ruedan, cuando nada tiene sentido, queda perdido en pensamientos que no le llevan a ningún lugar y su mente comienza a girar y girar en un circunloquio inútil y agotador. “Esta puta vida no me lleva a ningún sitio, estoy cansado”. Él aún no sabe que va a huir, a escapar de la gran urbe que ahora le aplasta; antes, hace

años, la ciudad le iba dando cada vez más alas. Ahora no, "me estaré haciendo mayor", o "solo es una mala racha". Recuerda que la pasada noche soñó con gusanos, blancos y pequeños, muchos, infinitos removiéndose sobre la cabeza del hombre que cayó al vacío desde la azotea del edificio de San Romualdo. En el sueño, parecía que el cerebro de aquel hombre había crecido de tamaño, se estaba haciendo gigantesco, pero no, eran los pequeños gusanos de la moscarda, esos que llaman asticot, los que generan circunvoluciones blanquecinas y nuevas en un cerebro mutilado. "No tengo que obsesionarme". Maldonado Vuján cree que ese cerebro imaginario es el suyo, que el sueño es un espejo. Es un alarde de autopsicoanálisis, eso le engrandece, hace que mejore la opinión que tengo formada del protagonista —otra contorsión del escritor—. Imagino que le sigo, ahora andando despacio por Argüelles, le gusta observar, camina por Marqués de Urquijo a punto de doblar la calle Ferraz; las manos siguen en los bolsillos del pantalón, la chaqueta azul se abre dislocada por la abertura de la espalda, inclina ligeramente la cabeza, está cavilando mientras anda. Sus pulmones se encharcan de una especie de bruma portuaria, los ojos entreabiertos para esquivar el agua, su cara difuminada a carboncillo por la barba que apunta como un sombreado favoreciendo la sensación de blanco y negro en el rostro. "Lo siento, pero si tengo que joder a alguien, lo haré". En lo más profundo piensa en Marta, ese pensamiento va destinado a ella. Maldonado Vuján no se la juega por ninguna tía, por muy buena que esté, aunque creo que miente, el odio que se destila en él es agridulce. Se aproxima al restaurante donde ha decidido comer; antes de entrar mira con detenimiento el interior, siempre tomando precauciones, para pulsar la situación; también cree que no le ha seguido nadie. Tal vez ella ha quedado mañana con él para que el caracartón le tenga controlado. Maldo no se fía.

La comida fue de urgencia, en un restaurante de tercera, salió de allí disparado después de pagar la cuenta, dejó su coche aparcado en el mismo sitio en el que estaba desde ayer y a las ocho menos algún minuto se acercó al Bramante. Lo que hizo durante más de cuatro horas no lo sabemos, es un lapsus que no ha contado. En las anotaciones de mi cuaderno tengo apuntado: "*que me relate lo que ocurrió durante ese tiempo*", confío que haya sido un olvido, o tal vez horas de paseo sin importancia intentando despejar de su cabeza lo ocurrido.

Maldonado Vuján, desde la puerta del café, observa el paraguas que oculta el semblante de la mujer que se acerca a buen paso en

dirección a él, desde la puerta del Bramante ya sabe que es ella, elegante bajo la lluvia. Le da igual que sea una asesina, está fabricada para él, no quiere dejarla escapar. Su primer objetivo es lucrarse con el asunto turbio, después, mitigar la soledad; ya es hora de cambiar, está cansado, siempre con gente que no conoce, que no se importan. Incluso en la cama, siempre la mujer que hay a su lado es una extraña. La soledad del hombre invisible, esa que domina su existencia y ahora le aplasta; jugando a la evasiva, al desmarque continuo, al escape cuando nadie lo espera. Y después, a otro asunto diferente, otra nueva gente. Necesita rehacer su vida en otro lugar. Anular cierta perspectiva apocalíptica que le corroe; qué más da héroe que antihéroe, quizá el futuro sea con ella. Duda.

—En algún momento llegué a pensar que no eras tú, no sé, tuve una duda, me había olvidado de tu rostro —dice Marta con ese aire severo que caracterizan sus palabras. Ella está en ella.

—Te he reconocido incluso oculta bajo el paraguas.

—¿Qué haces por aquí otra vez? La oficina está a punto de cerrar.

—Ahora no me interesa el trabajo, imaginé que te encontraría aquí y pensé tomar una copa y charlar contigo, no puedo esperar a mañana. —Maldonado Vuján es ambiguo, una ambigüedad arraigada, permanente, aprendida y llena de matices que parecen desplegar la verdad. Puede esperar, incluso la espera aclararía mejor sus ideas, pero sus palabras buscan también otro objetivo; “no puedo esperar a mañana”.

—No tengo mucho tiempo, pero acepto —dice ella.

Un hombre, sentado junto a una mesa les mira con insistencia. Desconfía. Maldo desconfía de todo el mundo, hasta del camarero que le incomoda con una sonrisa aviesa. Ya están sentados en un rincón del café, Maldo quiere intimidad para conversar, sabe que Max y Conchita pueden aparecer en cualquier momento, ya se le ocurrirá algo para que le dejen a solas con la rubia. La decoración parece que se ha tornado más estridente, se siente algo extraño, quizá se trata de un toque kitsch que no había observado hasta este preciso momento. Los colores planos y estridentes no mal combinados, si bien agobian al principio, hasta que te acostumbras. Ella toma la iniciativa, Maldo calla y observa no sin descaro el traje elegante, la blusa escotada en la justa abertura, el peinado maravilloso envolviendo un rostro bello a pesar de la madurez. Discreta, el perfume apenas se escapa de sus poros pero embriaga la mesa en ese rincón neutro del Bramante. A Maldonado Vuján aquel lugar le parece distinto; un ligero estado de zozobra le muda la

realidad, las sensaciones son otras.

—Todavía me pregunto por qué te he llamado, lo de mi marido fue una excusa para marcar los números que me diste. —Mira a Maldo con un cuarto de sonrisa que neutralizaría a cualquiera, pero él, anclado en su indolencia, contesta:

—Será el destino. —Mira sus ojos, ella aparta la mirada, tal vez la insinuación sea mentira; ahora contempla sus manos, aunque bonitas, es el mejor pálpito de verdad, unas ligeras arrugas y pequeñas manchas demuestran que no es una jovencita. Y añade—, me dejaré llevar por tu elección —refiriéndose a la carta de cócteles que ella eleva de la mesa.

El café hoy no está abarrotado y la música se deja escuchar sin que trunque los silencios prolongados de la pareja. Por fin, Marta se decide a hablar, sin levantar sus ojos de la lista de combinados, casi oculta por el desplegable de letras grandes.

—¿Te gusta la pintura?... Bueno, el arte en general —rescatando la incipiente conversación que dejaron la noche anterior en aquella calle oscura.

—Quise estudiar Bellas Artes, luego todo se fue al traste, tal vez por mi culpa. Me gustaba dibujar.

—Seguro que guardas muchos dibujos y pinturas en tu casa. ¿Sigues pintando?

—No, lo dejé hace muchos años. No conservo nada, una tarde, en un arranque de locura, o tal vez de sensatez, los quemé todos. Aquel día estaba leyendo algo de un pensador clásico que convencido de lo malos que eran sus poemas, los destruyó.

—Eso fue una torpeza, me estoy acordando de Cavafis, el poeta no publicó nada en vida, lo destruyó casi todo, pero al final nos ha llegado parte de su legado, maravilloso legado.

—Me sorprendes, no suelo estar con gente como tú.

—¿Ah no? ... ¿Qué dibujabas?

—De todo. Me gustaba copiar las obras de Piranesi, las ruinas romanas sobre todo, luego descubrí sus cárceles; aquellas celdas me angustiaban, solitarias; llegué a imaginarme dentro, atrapado entre aquella marabunta de escaleras y corredores, de máquinas siniestras esperando al verdugo. Quise escapar a un destino obsesivo. Esas cárceles, siempre en sótanos donde la luz entra desde ningún lugar. A veces pienso que es la realidad mental que envuelve a muchas personas o quizá sea un lugar en el que estamos y no seamos conscientes de ello.

—Qué extraño. —Le mira a los ojos con fijeza, luego añade, cuando Maldo baja la mirada distraída: —he decidido tomar un

whisky con agua.

—¿Siempre eres tan acertada? Tomaré lo mismo.

—Perdona, te interrumpí, sigue con lo que estabas hablando, parecía interesante.

Piensa que el marido de Marta no quiso revelar la relación que tenía con Maldo, es evidente. Cambiará el tema de conversación, lo derivará por derroteros que satisfagan una curiosidad que le recome.

—No me acuerdo. Tienes que perdonar mi aspecto, he tenido una mañana muy ajetreada, de aquí para allá sin poder protegerme de la lluvia.

—Estás bien, un poco arrugada la chaqueta, pero así me gusta más.

Las palabras de ella se sostienen en una cadencia agradable, como las notas de un piano en una escala infinita, suave y repetida; a Maldo le provocan ese cosquilleo en la garganta que tanto le agrada, le pasa con muy pocas mujeres, una de ellas es Max; aunque se acuerda de ella, la mantiene en su cabeza exclusivamente desnuda, le desagradaron las altísimas botas blancas, la ropa inapropiada como la de casi todas las mujeres que ha poseído; ahora lo que importa es Marta; el cosquilleo que siente es más profundo, más permanente y la sensación le adormece, le hipnotiza; reacciona, no quiere dejarse ir transportado en los encantos quién sabe si diabólicos de la mujer, que añade:

—No quiero pensar que eres un obsesivo, eso puede ser peligroso. Lo digo por lo de las cárceles…

—Se supone que esto es un encuentro que no tiene que llevarnos a ningún sitio. No creo necesario que te protejas de un hombre al que con certeza olvidarás. Esto es con seguridad el divertimento de una mujer que lo tiene todo y busca otras emociones, o algo parecido.

—A lo mejor te equivocas; puedo vivir en una jaula de oro de la que llevo años intentando escapar; o tal vez me haya enamorado de ti —esgrimiendo una sonrisa.

—¿Ah sí?, ¿de repente? Lo primero puedo creerlo, aunque más bien pienso que eres caprichosa, insatisfecha; en general, me refiero.

—Te entiendo. Pero, ¿a qué vienen esos adjetivos tan lindos?

—Tienes un marido excelente que estoy seguro que acude a satisfacer todos tus deseos. Tienes un buen negocio según creo, te va de maravilla… —Marta interrumpe

—No sabes nada de mí, con respecto a mi marido a lo mejor te

equivocas.

—Ayer, cuando estuve con él me pareció un hombre fantástico…

—Mentiroso —lo dice dulcemente, mirando para otro lado—, es imposible, partió ayer a primerísima hora para Nueva York.

—No lo creo, tomé un café con él por la mañana en el centro y casualmente, por la tarde, a última hora, antes de entrar en este café vi como te despedías de él y después entrabas con Conchita en la cafetería. Acto seguido entré y me quedé con vosotras, o no te acuerdas.

—Ahora comprendo el error.

—¿Qué error?

—Ese señor no es mi marido, es un empleado. Has despachado con él y estabas convencido de que era el dueño de la empresa. No, hombre, es el director financiero, lleva trabajando con nosotros casi un año.

Maldonado Vuján escupe parte del whisky que recorre su garganta, más por el error de principiante que por propio atragantamiento, intenta expresarse

—Perdona… no pue… perdona… no puedo… augh… augh…

—Tranquilo, bebe un poco de agua.

—Augh… cómo se llama ese señor…

—Anselmo Martín, se apellida igual que mi marido.

—¿Cómo?... ¿Qué hacías con él ayer por la tarde?

—Tranquilo, qué te importa. Pareces muy interesado en ese señor. No tengo que contestarte, pero bueno… qué te pasa. Aunque debes saber que lleva las finanzas de mi esposo —lo dice en un tono muy agrio— y acudo a él en su ausencia para que me resuelva algún problemilla de mi negocio.

—Perdóname, no quise ser grosero ni indiscreto; entonces es normal que no me conociera tu marido, el que me contrató fue el señor Martín, es decir Anselmo.

—Por eso mi marido no había oído hablar de ti.

Maldo comienza a meter el dedo en la llaga. Está más que harto de esta historia, todo es absurdo, se dice; si hasta se hizo pasar por el dueño del negocio y por el marido de ella.

—El trabajo que me ha encargado es referente a una joyería que tienes; el director de ese negocio o gerente, o lo que sea, es un tal Roldán ¿no?

—¡Qué extraño! Nadie me ha dicho nada. Además, Anselmo tiene mucha confianza conmigo.

—Acabas de decir que sólo acudes a él cuando lo necesitas por asuntos profesionales y en ausencia de tu marido…

—No te pases; sí, es verdad, pero una campaña publicitaria…

—No he dicho que se trate de una campaña publicitaria.

—Dijiste ayer que eres publicista.

—Sí, pero antes de la campaña hay que estudiar otras cosas, conocer bien el negocio, los productos, el perfil del cliente, etc.

—Todo eso lo tendrás que tratar conmigo.

—No sé, creo que se han complicado las cosas, pienso que el señor Martín, Anselmo, defiende bien los intereses de la empresa y si me contrató es porque el negocio de la joyería no marcha tan bien como era de esperar. —Ahora Maldo cree que la persona que le encargó el trabajo pudo hablar por boca del verdadero marido, el cual no quiso mostrarse ante Maldo por precaución.

—¿De qué estás hablando? Había venido a disfrutar de una velada agradable y no a tratar de negocios.

—En algún momento tendríamos que hablar de esto, ¿por qué no ahora? Además, es lo que nos ha unido… no me malinterpretes, quiero decir que si no me hubieran citado en esas oficinas no te hubiera conocido y el resultado de mi visita es solucionar un problema empresarial del que tú, Marta, eres el eje. Redondo, ¿no te parece?

—Creo que me he equivocado contigo, eres un perfecto imbécil.

—Ya, pero me vas a explicar varias cosas que han ocurrido en estas últimas horas que te dejan en una posición muy delicada.

—¿Delicada?

—Sí, delicada —sin dejar de beber mientras ella le mira con el rostro mudado.

Maldo no quiere ir directamente al grano, debe recapitular sobre lo ocurrido. Ha cometido errores de percepción imperdonables; primero creyó que el señor Martín mandó seguirle, después pensó que al señor Martín le mató su mujer a través del luso, luego resulta que no es su mujer, ahora piensa que tal vez le mandó matar el marido de Marta, al que no conoce y tiene una buena coartada estando de negocios en Nueva York. En estos instantes siente estar en una de esas cárceles de Piranesi, solitario y perdido; no debía haber aceptado el asunto, pero está tieso, debe dinero a personas que no son excesivamente cariñosas. Sin embargo, no tiene tiempo que perder, desea resolver las dudas lo antes posible, se mantiene una y otra vez en que el asunto está aceptado y debe terminarlo y cobrar sus honorarios.

—Aclárame eso último, no me dejes así —dice Marta con cierta preocupación.

—Todo este tiempo me han estado siguiendo, principalmente un

fulano con peluca y gorra. Ese hombre salió esta mañana del portal de la vivienda donde había quedado con el que creía que era tu marido. ¿Sabes algo de eso? —después de una pausa y el silencio y la mueca de Marta—. Es mejor para ambos que me cuentes lo que sabes, estamos pisando un terreno fangoso, podemos hundirnos y a mí no me gusta nadar en líquidos tan espesos, me puedo ahogar.

—Me estás asustando.

—No es mi intención, solo quiero que me cuentes lo que sabes.

—No conozco a ese hombre, no he visto nunca a nadie así.

—Ya. Por qué no me hablas un poco de ti, de tu negocio; a lo mejor de esa manera encontramos respuestas.

—¿Para qué quieres respuestas? Me estoy cansando, creo que estar aquí contigo ha sido un error. Estoy por marcharme.

—Ni se te ocurra, contemplarte es de las mejores cosas que me han ocurrido. Necesito respuestas para terminar o comenzar mi trabajo, el que se me ha encomendado, si lo consigo tal vez te beneficies.

—No entiendo nada. Tengo un negocio de joyería, ya lo sabes, imagino que también conoces dónde está; mi vida es normal y el negocio no va mal, como tú crees; me atrevería a decir que va muy bien.

—¿Y de amor cómo andas?

—¡Qué tontería!

—Seguro que tu marido te la pega con alguien y tú por venganza te estás tirando a un hombre muy cercano. ¿Me equivoco?

—A ti eso te da igual. Mi vida privada no te interesa.

—No creas, en tu vida privada puede estar la clave de este asunto.

—¿Qué asunto? Cuando me hables con claridad podré hablar de igual forma.

—Estoy convencido, aunque últimamente me equivoco bastante, que tu vida privada tiene mucho que ver en todo esto y hay una cosa que no me encaja; que estés aguantando tanto tiempo conmigo cuando solo me conoces de tomarnos una copa la noche anterior; y hablando de lo que estamos hablando, ¡ah! y dejándote ver; es decir, que nos vean juntos en una cafetería donde te conocen.

—No hablamos nada raro, sigo pensando que eres algo obsesivo, un hombre con manías persecutorias, un don nadie que quiere ligar con una mujer de la que tal vez pueda sacar tajada…

—Y tú consintiendo eso porque puedes satisfacer otra más de tus aventuras, algo que te permita seguir viviendo, que te demuestre a ti misma que estás viva, que no todo va a ser aguantar al pelma de

tu marido y salir del aburrimiento que te oprime. O quién sabe, quizá necesitas conocer hasta dónde sé, quién soy y qué pinto en esto.

—¿Y si los dos estamos equivocados?

—Entonces lo mejor que podría hacer en este momento es salir corriendo, huir a gran velocidad, porque me incitaría a pensar que mi vida corre peligro.

—Joder… perdón, has visto muchas películas —dice Marta con un ligero resoplar y movimiento de cabeza.

—Más que tú pinturas en toda tu vida, pero te voy a contar algo a ver si te suena. Un hombre llamado Martín me encarga un trabajo, desmontar un robo que se va a cometer en una joyería; se hace pasar por el dueño del negocio y se hace pasar por tu marido; me dice que estás liada con el encargado, Roldán; que le vais a fundir todo lo que tiene y que te marcharás de su lado dentro de unos días, incluso señala con precisión el día que se cometerá el robo. ¿No te suena?

—No tengo nada que decir, pero sí una curiosidad, ¿qué has pensado hacer para impedirlo?

—No he pensado nada, porque no creo que Roldán y tú vayáis a cometer ese robo. Ahora estoy convencido.

—Exacto. Roldán es un buen amigo, hace tiempo tuvimos un escarceo, pero ahora nada de nada, él insiste a veces pero no me interesa. Además, está a punto de ser despedido, se lo sugerí a mi marido, es mejor así, la amistad y los negocios no son buenos compañeros. Cuando quisieras disuadirme de lo que no voy a hacer lo pondría de inmediato en conocimiento de mi marido, es absurdo, ¿no te das cuenta de que es absurdo?

—No creo que le dijeras nada, creo que ocultas algo detrás de ese rostro, estoy convencido de que eres una mujer de varias caras. ¿Cuándo regresa tu marido de Nueva York?

—Creo que mañana.

—Se supone que el robo se va a perpetrar mañana viernes, y el señor Martín, Anselmo, esta mañana tenía noticias y sugerencias importantes que hacerme, pero no ha podido ser.

—¿Por qué, publicista?, ¿estás fuera del asunto?

—No sé si estoy fuera, pero la verdad es que no pude hablar con ese señor.

—Ahora me va interesando la historia, llámale, queda con Anselmo a ver en qué depara esto.

—No puedo llamarle… está muerto.

Nota del diario VII:

Envié un e-mail a Maldo, escueto, telegráfico, “*necesito más dinero, tengo que marcharme de Madrid, me estoy ahogando*”. A los diez minutos me di cuenta de que debía ser más explícito y reblandecer su temperamento e incrusté de nuevo los dedos en el teclado, “*tengo que tomar distancia, largarme unos días para descansar, quiero terminar en la fecha prevista, por cierto se me ha ocurrido un seudónimo: Aní Pires*”. No pensé en María João Pires, la pianista portuguesa que me apasiona, creo que su interpretación de los nocturnos de Chopin es la mejor de los últimos tiempos; tampoco pensé en José Cardoso Pires, escritor portugués maravilloso, de discurso lento y sosegado, divino; *Lisboa, diario de abordo* compone extraordinarias pinceladas sobre la ciudad, otra perspectiva. No, es evidente que el nombre es otro anagrama, un anagrama repleto de ambigüedad en la imagen, podría ser Anita o Aníbal; aunque me decanto más por la vertiente femenina. Maldo sabrá con seguridad, de inmediato y a bote pronto, que se trata de Piranesi y eso le gustará, se embriagará de recuerdos y le envolverá en la atmósfera carcelaria que tanto le obsesiona. La respuesta no se hizo esperar; abrí el mensaje, “*no me gusta pagar por adelantado, ya te di un anticipo y al ritmo que vas es difícil que termines en la fecha prevista, no debes parar de escribir, márchate a otro lugar pero con el ordenador bajo el brazo. Por cierto, el nombre que me has buscado me parece ridículo, sigue intentándolo. Se me ocurre que podías venir a verme, aquí trabajarías más relajado, es un sitio estupendo; podríamos discutir todos los aspectos de la novela. Tengo nuevos proyectos*”. Este tipo me saca de quicio, analizando minuciosamente el texto que me envía es para mandarle a la mierda, no puedo soportar su cinismo. Dice que no paga por adelantado cuando él cobra bastante antes de realizar cualquier trabajo, me sugiere que si me marcho no pare de trabajar, ordenándome la vida, decidiendo imperativamente cómo debo de hacer; además, no confía en mí; piensa que no terminaré a tiempo, ¿a tiempo para qué?, aunque me comprometí en una fecha aún no comprendo por qué tanta prisa. Y luego me sugiere que vaya, para tenerme controlado e influir directamente en el producto final. “Tengo nuevos proyectos”, no pensará que después de acabar el manuscrito voy a escribir ni una línea más para él. Me niego. Cuando termine el trabajo procuraré olvidarle.

VII - (Jueves por la noche) - Un hombre en la sombra

Max y Conchita llegaron juntas al Bramante, truncando una conversación y un final que dejó a Marta tirada literalmente en el diván burdeos. Maldo y ella, en una sincronía y disimulo que parecía ensayado desde siglos, invitaron a las dos chicas a compartir mesa y así estuvieron durante bastante tiempo bebiendo sin mesura.

Son cerca de las diez, Conchita se marcha, Max hace un amago de quedarse; Maldonado Vuján se acerca a su oído, mordisquea con disimulo la oreja de Max y le dice en voz baja, “tengo que tratar asuntos importantes de Rosamunda Investment, ya sabes, déjame a solas con ella, ya te llamaré, estoy enamorado de ti”. Max, que no es imbécil, se acerca al oído de Maldo y le muerde con saña la oreja mientras le susurra, “que te den…”

—No sé a qué viene tanto cuchicheo —dice Marta con una sonrisa que no lo es.

—Ya me voy Marta… este… que es un poquito cabroncete.

Maldonado Vuján no sabe como retomar la conversación que habían dejado, tal vez el paréntesis ha venido bien, aunque nota que Marta está nerviosa.

—Espero que lo que me has contado antes sea verdad. No creo que lo hayas hecho para impresionarme o jugar conmigo para que caiga en algún tipo de asunto sucio —hace una pausa, pide otro whisky por señas al camarero y continúa—. Cuando he llegado aquí esta tarde venía de las oficinas de mi marido, fui a tratar un asunto con Anselmo, habíamos quedado desde ayer, me dijeron que no había aparecido durante todo el día. Le han llamado varias veces a su móvil, lo tiene encendido pero no contesta. Desde aquí me voy a denunciar su desaparición, a doscientos metros hay una comisaría…

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué no ir a la policía?

—Tú bien lo sabes.

—No entiendo nada.

—Ni yo, pero eres la principal sospechosa y cada minuto que pasa pienso que eres más sospechosa.

—Me ofendes, me das miedo.

—¿Por qué ha llamado una mujer como tú a un don nadie como yo?, y ¿por qué haces caso a mis impertinencias y no te asustas de este juego?

—Será que me gustas. Aunque por dentro soy un manojo de nervios.

Después de mirarla con deseo irrefrenable:

—¿Has venido en coche?

—Sí, ¿por qué?

—Nos vamos ahora mismo.

—De eso nada, me voy a… —Maldo la agarra del brazo levantándola con fuerza del diván, intenta disimular la brusca maniobra.

—No se te ocurra montar un espectáculo o te arrepentirás —mientras tira dos billetes de cincuenta sobre la mesa—. Vámonos.

Las preguntas se amontonan, como se amontonan las imágenes de las últimas horas. Quizá el exceso de alcohol le aferra a Marta y le hace recordar no sin añoranza las correrías por Madrid en un panda 45 con su amigo Pepo, el casete a todo volumen, sonaba Loquillo y los Trogloditas, "*creo que a nadie le gusta el nacer para perder*", la vida por delante, la vida deprisa, sin freno "*…mi productor… me dice yo te haré rico tú solo has de cantar bien*", con un jefe que iba marcando la pauta, y ellos ascendiendo al nirvana de los ochenta y cantando bien, sin errores, "*querré alguien a mi lado que me recoja al caer / así nena tendré suerte de llegarte a conocer*". Hay momentos irrepetibles, el calor de julio en Madrid, momento mágico, la ventanilla abierta del panda 45, la música al viento, correteaban de un lugar a otro, "los putos amos de la noche". Este recuerdo se repite cuando tararea en su interior la última estrofa. Camina con Marta, la nena que tantos años ha deseado; ella, hija sin padre de una humilde funcionaria en el más bajo escalafón, rockera reciclada, niña pija por utilitarismo. Lleva un buen rato contándole una vida de mentira, de colorines que se funden con la más mínima temperatura y Maldonado Vuján mintiendo con mimetismo y en cadena, excepto el tararear de la canción, la única verdad es Loquillo, como un espejo de aquel tiempo. Un muerto para dos personajes como ellos solo supone un contratiempo, un pequeño obstáculo para conseguir sus objetivos, o el objetivo, que en el fondo de sus apergaminadas almas es el mismo. Por eso hablan de la vida mientras la lluvia cede, Madrid se templa en ese otoño templado, los paraguas sirven de bastón, bastones soportando la inclinación de los cansancios, acompasan los zapatos de los vivos, atenúan los traspiés y los juanetes en la refleja maniobra del andar.

Maldo no quiere dejar a la mujer que se adelanta dos pasos a él bajo las luces de brillos. La humedad les ahoga, la caminata continúa con frenazos de conversación bajo las marquesinas. Maldonado Vuján navega por las calles de Madrid junto a un témpano. Hacer desaparecer un cadáver no es una tarea fácil, teniendo en cuenta que hay que sacarlo a la calle por la única puerta del edificio. Maldo ha decidido dejarlo en aquella casa, ya encontrará la manera de ocultarlo y prepararlo para que no huela tan pronto. Quiere ganar tiempo, convencido de que en aquel piso no aparecerá nadie.

—Dame las llaves del coche, ¿está en esta calle, verdad?

—Es el gris metalizado de la esquina.

Maldo separa el mando a distancia de entre el resto de hierros del manojo, no quiere aparecer con su Ford cerca de la escena del crimen.

—¿Tratas así a todas las mujeres?

—Tú estás acostumbrada —intuyendo una vida difícil.

—Te estás equivocando y lo pagarás caro.

—Sube al coche. No me obligues a subirte por la fuerza.

—Podría gritar.

—Podrías, pero no lo vas a hacer.

Ella calla y obedece. Rueda el auto por los Bulevares, gira hacia Luchana. Están cerca. Aparca en una transversal. Poca gente a esas horas en la calle. Marta sigue sin abrir la boca, escuchando las palabras más tranquilas de Maldo.

—¿Conociste a tu padre?

—No —dice ella con una negación seca, casi para sordina; a Marta se le quieren hacer agua las pupilas, pero es fuerte, lo está pasando mal, y una pregunta como esa y en este momento la conmueve. Ella hierática. De las pocas cosas que le anudan la garganta.

—Ya hemos llegado, estamos cerca, hay que caminar dos minutos. Baja del auto.

Un portazo tras del otro, como dos detonaciones, dos timbales en la noche callada cual preludio de la sinfonía que se avecina. Poco tráfico. Le obsesiona la necesidad de reconocer un cadáver, aunque sabe que ella puede mentir.

—¿Por qué tengo que subir contigo a ese piso? Me niego.

—No creo que seas una mujer miedosa.

—No lo digo por miedo.

—Quiero lo que se me prometió y tal vez tú puedas resolver ese asunto.

—Sigo sin saber de qué hablas.

—Mientes.

Maldonado habla sin mirar a Marta, se siente intranquilo, revisa sin cesar los extremos de la calle con un movimiento de cabeza métrico pero no violento. Ya están frente al edificio, observa a todos los clientes que se dejan ver tras los cristales del bar de la esquina. Se instalan bajo la marquesina de la perfumería, vuelve la fina lluvia como si fuera una cortina recurrente en los momentos donde se necesita una lupa para atisbarlo todo, para no perder detalle. Aguantan, tiene que cerciorarse, sin errores, piensa que no les han seguido. Cruzan la calle de la mano, ella las tiene sudorosas, al tirar de Marta en la calzada, las manos se despegan por la humedad pero ella sabe que tiene que seguir con el paso acelerado. Maldo saca las llaves del bolsillo del pantalón, las que guardó esta mañana después de barrerlas de la mesa del despacho donde se arrellana el señor Martín. Están en el portal del inmueble, ella entra primero casi empujada, sin violencia pero con el ademán de saberse dirigida por un hombre extraño y quizá peligroso. Otra vez ese olor raro. Maldonado Vuján no había vuelto a recordarlo desde su niñez, hasta esta mañana; le parece que huele a sopa de tapioca, le desagrada, se acuerda del patio de su casa. Ahora el olor es más fuerte que cuando acudió por primera vez al inmueble, más penetrante; está también el sopor, un calor húmedo encastrado en aquella casa, una casa singular, por su oscuridad y por sus ribetes siniestros. Los colores sucios se barruntan con la luz que entra desde la calle, aún no han encendido los plafones y ya están subiendo las escaleras con sigilo, el ascensor es de esos viejos que meten mucho ruido y prefiere subir a pie, atrae hacia él del brazo a Marta que tose, él la hace callar. No quiere ojos detrás de las mirillas y aunque evita hacer el más mínimo ruido el sonido de la llave girando el resorte del cerrojo de seguridad acelera el corazón de ambos. El sonido, amortiguado por la lentitud de la maniobra, resuena como en una caja hueca. Ella en silencio está soportando una complicidad no deseada, pero no parece ahora incómoda en el sórdido rellano de la tercera planta. Marta sabe que la escena a contemplar no será agradable, pero lo más importante para ella en este instante es conocer el desenlace de las palabras que ha ido marcando Maldonado Vuján en su cerebro; ha imprimido en ella una película sin final, inacabada, y quiere conocer lo antes posible qué va a deparar el futuro. Esa tranquilidad aparente incomoda a Maldo; está a punto de descubrir muchas cosas que darán respuesta a todas las incógnitas con soluciones equivocadas que se le amontonaron en las últimas horas. La seriedad en el rostro de Marta, mirándola a

hurtadillas, mientras saca la llave y empuja con suavidad la puerta, le excita. La desea, más que en ningún otro momento desde que la conoció. Están en el hall de la vivienda, cierra la puerta, enciende la luz iluminando de rebote parte del pasillo y parte del salón con un fondo de penumbra. Maldo pasa el brazo izquierdo por la cintura de Marta, los dos de pie en el centro de la estancia, la atrae hacia él sin violencia pero con fuerza, ella hace un ademán mínimo para separarse, inclina la cabeza hacia atrás con un leve giro como queriendo salirse de la escena. Maldo, con su mano derecha, sujeta su cuello, la atrae de nuevo, se embriaga del perfume penetrante y del aliento que surge en el jadeo de la mujer y la besa. La besa como besaban los actores de aquellas películas antes de la bofetada, pero aquí no hay bofetada. Un instante después de la brusquedad ella intenta zafarse, aunque se rinde de inmediato, respiran como si se tratara de diminutos bufidos y el beso se prolonga con caricias de mujer, las manos de Maldo parece que amasaran una figura de por sí casi perfecta. Ambos se empapan de un sudor rancio, disimulado por el perfume de Marta. La casa huele a cerrado, se mezcla con esa pestilente emanación de la sopa de tapioca que cada vez es más penetrante. Maldo intenta evitar la percepción y concentrarse en el beso prolongado cuando es cortado, cercenada la escena por unos aplausos secos, de mano hueca, poderosos, que salen de la penumbra del salón:

—Bravo… bravo… bravo!

Maldo, fuera de sí, aparta de su lado a Marta agarrándola de su blusa, a ella se le sale el corazón con un hipo que le impide pronunciar cualquier exclamación, jadea desquiciada. La separa hacia el rincón, que es un punto muerto oculto a la visión que se obtiene desde la entrada del salón. Escondidos los dos en ese ángulo, Maldo pregunta intentando guardar la calma, aunque no puede:

—¿Quién eres? —Intenta reconocer la voz, le es familiar.

—Bravo… bravo! —Sigue aplaudiendo con esas palmadas sordas y añade desde la oscuridad—. Bogart y Bacall, ha sido como una visión, con claridad… parecía que hubiera vuelto al cine, pero en tres dimensiones… ja ja ja —la risa es tacaña y forzada.

—Eres el portugués de ayer ¿Verdad?

—Llevo bastante tiempo esperándole, señor Vuján.

—¿Esperándome...? ¿Cómo sabe mi apellido?

Siguen a distancia, sin verse, Maldonado Vuján se arrepiente, como en otras ocasiones, de no llevar un arma encima. El sujeto se aproxima, vuelve a frenarse, Maldo se asoma para ver el salón y

contempla la figura de aquel hombre al que la línea de penumbra ha dejado invisible parte del torso y la cabeza. Maldo repara en los zapatos, los reconoce, también observa el arma con silenciador que cuelga de su mano derecha. El luso se decide a contestar

—Es una larga historia… Pero, pasen por favor, no se queden en la puerta, tengo aquí una botella de J.W. etiqueta negra que encontré en un mueble, está de muerte… ja ja ja. Debe llevar en el aparador una eternidad. —Desde el ángulo muerto Maldo escucha dar un trago, bebe.

—No sé cuáles son sus intenciones. ¿Qué pretende? —Mientras habla, resbala la cerradura e indica a Marta que empuje la puerta.

Con mayor rapidez y de pronto, una cara del color de la tiza, el rostro blandito de pieles colgando, el semblante serio, sonríe antes de hablar y parece que se le abrieran las carnes de la cara enseñando los dientes amarillos.

—Señora, por favor, cierre esa puerta —con la tranquilidad de un hombre tranquilo, mientras encañona con desgana a la pareja y añade—, pensé que ya no vendría, señor Vuján.

Se escucha el leve portazo, ella fuera de sí, Maldo aparentando serenidad y el portugués intentando suavizar la situación.

—Estoy convencido de que Bogart era más bajo que usted.

—Déjese de chorradas. ¿Cómo sabe que iba a venir?

—¿Acaso no es suyo este sobre? Lleva escrito M.V. Perdóneme la indiscreción pero lo he abierto. Supe de inmediato que no tardaría mucho en volver a buscarlo. Perdón de nuevo, es usted muy poco delicado, no nos ha presentado. Tranquilícese señora, todo esto es un mero trámite que resolveremos en pocos minutos. Pero, no estén de pie, estaremos más cómodos en el salón. Les serviré una copa. —El caracartón les indica con el arma que se muevan delante de él.

Los pequeños, arrugados y delicados dedos anular y meñique de la mano izquierda del luso, con la que sostiene el grueso sobre de color crema, resbalan por el interruptor que enciende en estos instantes la luz. Ahora divisan las contraventanas que sellan el exterior mientras el olor a polvo, de una casa casi siempre cerrada, invade toda la estancia. Un oído muy fino escucharía, alejado varios pasos, los latidos del corazón de Marta, algo más atenuados los latidos de Maldo e imperceptibles los de Agostinho Vieira, que continúa revelando su capacidad adivinatoria

—Sabía con toda certeza que se reuniría con el señor Martín, por esa razón dejé la puerta abierta y el juego de llaves sobre la mesa del despacho. Estimé evidente que al no encontrar su dinero volvería de nuevo a buscar respuestas y la esperanza de encontrarlo

si lo buscaba con más tranquilidad, sin prisas, sin nervios que le pudieran traicionar; a usted le ocurre como a mí, no le gusta cometer errores.

—Todavía no comprendo qué pinta usted en esta historia —dice Maldo.

—Me llevaría mucho tiempo contarles todo. Tal vez un pequeño resumen pueda hacerle comprender que usted estaba siendo objeto de un engaño —ahora mira a Marta y añade— y ella también era engañada.

—¿Quién pretendía engañarnos?

—El hombre que yace muerto en el despacho.

Marta se asusta, se incomoda, cambia de postura varias veces demostrando gran desasosiego por una noticia que ya conoce, ahora corroborada por las frías palabras del portugués. Maldonado Vuján quiere conocer la historia, se impacienta; sin embargo, antes debe preguntar lo que más le preocupa en esos instantes

—Continúe. Pero, dígame, ¿vamos a morir ahora? ¿Por qué tanta explicación si nos va a matar?

—Incluso en situaciones como esta nadie sabe cuándo va a morir, eso no se sabe con antelación. Cuando llegue su hora, como a todos, se dará cuenta. Entramos en el terreno de lo futurible, ahí todo es incierto. —Agostinho Vieira sirve whisky con la destreza de un barman en dos vasos que ha puesto sobre la mesa baja de madera que les separa—. Llevo observando y siguiendo durante bastante tiempo al señor Martín y a esta mujer y con las palabras que escuché de él antes de morir he llegado a conocer con total exactitud la maniobra que estaba tramando: un golpe perfecto. Aunque ese no era mi cometido, señor Vuján, me he enterado de rebote.

—Entonces, le manda el marido de Marta.

—No, nunca más lejos de la verdad. Aunque si usted hubiera sabido que el hombre que está al otro extremo de la casa y Marta eran amantes, tal vez hubiera llegado antes a esa conclusión.

—Miente —dice Marta sin estridencia, con los ojos vidriosos, las manos juntas entre los muslos y un taconeo incesante que provoca su pierna izquierda—, miente, ¿usted qué sabe? Acabe con esto de una vez.

—Déjale hablar —dice Maldo.

Ellos dos están sentados en un sofá frente al luso, quien se ha acomodado en una silla de comedor con el arma sobre el muslo de su pierna derecha, relajado, apuntando la pistola hacia los dos. El sobre que contiene el dinero lo dejó encima de la mesa y con su

izquierda soporta el vaso de J.W. etiqueta negra. Después de un trago largo se decide a hablar:

—La persona que me encargó este trabajo desea exclusivamente que dos personas mueran por algo que ocurrió en el pasado, una cuenta pendiente, ya saben; pero creo que los acontecimientos se han desbordado y esta complicación puede ser que me obligue a matar a alguien más. No me gusta dejar cabos sueltos.

—Ya que seguramente vaya a morir, no me gustaría que ocurriera sin conocer todos los detalles —Maldo está dilucidando como deshacerse del portugués—, le ruego que sea más explícito, tenemos toda la noche por delante.

—Desde luego… —sonríe el portugués.

—No le creas, este tipo es un timador, seguro que quiere robar a mi marido, por eso…

—Le ruego que se calle, no intente confundir al señor Vuján.

—Cállate, Marta, déjale hablar. —La mano izquierda extendida de Maldo tapa la boca de Marta, que baja la cabeza y llora en silencio—. A mí no me interesan los asuntos pendientes que tuvieran esas personas a las que se refiere; primero: dígame por qué me están engañando, y segundo: iba a cobrar unos honorarios por un trabajo; con ese dinero podremos alcanzar usted y yo un acuerdo.

—¿Un trabajo? —se ríe el caracartón— ¿Usted trabaja? No me haga reír, usted vive en un mar de mierda, señor Vuján, si se refiere con trabajar a servir de arreglador de asuntos oscuros… no me haga reír… Es verdad, el dinero es suyo, pero ahora está en mi poder, aunque lo vea muy cerca sobre la mesa. Todavía no sé si usted podrá llegar a un acuerdo conmigo, ya veremos.

—Dígame qué sabe, déjese de rodeos.

—Antes de terminar le aclararé algo. Usted y yo estamos en el mismo gremio. Bueno, con matices. El señor cadáver que hay a doce pasos de aquí era parte de una sociedad muy peligrosa: Martín & Martín.

—Eso es mentira, Anselmo Martín era empleado de mi marido.

—Ah! ¿Empleado? Señor Vuján, no tengo que recordarle que todo lo que perciben nuestros ojos es aparente, nada es como lo vemos, nuestros sentidos nos engañan porque carecemos de la información necesaria, por eso es importante que conozca todos los pormenores para que sepa dónde está la verdad. Hace un año aproximadamente, Anselmo Martín entró a formar parte de la plantilla de Rosamunda Investment como director financiero. Este dato imagino que lo conoce. El dueño de esa empresa, además de

todo un pequeño imperio que hay detrás, es José Martín, marido de esta señora, ¿es cierto? —mirando a Marta.

—Sí, esa es la única verdad que ha dicho hasta ahora —dice Marta.

—Dígame algo que no sepa ¡joder! —Maldonado Vuján ha perdido la paciencia y no corre otra cosa por su mente que dar un golpe al luso y acabar cuanto antes con tan peligrosa y desagradable situación.

El portugués aparta su silla en un acto de precaución, como si atisbara las intenciones de Maldo, se pone a la defensiva y continúa

—Tranquilo, todo a su tiempo. Debe saber que el verdadero dueño de ese pequeño holding era el muerto que está a pocos metros de aquí, un hombre sin familia, sin amigos, inmensamente rico, y el marido de esta señora era, desde hace quince años, un mero testaferro, un empresario de moda que subió aparentemente como la espuma.

—Eso es mentira…

—Cállese, me estoy cansando de sus interrupciones.

—Continúe —dice Maldo.

—El marido de esta mujer lleva robando a su jefe bastante tiempo. La traición y el engaño son parte del juego de esta sociedad sucia, y cuando se descubre la treta, el engañado está en su derecho de ejercer las acciones que estime más oportunas para recuperar su posición. Primero fue una sociedad bien avenida, pero como casi toda la tajada era para el muerto, José Martín decidió hace tiempo reservarse una gran parte del pastel. Las sospechas obligaron a Anselmo Martín a formar parte de la plantilla de la empresa, no sin la desaprobación del hombre de paja que veía como peligraba su posición y su vida. Repasaban juntos las cuentas una y otra vez, estudiaban todos los aspectos de los negocios, que eran meros lavaderos de dinero, y aunque José Martín tenía los números enfollonados para favorecerse, y muy bien escamoteado el dinero que retiraba para él, al final el muerto lo descubrió todo, aunque no le dijo nada, prácticamente le apuntó que le había convencido, que estaba todo bien. Sin embargo, una mañana, el muerto llamó a mi jefe y le dijo que José Martín era el hombre que estaba buscando desde hacía tantos años.

—Hay dos cosas que no me encajan, si su jefe a quien buscaba era al marido de Marta ¿por qué quien está muerto es Anselmo Martín?, ¿y se puede saber por qué le buscaba?

—Esa historia no se la voy a contar, aunque sí le diré que el marido de esta señora mató, hace muchos años, al padre de la

persona que me ha encargado el trabajo, le torturó y dejó su cuerpo mutilado a orillas del Jarama.

—No puede ser… —Acuden a la memoria de Maldonado Vuján mil y un recuerdos, uno concretamente que comienza a atormentarle.

—No le creas, ya está bien de embustes, mi marido no es un asesino.

—Jajaja… —ríe a pequeños borbotones el portugués, su pecho se remueve.

Maldonado Vuján se inclina para llenar su vaso de whisky hasta el borde, ahora sabe con certeza que el marido de Marta es en realidad José Pulido, el dueño del piso donde se encuentran los tres personajes, y que el muerto es “el marqués”. Pero no quiere revelarlo, no quiere que el luso le relacione con aquel viejo asunto de la calle de las lagestroemias. Ahora piensa que tiene alguna posibilidad de salir con vida de este embrollo, tiene que ganar tiempo, pensar… pensar.

—¿Qué le pasa, señor Vuján? Parece indispuesto. Le acabaré de contar hasta donde creo que debe usted saber; el verdadero impulsor de aquel asesinato fue el muerto.

—¿Dónde está mi marido, qué ha hecho con él? Cerdo, desgraciado… —llora.

—De sobra sabe que está de viaje, pero le estaré esperando.

—Todavía no me ha relatado las razones por las que el señor Martín pretendía engañarme.

—El señor Martín estaba convencido de tener solucionada la venganza, sabía que más temprano que tarde José Martín moriría a manos de un sicario, pero le quedaba un asunto por resolver: recuperar su dinero, por eso planeó robar a su socio. Primero seduce a su mujer en un acto de venganza en cadena, la convence para ejecutar la empresa, fugarse juntos; es fácil, esta mujer no ha sido bien tratada por su marido ¿verdad Marta?

—Cerdo. No sabes nada de mí.

—Después, convencerla para que ella seduzca a Roldán; lo hace por amor y planifica el robo con su empleado, un personaje dispuesto a todo, sin escrúpulos, de la camada de su marido. De esa manera el señor Martín queda en la sombra y se haría con el botín a través del señor Vuján. Lo más probable es que a continuación se olvidara de Marta y de usted. Roldán saldría mal parado por cómplice de José Martín. Lo que les ocurriera a ustedes dos entra en el terreno de la especulación, de la hipótesis fácilmente previsible. Creo que no fue claro con ninguno de ustedes. ¿Me equivoco?

—No, pero dígame, ¿cómo sabe tantos detalles? —pregunta Maldo.

—Imagino que sabe lo que un hombre está dispuesto a hablar cuando le va la vida en ello. Pero las deducciones de toda esta historia las dejo para ustedes. Ese hombre era peligroso.

—Y el marido de Marta, ¿qué pasa con él?

—Es escurridizo, se ha evaporado el otro día, por eso voy a necesitarle, señor Vuján. Salvará su vida si me ayuda a atraerlo hacia mí.

—Puedo negarme.

—Entonces ya es más conocedor de su destino.

—Y Marta, en qué lugar queda.

Se escucha un disparo seco, casi mudo que empuja a la mujer contra el respaldo del sofá. Agostinho Vieira usa un veintidós para las distancias cortas, un calibre pequeño, una detonación pequeña, el silenciador favorece en ese arma la mudez del disparo; el cuerpo de Marta queda como aplastado, a la vez contraído hacia adelante y Maldo observa sin poder pronunciar palabra el cuerpo de la mujer que se tumba sin voluntad, en cámara lenta, sobre el sofá. “Es difícil abstraerse a la belleza de la mujer que está sentada en el diván”. Maldonado Vuján piensa que el ser humano en un instante pierde la compostura ideal, pictórica, bella, sugerente, y se convierte en un amasijo de huesos, carne y pieles, envueltos en ropas caras, sin vida, sin vida, nada.

—Está loco… —tartamudea— esto no tiene sentido, está loco…

—Ya… pero es parte del guión. Lléneme el vaso por favor, y baje la voz. Es hermosa ¿verdad? Seguro que ya le había tendido sus redes. Sobran mujeres en el mundo, querido Vuján. Ahora dígame todo lo que sabe, sin engaños, lo compartiremos para acabar este asunto.

Maldonado Vuján tiene los codos clavados sobre sus rodillas; las manos cruzadas sobre la nuca, respira profundamente, se aprieta el cuello, intenta calmarse, cree que está atravesando por la peor pesadilla de su vida. Y ahora bebe, bebe whisky mientras se miran ambos a los ojos. Son las once en Madrid, se escuchan los tañidos de varios relojes vecinales.

Nota del diario VIII:

Un negro que escribe negro. Nunca quise escribir una novela negra. Me hubiera gustado más transitar por el amor; a las biografías estoy acostumbrado, pero al amor… Maldo insiste, quiere que vaya a su encuentro, que me harte de langosta a la americana, de daiquiris; pero en su fuero interno desea manipularme, no me fío de un hombre de varias caras, tal vez quiera robarme el manuscrito, despacharme con unas vacaciones que no deseo y pagarme… nunca. Tengo que andar con cuidado con un tipo como este, la imagen de sí mismo que dejó impregnada en la narración que escuché de sus labios está deformada; he llegado al convencimiento de que no es él; que modifica la realidad, pero no tengo más remedio que continuar con el material que me aportó. Hoy me encontraba por azar cerca del Bramante y sin embargo no entré en el café, crucé la calle y sin pensar, como un acto simpático, me di cuenta de que estaba dentro de la parafarmacia; me despacharon vitamina E, la tomo sin mesura, dicen que alarga la vida, aunque debo tener el hígado para hacer paté, y luego está el whisky, me gusta igual que a Maldo. Ninguna de las dependientas se correspondía con la descripción de Max, es un misterio, tengo que indicárselo, solo por la curiosidad, ¿se inventaría al personaje?, o tal vez deformó la descripción. En aquella tienda trabajan dos mujeres que rondan los sesenta. Según avanzo con la novela me asaltan dudas de la veracidad de la historia, no sé, hay tantas cosas que parecen sorprendentes que a veces pienso que me toma el pelo, pero están sus formas, su manera de llevar todo con discreción, sus deseos de escaquearse en cada momento, “Madrid no es seguro, puedo estar unas horas nada más”, tal vez mienta.

La muerte de Marta me pareció repugnante, estaba a punto de enamorarme de esa mujer, o ya estoy enamorado de un personaje que se ha quedado corto, como la novela, se me queda corta, estoy llegando al desenlace y me parece escasa; si tuviera más información la reescribiría, pondría más acento en algunos aspectos que han quedado vagos, pero están las malditas prisas de Maldo, hay que terminarla en la fecha prevista, por eso quiere que vaya al Caribe. “Las palabras estarán colocadas con tal perfección que su lectura se hará ligera como el viento”, me dijo la primera vez que hablamos, en un alarde de cursilería impropia de un hombre gris.

VIII - (Viernes por la mañana) - Encuentro inesperado

El vuelo procedente de Nueva York se hace esperar, no desear. Ha dormido poco después de salir de aquel piso franco en Chamberí, donde acordó con el portugués el papel que debería jugar. Anduvo hasta su coche y en un arrebato de deseo, o quien sabe los motivos, llamó a Max. Se hizo la remolona pero al minuto accedió a encontrarse con él; fue a buscarla a su casa y pasaron la noche juntos, más whisky antes de hacer el amor intentando olvidar a Marta, intentando destruir el recuerdo de un episodio que creo recordará siempre, aunque a Maldo le guste vivir en la indolencia, y seguro que olvidará aparcando en un garaje oscuro, como tantos acontecimientos de su vida, las imágenes más pesadas, esas que se cargan de toneladas de incomodidad. Max estaba cariñosa, deseaba complacer a un hombre preocupado más por lo venidero, por la incertidumbre de su futuro. En el acontecer ve un beneficio, un lucro necesario, importante y cercano, casi al alcance de los dedos, no quiere dejar escapar esta oportunidad. Y mientras se folla a Max decide utilizarla, ya tiene pensada la tarea que deberá realizar para él en este laberinto al que le fue fácil acceder y difícil atisbar la salida. El vuelo procedente de Nueva York aterrizará con retraso. Las diez y media de la mañana. “Ya tenía que estar en tierra”. Pasea por el ancho corredor de las llegadas internacionales sin perder de vista la puerta por donde saldrá su amigo Pepo. “A lo mejor no ha cambiado tanto, tal vez más gordo, alguna cana…”. El inesperado encuentro le incomoda. La terminal se agranda, elástica como el tiempo. El pensamiento recurrente y obsesivo de Maldonado Vuján es imaginar cómo sería la historia si el caracartón no hubiera aparecido en escena. ¿Se hubiera vengado de él “el marqués”, como de Pepo y quizá de Roldán? ¿Se hubiera quedado ese hombre con Marta toda la vida o solo la estaba manipulando como a todos, declarándole un falso amor? Intenta construir las escenas como si tuviera un storyboard en blanco que fuera dibujando y grabando en su cabeza, como aquellos dibujos a plumilla que confeccionaba de chaval en la formica. Pasan los minutos con lentitud en la terminal. Se acuerda otra vez de Max, del encargo, de la tarea… Maldonado Vuján piensa que tal vez se esté convirtiendo en “el marqués”, que

su alma ha transmigrado, que se está reencarnando en él y se pone nervioso mientras acude a la cafetería más cercana de la terminal, necesita beber algo contundente mientras continúa a la espera. Ahora recapacita sobre sí mismo, se ve inmerso en un juego de matrioskas. Está en el interior de un trabajo dentro del trabajo y, como las muñecas rusas, no sabe cuál es el último cometido para salir del laberinto. Una nueva complicación mental añadida para salvar el pellejo. Un asunto turbio dentro de otro más turbio aún. El vuelo procedente de Nueva York se hace esperar, no desear. Maldo va a salvar el culo traicionando a su mejor amigo. Pero por encima de salvarse está la pasta, si quisiera desmontaría el asunto y juntos, como en los viejos tiempos, acabarían con el caracartón, pero lo sopesa y se da cuenta de que su futuro pasa por que Pepo desaparezca, de esa forma todo el dinero será para él.

Un encuentro, un final de viaje o el principio de otro, nunca se sabe. El viaje que comienza está cargado de equipaje, un equipaje pesado, lleno de mentiras y falsas apariencias embaladas en maletas grises. En estos momentos pienso en la música que debería acompañar la escena, ganaría en belleza y ayuda a imaginar, a conocer con mayor plasticidad al protagonista; sentado en un taburete metálico junto a la pequeña barra del café de la terminal. La música se repite en un acto de recurrencia absurda, contagiado por la repetitividad de Maldo; repito, escucho esos compases de jazz inverosímil, divino, sugerente; de calles oscuras en un Manhattan inventado, dibujado con las sombras del cómic, sin embargo con toques de manigua, una manigua convertida en hormigón y ladrillo, como una selva fabricada y artificial que sale a borbotones de las manos de Chucho Valdés cuando interpreta *Canciones inéditas*, e imagino a Maldo con la inquietud de un hombre cuyo futuro es incierto. “Nueva York es un horror, pero el mayor horror es el hombre”.

—Hola. —Se queda quieto, interponiéndose en el camino de un sujeto que se siente aturdido después de un largo viaje.

Pepo suelta el maletín junto a sus pies, abre los brazos y se decide a inundar el aire de sorpresa.

—No… me…jodas… Mal-do-na-do-Vu-ján… ¿Qué cojones haces aquí, tío? Te daba por muerto… o preso…pero ¿cuántos años hace…? —mientras se abrazan.

—Mucho tiempo… desde aquel asunto del…

—Sí, sí, ya sé desde cuándo. Esto es una casualidad que hay que celebrar. ¿Qué tal estás?... —zarandea suavemente a Maldo sujeto por los hombros—. ¿Estás esperando a alguien?

—A ti.

—¿A mí? Nuestro encuentro comienza con un misterio, eso me gusta Maldo. —No parece sorprendido, ni muda la sonrisa, es otro hombre que sabe que las casualidades no existen—. ¿Quién te ha dicho que llegaría en este vuelo?

—Me lo dijo tu mujer.

Pepo suelta los hombros de Maldo, se agacha a por su maletín, se aparta medio metro, ahora un cierto barullo de viajeros, risas y gritos enturbian el ambiente, ninguno de los dos se decide a hablar. El rostro de Pepo, circunspecto. Invita a tomar una cerveza a Maldo, allí mismo. Por la cabeza de aquel hombre pasa la sombra de "el marqués", con seguridad piensa que ha localizado y contratado a Maldo para que liquide el asunto del negocio, de la joyería, de las cuentas sucias.

El día que Maldonado Vuján entró en este laberinto desconocía el riesgo que supone perderse, de ahí la improvisación; un lugar del que es fácil entrar y difícil salir, donde está sometido a una serie de opciones de resultado imprevisible. ¿Cómo despachar el asunto? No puede cometer el mínimo titubeo, la mínima inseguridad en su expresión. Perderse significa, con toda probabilidad, perder la vida. Maldo, es de esos tipos que piensan que está siempre preparado para morir, pero es mentira aunque se lo crea. Pepo es sagaz, un hombre de cuidado, aunque Maldo entiende que juega esta partida con ventaja y eso le tranquiliza algo, no obstante un cierto malestar le recorre el estómago, una especie de fuego sube a su pecho y a su cuello, "será la hernia de hiato", piensa mientras se repone bebiendo una cerveza que no hace sino acrecentar la disimulada angustia.

—El marqués ha muerto.

Esas palabras vuelan en silencio por el aeropuerto, como una idea tridimensional de color negro, Pepo las observa, las relee despacio "el-mar-qués-ha-muer-to".

—Me lo imaginé al verte aquí, a veces surgen en mí raros pensamientos sobre esa circunstancia.

—¿Qué quieres decir? —interroga Maldo, cariacontecido.

—Simplemente imaginaba que alguien vendría a por mí cuando ese hombre muriera, como un testamento retorcido que lega la malignidad: "si me pasa algo… cárgate a fulano o zutano…", algo así. Estos últimos días he imaginado que estaba dentro de ese saco.

—Sigo sin entender nada… ¿Crees que vengo a matarte?

—No sé, dímelo tú —dice Pepo.

—¿Alguien te dijo que "el marqués" había muerto o solamente

son imaginaciones tuyas?

—Me estorbaba, me estaba haciendo la vida imposible. —Pepo habla como si no tuviera un interlocutor enfrente, incluso la mirada se pierde entre los cromados y las pantallas de la terminal.

—No me has respondido —insiste Maldo.

—Me limité a dar su posición, como cuando marcas las coordenadas de un pequeño barco en mitad del océano.

—Por algún asunto del pasado tal vez —dice Maldo, creyendo imaginar la respuesta.

—Por el crimen de un personaje demasiado importante. Sabía que no habían olvidado.

—El asunto de la calle de las lagestroemias… el banquero…

—En efecto, Maldo, tienes buena memoria… ¿Cuándo fue… en el noventa o noventa y uno?

—Sí, creo que sí.

Se hace un silencio. Beben. La terminal se oscurece, pero solo en la cabeza de los dos hombres que están sentados en sendos taburetes, frente a frente junto a la barra de ese bar abierto, distinto; y se miran intentando enumerar las huellas que ha dejado el tiempo en cada uno. Maldo continúa con una idea que le atormenta y expresa un pensamiento en voz alta

—Creo que moriremos todos.

—Eso es una gran verdad. ¿A qué has venido? —Es la gran pregunta, el disparo verbal que deseaba soltar y que Maldo esperaba impaciente—. Y qué tiene que ver mi mujer en esto, pensé que te habría enviado “el marqués” para liquidarme, pero me pareció raro, si muero él no recibiría nunca lo que más desea: su dinero, el dinero que le custodio desde hace años. Querido Maldo, creo que sabes más de la cuenta, que lo que acabo de decir ya lo sabías. ¿Marta está bien?

—Sí, creo que sí. Te aseguro que no me envía “el marqués”, ha sido una casualidad, me metí en un asunto turbio y de rebote conocí a tu mujer, intenté salvarla… es decir…

—Salvarla de qué, o de quién… ¿Qué ha pasado… cómo sabes que era mi mujer?

—No te pongas nervioso, no ha pasado nada —intenta calmarle —, simplemente quiero que acudas a una dirección, un piso que reconocerás fácilmente y que confirmes si el cadáver que está allí es el de “el marqués”, ya sabes que no le conocía, nunca llegué a verle.

—Entonces… tú eres el asesino de “el marqués”… te envían ellos, aunque debes saber que pactaron conmigo que yo quedaría al margen… qué curiosa es la vida, después de tantos años, ellos le

encargan el asunto al que fue mi mejor amigo, tienen gracia las casualidades que encontramos en nuestro camino, todo es como un círculo, como una rueda donde en algún momento nos volvemos a encontrar.

Maldonado Vuján está perplejo, le sigue la maniobra, cree que el juego será más fácil de lo que piensa. Pepo irá al piso de la calle Remuleto 33, sin poner obstáculos. Nunca imaginó que tendría tanta suerte, la historia encaja a la perfección y piensa que Pepo no desconfiará, que entenderá como normal que quieran cerciorarse de la identidad real del cadáver. Por otro lado, se extraña de que Pepo tuviera la misma idea que "el marqués". Ambos intentaron liquidar al contrario con el mismo arma, coincidieron en el espacio-tiempo ambos pensamientos, cada uno denunció al otro; el mismo verdugo, bueno, mejor el mismo interesado en que mueran: el hijo del banquero. Ahora el verdugo tiene que despachar su segundo objetivo; Maldo comprende en este instante por qué el caracartón descubrió a "el marqués", un hombre tan oculto, precisamente porque le marcó Pepo al jefe del caracartón. "Tiene huevos la vida", piensa Maldo. Pepo está más confiado, pensaba en un principio que "el marqués" había contratado a Maldo para quitarle de en medio y ahora está convencido de que el jefe de Maldo es el hijo del banquero. Pero nada de esto es cierto, otra verdad aparente que en esta ocasión a Maldonado Vuján le viene bien. Un hombre con suerte, se ha encontrado una historia como una puerta franca en el laberinto.

"Sí, Marta está de cojones, descansando sobre un sofá". Maldo genera en su interior una inquina terrible y vengativa contra Pepo. Ha encontrado la escusa perfecta, se quedará más tranquilo cuando lo entregue al portugués, necesita esa dispensa moral, es mejor que la del dinero: "Pepo es el culpable de la muerte de Marta, no se lo perdonaré nunca. Para una vez que me había enamorado…".

En otro lugar de Madrid, Max decide acometer el encargo de un hombre que le resulta irresistible. Se dirige hacia el barrio de Salamanca en metro. Sale al contraplano, al negativo o positivo de una ciudad de dos caras, o varias caras, como un poliedro multicolor. La boca del metro o esfínter, según se mire, está en la calle de Goya, cerca de Serrano. Respira, se compone en la acera después de subir las escalinatas; anda no muy ligera, su mente se dispara y eso provoca la lentitud del paso. Está frente a la joyería. Entra. Pregunta por el gerente. Sale un hombre de un despacho. Le entrega una nota

—De parte de Marta.

Sin pronunciar palabra, Roldán lee la misiva que escribió Maldo: “*No intentes localizarme, todo sigue según lo previsto. Te esperaré en el lugar acordado*”. No sin una cierta extrañeza y pensando que Max no sabe nada, que es una mera alcahueta, la despide. Ya en la calle respira profundamente, se supone que ella no sabe de qué va el asunto pero una cierta zozobra recala en su ser, una de esas intuiciones femeninas que presagian que no se trata de nada bueno. Se dirige hacia Serrano mientras envía un sms a Maldo, “*Ya está. Todo bien*”. Maldonado Vuján lo recibe en el mismo instante en que se encamina con Pepo a tomar un taxi para salir de la terminal y dirigirse sin perder tiempo a la calle Remuleto.

—Tienes que explicarme muchas cosas —dice Pepo mientras se acomoda junto a Maldo en el asiento trasero del taxi—, por cierto, estoy llamando a Marta y tiene el teléfono apagado ¿dónde está?

—No lo sé.

—¿De qué pretendías salvarla?

—Tal vez de “el marqués”.

—Ya. ¿Hablaste con ella?

—Crucé varias palabras en tu oficina.

—No me mientas, Maldo, sabes que lo que menos nos conviene es enfrentarnos.

A lo largo del trayecto, Pepo ha ido ganando confianza, los recuerdos compartidos de varias anécdotas del pasado distienden la conversación, ambos se sienten más a gusto, sin embargo, Maldo no deja de despejar balones fuera a cada pregunta incómoda. Se repiten que, a pesar de las circunstancias del encuentro, es agradable volver a verse, escuchar la voz del otro y Pepo refiere que la muerte de su común jefe quizás sea el capricho del hado para renovar la amistad, tal vez una necesidad cósmica: matar al padre; liberarse de alguien que ya cumplió su función para que ellos realicen sin trabas su destino. El vehículo está próximo al piso franco, un lugar donde se encontraban “el marqués” y Pepo, una especie de oficina de asuntos turbios.

—Aparque detrás de aquel coche —señala Maldo intentando evitar que el taxista conozca la dirección exacta.

Bajan del taxi, se quedan quietos en la acera hasta que el vehículo desaparece doblando la esquina. Maldonado Vuján quiere llevar a su terreno la maniobra

—Será mejor que te espere frente a la casa, creo que no es bueno que nos vean juntos.

—Espero que no me la juegues. Todo sea por nuestra vieja amistad. Por cierto, ¿ya has pensado lo que vas a hacer con el

cadáver?

—Sí, pero no será ahora; me desharé de él este fin de semana.

—Dime que todo este asunto es como creo que es. Júrame que no me engañarás.

—No te preocupes, todo saldrá bien —lo dice convencido, con seguridad, pero las piernas le tiemblan, ahora mirando a los grandes ojos de Pepo—, tranquilo.

Es la tranquilidad que transmite el cirujano antes de la intervención, la tranquilidad del consuelo, de un final incierto y oscuro; Pepo siente esas palabras como salidas de la boca del médico cuando te dice que tienes una enfermedad incurable; tran-qui-lo, las escucha en cámara lenta. Maldonado Vuján se queda en la calle, mientras, el grueso personaje, el hombre al que le ha crecido el rostro con los años se dirige hacia la puerta del número 33. Se detiene junto al portal, retrocede, se vuelve frente a Maldo, que titubea dirigiéndose nervioso hacia Pepo.

—¿Qué ocurre?... ¿No vas a subir...?

La demora en la respuesta le atenaza las sienes.

—No tengo las llaves, están en mi despacho.

—Toma. —Maldo le entrega un llavero que sacó del bolsillo del pantalón.

—¡De dónde cojones has sacado estas llaves! Son mis llaves, “el marqués” tenía otro juego. ¿Qué está pasando? No subiré ahí hasta que no me aclares el asunto.

—No des voces joder, la gente nos mira; ya te lo explicaré todo.

Maldo piensa que hasta ahora ha tenido suerte, pero este inconveniente puede hacer peligrar el asunto y además exponerle al peligro. “¿De dónde y cuándo cogería las llaves de Pepo el portugués?” Tiene que pensar a gran velocidad.

—El muerto las tenía encima, te lo juro, son con las que abrió la puerta.

—No creo nada. Subirás conmigo. Como me la juegues no responderé de mis actos.

—De acuerdo… de acuerdo… cálmate; subiremos juntos.

En Madrid el cielo se encapota, un ligero bochorno otoñal inunda el aire y el sudor espeso recorre la frente de Maldonado Vuján; es incapaz de seguir disimulando su angustia. El exceso de adrenalina le está provocando un dolor agudo en los gemelos. Pepo le agarra del brazo y le invita a ir por delante

—Toma tú las llaves, yo iré detrás.

En el portal se repiten los olores que ya conoce, como si le estuvieran esperando; el calor rancio del edificio le ayuda a romper

a sudar por todo el cuerpo. Suben las escaleras, están ya frente a la puerta del tercero. Suenan las doce en los relojes, se escuchan todas las sonerías de la casa, una tras otra. “Maldita casa de relojes”, ha sido un susto de muerte, se dice Maldo renegando contra el tiempo, que se pare, que se pare la rotación, que se bloquee la elipse; en un deseo de congestión celeste. Cómo le gustaría dejar de sudar, estar tranquilo, en paz, pero sabe que estar junto a Pepo siempre le trajo incertidumbre, aunque solventada la mayoría de las veces con acierto. Ha encontrado una tercera justificación para desear la muerte de su amigo; primero el dinero, después la desaparición de Marta, ahora sabe que si no se hubiera relacionado con él en los ochenta no llevaría la vida que lleva. Por un instante, ser una persona normal es lo que más le apetece, un delineante anónimo, un obrero de la plumilla, u otra cosa, da igual, pero Pepo le arrastró sin remisión a una vida subterránea e incierta. Introduce la llave en la cerradura, abre despacio y la oscuridad inmediata anticipa que las contraventanas siguen cerradas. Las pupilas se adaptan a la tenue claridad que viene desde la puerta entreabierta de la cocina, se construye una penumbra en el pasillo. “Si entra en el salón estoy jodido, ¿dónde cojones está el portugués?”, su ángel salvador, un ángel de alas chamuscadas y negras. Maldo únicamente desea que Agostinho Vieira encañone a su acompañante.

—¿Dónde lo tienes? —dice Pepo mientras le sujeta la chaqueta por la espalda y enciende la luz del hall.

—En el despacho del fondo —escucha el cierre de la puerta de entrada, es un golpe opaco, sucio.

—Camina despacio.

La luz del hall no deja ver con plenitud el salón de la vivienda, el sofá donde yace Marta queda a la derecha de la entrada de esa estancia, oculto por el muro. Cuando han dado cuatro pasos por el pasillo una voz melodiosa descongestiona al protagonista.

—Por favor, suéltele —dice el luso que ha salido de la cocina para encañonar a Pepo.

—Quién es este… Maldo… quién es, no me jodáis.

Pepo se gira con violencia, el portugués retrocede un paso mientras el corpulento hombre cae de rodillas frente a él. Maldo, que también se ha girado, mira su espalda paralizado. El agujero de la bala ha quemado la ropa sellando la chaqueta y la camisa a su piel. Apenas se ha escuchado el zumbido del silenciador con el intento de forcejeo. Un sujeto experto en estas lides como el luso no le dio más opciones a pesar de que le gusta charlar con las víctimas. Pepo se desploma, cae simultáneamente José Pulido y José Martín;

un hombre de varias identidades. Maldo se sienta en el suelo del pasillo, la espalda contra la pared, el rostro entre las piernas flexionadas que sujeta con sus brazos a modo de arandela gigante.

—Creo que lo mejor es irse ahora mismo —dice el portugués.

—Déjeme respirar… me ahogo.

Parece como si hubiera caído el telón, una gran cortina en un teatro vacío esperando el último acto. Entre bambalinas, Maldonado Vuján se pregunta quién es el director de la obra ¿Qué extraña sucesión de acontecimientos le han abocado a encontrarse hecho un ovillo en el suelo de aquella casa? Piensa que ha sido el azar, el maldito azar, nada estaba previsto como ha ocurrido, o tal vez sí. Se apagan las candilejas, también las luces del proscenio. La puerta de salida entreabierta favorece en la penumbra la silueta de Agostinho Vieira, que le acucia a levantarse. Dejan la escena llena de personajes tendidos, de olores rancios y pesados, de emociones condensadas y ya perennes en la memoria de Maldo. Tiene que sobreponerse mientras se separa del enjuto portugués en el rellano. Ni una palabra, primero sale del edificio el caracartón con paso corto aunque suelto, después Maldo, que arranca acelerado hacia su derecha la calle Remuleto. Mientras camina sin rumbo, aclarando las ideas, piensa que la tarea no ha terminado aún, que queda mucho día por delante, que tiene una faena complicada que deberá afrontar sin errores. Se sobrepone poco a poco mientras repasa minuciosamente el plan, tiene una hoja escrita en su cerebro, llena de notas: horarios, situaciones imprevistas, itinerarios alternativos, diversas disposiciones de escape. En esta ocasión juega con desventaja, no se acercó a la joyería para que no le grabaran las múltiples cámaras que hay en esa calle, siempre observó desde la distancia. Le obsesiona cometer un error y repasa una y otra vez el siguiente acto. Ahora se frena, tiene que beber. Un sencillo bar en Bravo Murillo le sirve de parada, tomar fuerzas y recapitular. Sentado sobre un taburete de piel rajada comienza a respirar más pausado, la tensión está en niveles más normales, un cierto sopor se apodera de él, mira el falso reloj de su muñeca, todavía queda tiempo para ponerse en marcha. A su memoria acuden recuerdos. “Un perdedor no es solamente a quien no le llega la fortuna”, ha perdido lo que más deseaba en su atormentada vida, “solo un beso, pude darle solo un beso”, y despierta del letargo entre el bullicio del pequeño bar a la hora del vermut.

Nota del diario IX:

Esta mañana un joven llamó a la puerta de mi apartamento. Es domingo, de ahí mi sorpresa, los días de fiesta no suele acudir nadie a mi casa, y menos a esa hora. “Esto es para usted”. Pregunté si estaba seguro; señaló con el dedo índice las letras a rotulador negro en el envoltorio, no cabía duda de quién era el destinatario. El sobre, de esos acolchados, cerrado y mi nombre como única escritura. Quedé mirando al joven, las nueve y media de la mañana. “Espero que sea importante, me has levantado de la cama”. Iba a preguntar si tenía que darle algo cuando ya estaba dando brincos mientras bajaba las escaleras. Intento recordar cómo era ese joven y solo puedo acordarme de su cazadora negra, tal vez de cuero, su media melena lisa afilándole la cara limpia y amable. Debía encontrarme medio adormilado, porque suelo ser un buen observador. Estoy perdiendo facultades. La inquietud y la curiosidad me obligaron, mientras dirigía mi trasnochado cuerpo al gabinete, a romper el sobre para ver con más comodidad lo que contenía. No fue torpeza, no me dio tiempo a preguntar quién lo enviaba, aunque estoy seguro de que la respuesta hubiera sido una subida de hombros, diría que él era un mandado, estas situaciones suelen terminar así, con esa contestación tan imbécil, “soy un mandado”, que es como decir “pasa de mí pringao” o “a ti que te importa payaso”, en fin. Solo tuve que asomar a la luz los papeles de su interior para saber que eran de Maldo. Saqué de aquel sobre una cuartilla doblada y un billete de avión. “¡Joder, es para mañana!”, exclamé en voz alta. Maldo está pirado. Ante la situación y sin leer aún la carta, persistía en mi negativa de viajar, sin embargo una vez leída la misiva, escrita con letra Garamond del 12, comencé a recapacitar. “*Querido amigo: No puedes negarte a venir. Te esperan sorpresas agradables; el clima en esta época del año es estupendo y debemos cambiar algunos detalles de la novela. Tienes razón, necesitas más datos, más explicaciones. Quiero que traigas el manuscrito. Si le falta el final no importa, la terminas aquí. Deja tus asuntos arreglados; como verás solo compré un pasaje de ida; la vuelta a Madrid para cuando hayas terminado. Un abrazo*”. Se me amontonaban las preguntas en la cabeza, “necesito un café bien cargado”. Cuando comencé a escribir este bodrio investigué a través de Internet, buceé por las hemerotecas, destripé la sección de sucesos de cada periódico en una franja de tiempo más o menos acorde al momento en que Maldo dijo que ocurrieron los hechos y no encontré nada. No creo que los cadáveres sigan en aquel piso

después de dos años aproximadamente. No existe la empresa Rosamunda Investment ni ninguna que se le parezca cerca del Bramante, único escenario real pero, con seguridad, distinto del verdadero, a saber dónde estará el auténtico Bramante. Sin embargo, la parafarmacia existe frente a él. El resto está desubicado, tal vez inventado. La manera de enviarme el billete de avión… Un hombre como él, ¿a quién tiene de confianza en Madrid que pueda encargarse de enviar un sobre personalmente? ¿Por qué no me ha enviado un e-mail? ¿Por qué no ha enviado un billete de avión electrónico? Está claro, sabe que si no lo hacía de este modo, rechazaría la oferta. De esta forma demuestra que me tiene bajo control, que será más difícil la negativa a volar. ¿Tal vez Max? No sé, pero creo que acabaré, sin querer, enterándome de todo. Decía que investigué en las hemerotecas sin fortuna, aunque esta mañana mientras restregaba mis legañas y sorbía lentamente esa taza de café cargado y caliente que tanto me gusta y necesito, sobre todo los días que por escribir no duermo y estoy harto de whisky, me puse a repasar la sección de sucesos de *El Mundo*, otoño de hace dos años. Recuerdo un crimen cometido en Chamberí, un asesinato, dos cadáveres que ya han quedado en el olvido y con seguridad un asunto sin resolver. Ha sido un fogonazo a pesar de estar adormilado. Tal vez estoy buscando lo que no existe. ¿Por qué tres cadáveres? Dejémoslo ahí. Seguro que a lo largo del día encuentro el caso. Como no tengo ni perros ni gatos que entretengan a un pariente será más fácil partir mañana. Pero debo acabar primero el capítulo, otra noche de insomnio.

IX(Viernes por la tarde) Se diluye en la turbidez

La lluvia de los últimos días ha dado un respiro a la ciudad y, aunque se divisan nubes blancas y veloces, el entorno es luminoso, una tarde preciosa de otoño, inspiradora; pero El Bramante está triste, para Maldonado Vuján doblemente triste. Es la hora tonta, no hay clientes alternando ni clientes comiendo ni tomando café. Maldo pensativo, apoyado su brazo izquierdo sobre el velador, recostado entre la silla y la mesa, en el vacío, sus piernas cruzadas al igual que sus manos sobre el vientre. Una anciana con ropa de niña y pintura de cabaret sestea en uno de los divanes con una copa de licor, de las de balón, que agita temblorosa; de vez en cuando mira a Maldo, las más de las veces cierra los ojos con movimientos suaves de cabeza. Al otro extremo un hombre de mediana edad hojea una revista sobre la barra, los camareros a lo suyo. A esta hora sabe que no encontrará a Max, no desea ver a nadie conocido. La luz de la calle rompe los cromados, múltiples brillos invaden la estancia disparados hacia todas las esquinas, Maldo siente que no le parece estar dentro de un local, es más bien una terraza cálida. Ha tomado unas tapas, no tiene hambre, ahora pide un whisky; solamente uno, se dice, esta tarde tiene que estar despejado. Se escucha un piano, esa música le aplastaría allí toda la eternidad, sería maravilloso, se dice, quedarse así, como en este instante irrepetible, olvidarse de todo como en una meditación prolongada. Joe Hisaishi. Sabe que tiene algo importante que hacer, su futuro depende de esa tarea. Es una música distinta, más nítida, más… las manos y el cerebro de un oriental, otra perspectiva, otro destello, como los de los cromados, cada fulgor una manera de expresión. Los recuerdos le adormecen, su mente está en aquella calle llena de lagestroemias y a la vez entreteje la visión de Marta, allí, en el diván burdeos junto a la anciana con ropa de niña. Doble tristeza para un local que tiene alma. Ah! las lagestroemias, esa flor de tardía primavera, poderosa a hombros de un arbolito endeble; su mirada se colaba entre las flores observando durante días la casa del banquero, y al final el chiquillo, transportado raudo bajo el brazo como si fuera un muñeco, en pijama, pálido, callado. Se pregunta el porqué de tanta mierda que luego genera más mierda.

Tiene que olvidar, también a Marta. Sin embargo no pudo evitar asistir al Bramante como una necesidad inconsciente, volver a la parrilla de salida, encontrar otro tipo de respuestas, o tal vez aquel lugar se había hecho magnético, un imán cósmico que le encadenó al café sin que él se diera cuenta.

Son las cuatro de la tarde, la hora que ha previsto para salir a apostarse cerca de la joyería. Varias vueltas a la manzana para encontrar el aparcamiento adecuado, el lugar preciso donde observar las maniobras de Roldán, suficientemente lejos, suficientemente cerca. Alterna periodos de espera en el vehículo con paseos por la calle, un bar a pocos pasos también sirve de recinto de vigilancia. Se aproxima la hora, el momento en que sus sentidos tienen que desperezarse. Han sido dos horas tensas, pero sabe que la verdadera tensión está por llegar. Sigue fabricando el futuro, ¿qué ocurrirá?, ¿cómo se desencadenará la acción?, ¿cuándo podrá descansar?, dormir placenteramente, tomarse una buena dosis de barbitúricos y olvidarse del asunto; "después ya veremos". Mientras piensa en el futuro, se le cruza "el marqués" campando por sus neuronas y se ofrece hipótesis de otras realidades, las que no han ocurrido, las que pudieron ser y no serán; sobre todo le obsesiona conocer cómo acabaría la historia si "el marqués" no hubiera muerto, si el asunto turbio se hubiera desarrollado como lo planificó aquel hombre. Tal vez dentro de unas horas conozca la muerte; quizá tenga una posibilidad con el portugués, aún no está convencido de que se haya retirado de la historia, eso le intranquiliza sobremanera. Es casi la hora, el centro de Madrid se despeja como cualquier viernes, "las salidas estarán colapsadas", seguir a Roldán por la carretera de Barcelona será complicado. Aparcan un BMW ranchera junto a la puerta. Sale del vehículo un hombre alto, al instante reconoce a Roldán, impecablemente vestido, entrando en la joyería. Maldo enciende el motor. Los minutos se estiran y la impaciencia le catapultaría del asiento. Hoy no vuelan los recuerdos sosegados, son los fantasmas los que oprimen el pecho de Maldonado Vuján. Salen juntos, el guarda de seguridad y Roldán; el primero lleva dos bultos pesados, colgados cada uno de una mano; el segundo, un tercer bulto en la izquierda, en la derecha un maletín grande, deja el maletín en la acera, otra vez el parpadeo de las luces del vehículo, abre el maletero. Los dos hombres hacen la carga con normalidad. Con la normalidad de un sujeto que ha premeditado el robo sin impedimentos, que lo está cometiendo sin barreras, sabedor de que domina la situación, con la seguridad de un tipo que ya se cree multimillonario, un buen

pellizco le prometería "el marqués". La calle ha perdido la luminosidad, toda en sombra, una sombra agradable de fin de jornada laboral en el templado otoño madrileño, un fin de semana por delante para escapar a cualquier sitio. Roldán estrecha la mano del grueso hombre de seguridad, seguro que le despide deseándole que pase un buen fin de semana, "hasta el lunes", ¿qué lunes?, un lunes de nunca. Roldán queda mirando unos instantes la fachada del establecimiento, con fijeza, sin mudar el rostro. Los viandantes no observan nada raro, las cámaras de seguridad apostadas en varios puntos de la calle no dejan de grabar; eso a Roldán le suda los cojones, se dice Maldo, cuando comiencen a buscarle habrán pasado más de setenta y dos horas, suficiente para dar la vuelta al planeta varias veces, o para esconderse en una osera todo el tiempo que haga falta. Un golpe de estos, perpetrado por un solo hombre tiene grandes posibilidades y ahora sin Marta podría resolverlo aún mejor, incluso evaporarse y pasar del "marqués". Maldonado Vuján acelera suavemente intentando que no se note la persecución, a distancia, la suficiente para ser invisible, la suficiente para no perderlo cuando lleguen a las calles de más tránsito. El punto de encuentro con una mujer que está muerta es la gasolinera que hay en la Avenida de Aragón, carretera de Barcelona, junto al desvío de un polígono industrial a pocos quilómetros de Madrid, muy próximo al aeropuerto de Barajas. Qué curioso, se dice Maldo, mira que llamarse Polígono Fin de Semana. El BMW dobla y guía por Ortega y Gasset. Maldo piensa que se dirige hacia Alcalá para salir desde allí a la Avenida de Aragón. No, gira en la Plaza Marqués de Salamanca y enfila Príncipe de Vergara hacia el norte, Maldo cree que tomará María de Molina, Alcalá estará embotellada; es lo más lógico, afrontar después la Avenida de América. El BMW continúa su camino, el Ford de Maldo renquea para no sobrepasar la distancia prudencial, cuando encuentra huecos se cambia de carril para evitar una posición franca. Roldán está a la altura de María de Molina, debería girar a su derecha. No. Atraviesa la calle, a Maldo le da un dolor en el estómago, "joder, dónde vas hijo puta", siguen circulando por Príncipe de Vergara, la información del portugués era errónea, o un cambio de planes en el último momento, pero no puede ser, Roldán no ha hablado con Marta, dónde cojones va, se pregunta. Continúan por la misma calle, empalman con la Avenida de Pío XII. La estrategia de Maldo se ha ido al traste, la idea de abordarle en la gasolinera se ha ido a la mierda, le toca improvisar, eso no es bueno a pesar de que no se le dé tan mal. Intermitente a la izquierda, la avenida está saturada, confía en no perderle, le

tranquiliza la maniobra, tal vez esté jugando a despistar por si le siguen, pero es improbable, la velocidad es lenta, no se percata de nada. Maldo sabe lo que hace. El BMW gira y ataca la calle Caídos de la División Azul. A pocos metros aparca el coche junto a la acera, al lado de un grupo de edificios de cuatro plantas de ladrillo oscuro, la última planta de buhardillas parecen el sombrero del inmueble. Todos los edificios rodeados de pequeños jardines abiertos a la calle. Maldo aparca el gastado Ford a cien metros de Roldán; este se baja del vehículo, lo cierra, otra vez las lucecitas ámbar. "En esa chatarra va una fortuna". Entra en un bajo, parecen unas oficinas prácticamente en semisótano, las ventanas cerradas. Maldo está a escasos treinta metros, se encamina despacio hacia el sujeto; oculta su figura tras la marquesina de la parada de autobús. Se asoma por la puerta una mujer que no reconoce, no puede ver su rostro, tal vez Rebeca, la amante de Roldán, la amante también de Pepo; piensa Maldo que es una mujer que ha escogido bien sus cartas, al lado del caballo ganador. "Este hijo de puta se la ha jugado a Marta", pero ya ¡qué más da!, si ella no estuviera muerta estaría esperando como una imbécil en esa gasolinera del Polígono Fin de Semana. Maldonado Vuján comienza a improvisar la acción, se lo debe a Marta, a Pepo, "al marqués", a sí mismo… —más justificaciones en un mar de justificaciones—. No será difícil entrar, deshacerse de ellos y tomar las llaves del BMW, pero recapacita, no sabe quién más puede haber dentro y seguro que están armados, es arriesgado, por ahora lo más prudente… observar, esperar una nueva maniobra. Sin embargo, el ansia de terminar cuanto antes aquella situación, y un extraño impulso, le acercan a su objetivo; sin precipitarse se aproxima al estrecho corredor ajardinado, está unos pasos por debajo del nivel de la calle, mira los detalles de la fachada, "¿qué hacen allí?". Una pequeña placa metálica junto a la puerta, junto al llamador del timbre Rosamunda Consulting, un nombre familiar, tal vez "otro chiringuito financiero de Pepo". Una extraña fuerza le impulsa a llamar al timbre con la normalidad de alguien que va a ser recibido. Abre la puerta una mujer.

—Te estaba esperando.

Maldonado Vuján queda paralizado, no acierta a decir nada. Desanuda la garganta y pregunta arrastrando las palabras

—¿Qué haces aquí?

—Pasa, no te quedes como un pasmarote.

Maldo obedece en silencio. Una sala grande, única y parcialmente iluminada, se extiende frente a él. Varias mesas de despacho vacías, al fondo una gran mesa de juntas y detrás una

puerta posiblemente del baño; dos sofás a la derecha de la gran mesa, un hombre sentado en uno de ellos; de espaldas; gira la cabeza, parece Roldán pero la escasa luz del interior solo le permite adivinarlo. Huele el polvo, también un cierto olor a cañería, a cerrado, le hacen suponer que es un lugar que se utiliza poco desde hace tiempo, quizá para ocasiones especiales…

—Adelante, señor Vuján, póngase cómodo… acérquese —dice la silueta de cabeza vislumbrada en la esquina de la estancia con una voz que retumba ronca y poderosa en aquel lugar sacado del tiempo.

—No te quedes ahí, Maldo —dice ella.

A Maldonado Vuján le cuesta dar un paso, las piernas le parecen de cemento armado, cree estar literalmente anclado al parquet. Ella junto a él, esperando a que se decida. Después de un instante infinito arranca las palabras de sí mismo

—¿Sabe usted a qué he venido?

—Por supuesto, señor Vuján —dice el sujeto del sofá con rapidez y decisión—, a impedir, o disuadirme, de algo que no tiene remedio. Cuando se inicia una acción es difícil pararla, dar marcha atrás, sean cuales sean las consecuencias. Pero… acérquese hombre, no le va a ocurrir nada, estamos entre personas civilizadas, estoy convencido de que también es un hombre cuerdo. Max me ha hablado muy bien de usted.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

—Nada, es una pasajera ¿entiende? Mandó dar un recado a la persona inadecuada. Es mi hermana.

—No creo nada.

—Son las casualidades de la vida. Siéntese por favor señor Vuján .—Mientras, Maldo se ha ido aproximando con lentitud, con miedo, escuchando la voz, pesada y ronca de Roldán, que sale del pecho como si fuera este una caja de resonancia—. Seguro que tiene algo que decirme, estoy deseando escucharle.

Maldonado Vuján está dentro del laberinto, en un lugar de difícil salida, está cansado de que le engañen los sentidos, de las falsas apariencias, tiene ganas de dormir, de descansar, le da igual; aunque también piensa que no es momento de flojeras, debe salir de la turbidez y confía en su suerte.

—No sé si sabe que me han contratado para abortar la operación que usted ha montado… ya me entiende.

—Lo sé, pero sea más claro, nos entenderemos mejor —dice Roldán con la voz más atemperada.

—¿Hasta dónde sabe ella? —dirige la mirada a Max que está

escorada a su espalda.

—Max sabe lo que tiene que saber, ni más ni menos.

—¿Y Marta, en qué lugar queda?

—¡Ah! Sabía que hablaría de Marta. Ella ya no está entre nosotros, de sobra lo sabe. ¿Para qué iba a ir a la cita? ¿A encontrarme con un fantasma? ¿A encontrarme con usted? ¿Para qué? Para que me robara o acaso para dejarme robar.

Maldo siente que está sumido en una pesadilla.

—Es imposible que usted sepa que Marta está…

—Muerta… sí, dígalo sin falso pudor.

—Nosotros no queríamos que muriera —dice Max.

—¿Nosotros? —con sorna agria en el rostro—. ¿Quiénes sois? —pregunta Maldo mientras posa su cuerpo cansado en el sofá contiguo y una risilla nerviosa le impide continuar la conversación.

—Despacio, señor Vuján, nos ha sido de gran ayuda entrando en este asunto. No tenemos nada contra usted, pero sabe demasiado, aunque creo que no va a acudir a la policía; un hombre de su oficio no, seguro que no irá. Además, siempre podemos llegar a un buen acuerdo económico, ¿me equivoco?

Esas palabras le reponen y continúa con un hilo de voz cada vez más grueso

—Parece que me conoce bien, pero no se fíe… ¿Es el hijo del banquero, verdad?... No entiendo a qué viene tanta venganza, su padre cometió un crimen irreparable…

—Como todos los crímenes —interrumpe—, pero su muerte no podía quedar impune y cuando supe, después de investigar muchos años, que esos personajes estaban forrados, tenía que resarcirme y ponerles fuera de circulación. La banca siempre gana, ja, ja… —la risa ronca y cruda rebota en las paredes, el sabor de la venganza fría atasca los oídos de Maldonado Vuján.

—Pare ya… no tiene escrúpulos.

—¿Y usted, los tiene? ¿Se cree mejor que yo después de haber traicionado a su mejor amigo? Sé muy bien que aquel día formaba parte del grupo de asalto a la casa de mi padre, pero también sé con certeza que usted no mandó matarle ni intervino en la tortura y asesinato. Sabe bien que los dos hombres que han muerto eran los ejecutores.

—¿Y Marta?

—Ah, otra vez Marta. Estaba en el lugar equivocado. Quizá, señor Vuján, usted tenga algo que ver en eso, lo siento —sonríe con acidez.

—Iba a marcharse con ella.

—Noooo… me servía para apoderarme de la fortuna de su marido, cuando entré a trabajar para ellos ya lo tenía estudiado. Hacerle chantaje, atraerle sin levantar sospechas; era un tipo difícil y duro, pero usted, señor Vuján, nos ha simplificado el trabajo. El señor Martín no engañaba al señor Martín, perdón, tal vez prefiera “Pepo”, y “el marqués”; decía que no se engañaban, se lo hicimos creer de manera indirecta… En fin, ¿cuánto quiere, señor Vuján, por salir tranquilamente por donde ha entrado y olvidar para siempre esta historia?

—Tú qué tienes que decir, Max ¿me has utilizado?

—No, Maldo, te juro que no. Lo nuestro ha sido sincero. No quería estar aquí en estos momentos, no quería escuchar esta conversación. Mi hermano se empeñó, dijo que la verdad tenía que ver la luz y yo era parte de esa verdad. Nos volveríamos a ver y eso te ponía en peligro.

—¡Cállate Max!

—O sea que eres mi salvadora… ya he oído demasiadas sandeces.

—Nosotros no somos asesinos, no matamos por matar, contra usted no tenemos nada. Sabe demasiado y teníamos nuestras dudas. Insisto ¿Cuánto quiere?

—Págueme lo suficiente para no tener que trabajar más el resto de mi vida.

—¿Cuánto durará su vida, Maldonado Vuján?

—Pongamos que cien años, así podré darme algún capricho.

—Maldo, perdóname —dice Max—, no quiero que me tengas rencor, todo esto fue idea de mi hermano, no he deseado nunca la muerte de nadie.

—Tenga mucho cuidado, señor Vuján, le estaremos vigilando. Vigilando ¿entiende?

Maldonado Vuján se levanta en cámara lenta del polvoriento sofá. Max se abalanza contra él, enrosca sus brazos al cuello de Maldo, le acaricia el pelo, le besa; él hierático y tieso, impasible, los brazos caídos, la mirada a ninguna parte, sin pensar, como si una gran losa se hubiera separado de sus hombros; aparta suavemente a la mujer y camina hacia la puerta como un sonámbulo.

X - Calor y humedad

La pequeña avioneta toma tierra en la pista de tierra. Saltos, sobresaltos. Escribo estas palabras desde una vieja y descascarillada mansión que más parece un hotel con barrotes en las ventanas, las vistas al mar, ahora nocturno, con una luna que invade la ancha bahía, toda de playa excepto un gastado pantalán en un extremo. Los veleros fondeados brillan en la oscuridad ramplona. Sudo, por la ventana abierta penetra la humedad insoportable, los mosquitos y una música de fondo, lejana, triste. La pequeña avioneta aún no había parado los motores y ya me encontraba pisando esta isla diminuta. Llevaba a cuestas catorce horas de avión, primero el reactor y después ese cacharro que dejé a mi espalda, la llevaba hecha trizas.

—Hola, le estaba esperando desde hace un buen rato, aquí los horarios son aproximados, ya estaba impaciente. Acompáñeme, el doctor Vuján le espera.

—¿Cómo se llama? —dije casi gritando para sortear el ruido del aparato.

—Néctor, señor.

—No puede ser tanta casualidad, también se llamaba así la persona que me recogió en el aeropuerto.

—Aquí es muy común —dijo el mulato mientras subía al Jeep aparcado a un lado de la pista de aterrizaje.

Aquel lugar era un islote de tierra roja entre palmeras, la vegetación se elevaba hasta la mitad del palmeral, era como un muro verde, infranqueable. Mi cuerpo tullido por el viaje, la pequeña maleta se hizo de plomo, la ropa empapada; me costó un gran esfuerzo rodear el vehículo para subir a él.

—¿Hace mucho que conoce al doctor? —Me agarré con fuerza para no botar en la arrancada.

—Unos meses no más que estoy a su servicio.

—Hábleme de él.

—Qué quiere que le diga, usted le conocerá mejor que es su amigo.

—¿Eso le ha dicho? ¿Que soy su amigo?

—Es su amigo, ¿no?

—Sí… eso creo —lo último lo dije en voz baja, y añadí—, ¿está muy lejos la casa del señor Vuján?

—Veinte minutos no más, al otro lado de la isla.

Dimos saltos sin parar por un camino con dos roderas pronunciadas; se hacía interminable; al final, civilización, comenzamos a divisar viviendas de madera de colores, alguna mansión, jardines, y lo mejor: carretera de asfalto; pareciera que hubiéramos cambiado de transporte de no haber sido por los acelerones y tirones de un conductor impetuoso. Al acercarnos a la parte baja de la isla y aproximarnos al mar, pude sentir el cambio de olores, menos pesados, el aire más fresco; fue la brisa, sin embargo el sudor no cesó, las gafas de sol manchadas a cada momento me impidieron una visión franca del entorno.

—No me ha dicho nada del doctor.

—Es un buen hombre, todo el servicio le estamos muy agradecidos. Y la señora también es muy amable, está en todos los detalles.

—¿La señora? —rectifiqué—. Claro, no me acordaba que había venido con él.

—Ella llegó con el doctor en el último viaje.

No pude imaginar a quién se trajo de Madrid, o de cualquier otro lugar. Me resultaba extraño que Maldo utilizase aquí el nombre que le había colocado en la novela, aunque bien visto, si deseaba pasar por otra persona estaba bien; muy apropiado. El Jeep aparcó bajo un gran porche de madera, los jardines lujuriosos, como todo lo que se asienta a este lado del mundo.

—Olvidé decirle que el doctor y su esposa regresarán a la hora de la cena.

—Vaya… esperaba un gran recibimiento, je, je.

—No se preocupe, señor, está todo dispuesto, en su cuarto encontrará lo necesario —se bajó del Jeep dirigiéndose a una mujer mayor, vestida de negro, con el pelo entreverado de canas y moño que se aproximaba desde la puerta hacia nosotros—. Rosa, acompaña al señor.

—Sígame por favor —dijo la mujer con voz cálida, agradable y ese acento que parece acariciarte con las palabras.

Nector se despidió efusivamente deseándome una buena estancia y añadió:

—¿Le gusta la pesca?

—No sé… en fin, estoy un poco aturdido por el viaje.

—Si le gusta la pesca se lo pasará en grande con el doctor, ya verá, ya. Hasta pronto.

Desde la entrada de la casa se ve el mar, pero el interior fue un espectáculo increíble. Atravesé una sombría galería de acceso que

abrió una inmensa estancia luminosa cuajada de plantas, macetas de terracota, suelo entarimado blanco, las paredes lejanas y azules; parecía un patio, era más que eso; ventanales enormes de cuadradillo inglés y un gigantesco lucernario, más una cúpula de hierro y cristal; al fondo, unas escaleras que desde el primer peldaño se dividían en dos retorcidos brazos para subir al esbelto corredor que bordea el interior de la vivienda. Grandes puertas, cuatro con la de entrada, orientadas por aproximación a los cuatro puntos cardinales; me percaté de que los dibujos de la tarima, colores crudo, blanco y tostado ofrecían una enorme rosa de los vientos. Algunas descamaciones de pintura, fruto de la humedad más que del tiempo, daban a la casa un aire colonial muy atractivo.

—Le mostraré su cuarto, señor.

El silencio, truncado por el chillido de lo que me parecieron pájaros, no era desagradable. Una cama al fin, pensé cuando contemplé la habitación que me habían asignado mientras la abría aquella dulce mujer.

—El mando del aire lo tiene junto al televisor. Si necesita cualquier cosa no dude en llamar. La cena es a las nueve, creo que para esa hora los señores habrán llegado.

—Gracias —cerré la puerta.

El espacio era suficiente, predominando los azules al igual que en el resto de la casa; el detalle del escritorio con un portátil y una impresora me llamaron la atención. Maldo lo tenía todo previsto. Abrí el armario para dejar mis pocas cosas y la sorpresa fue creciendo; un smoking blanco, camisas y ropa de lino: pantalones y chaquetas. La nota que encontré sobre la mesa no dejaba duda, Maldo controlando todos los pormenores: *Bienvenido, deseo que tu estancia sea lo más placentera posible, si necesitas algo más sólo tienes que pedirlo. Maldo*. Me tumbé sobre la cama, el viejo ventilador estaba parado. A pesar del calor agobiante, ni me molesté en accionar el aparato del aire acondicionado, estaba tan cansado, el letargo no se hizo esperar. Quedé dormido varias horas hasta que un charco de sudor molestó a mis sueños. El sol se ocultaba detrás del brazo más lejano de la bahía, una suave elevación mezcla de rocas y verde, entonces un verde más oscuro atemperado por la luz. La ducha; ese fue mi primer instinto después de contemplar los últimos latidos del día. Tras la agradable sensación del agua tibia llegó el frescor en la piel, aunque duró pocos minutos. La primera ocurrencia fue abrir el armario y oler aquellas ropas impregnadas de un raro perfume, lino limpio y terso. Ya vestido con un pantalón blanco anudado a mi cintura, camisa blanca y chaqueta de hilo

menos blanca que la camisa, me miraba en el pequeño espejo de la habitación, era mi talla aunque el pantalón tuve que fruncirlo bastante; listo para bajar, faltaban pocos minutos para la hora de la cena. Aún tuve tiempo para acabar de ordenar mis cosas, comprobar que el borrador del manuscrito no se había deteriorado en la pequeña maleta. La casa vacía. Anduve por el corredor, bajé las escaleras y me senté en un butacón de ratán medio oculto entre hojas de ficus y otras plantas amontonadas en un ala de esa gran estancia, entonces con una luz distinta que atenuaba los colores ofreciendo una estampa casi en sepia, escuché livianos murmullos, una música lejana, vacío. De repente truncó la ensoñación y el escenario una carrera, pasos cortos, un tan tan en la tarima. Una joven vestida de negro con delantal amarillo, que tal vez también se llamara Rosa, corría hacia la puerta principal, no se percató de mi presencia; gritos en una habitación, tal vez en la cocina, pensé. Voces, hablar alto, llegaba gente desde la calle, aunque no barrunté ningún vehículo. Atravesaron el salón Maldo, la criada y una mujer a la que no pude verle el rostro, de espaldas hacia mí, observé como ella se adentró en una de las habitaciones de la planta baja, Maldo dando órdenes, salió otra mujer; observando la escena no tuve ganas de levantarme, de decir que estaba allí, esperando. Al instante desaparecieron todos y desde el corredor de la primera planta, a voces:

—Te estaba buscando. Ya veo que te has puesto cómodo y dispuesto para la cena.

—Estaba medio dormido, después del viaje, el cambio de horario, estoy cansado —dije elevando el tono.

—Ya dormirás toda la noche. —Se acercaba a grandes zancadas —. ¿Terminaste el trabajo?

— Sí, está en mi cuarto.

—Bravo —me dio un abrazo—, pasa al comedor, desde allí tienes una vista magnífica, voy a arreglarme, en pocos minutos te presentaré a mi mujer.

Nos dirigimos al comedor; al fondo, una gran terraza con vistas a la bahía, una mesa en el exterior llena de velas, con una decoración frutal muy barroca. Dentro de la sala, separada de la terraza por altas cortinas de tul casi transparente, se ubicaba otra mesa de comedor sin montar, las paredes con alacenas y muebles aparador.

—Espera en la terraza, estarás más cómodo, tengo ganas de hablar contigo, seguro que tendremos que cambiar muchas impresiones.

Asentí con la cabeza, sonriendo, la verdad es que antes de llegar no esperaba un escenario y un entorno como el que encontré. Cerró la puerta tras él y me dediqué a pasear por la habitación, contemplaba fotografías de personas que no conocía, me recreaba en algún cuadro de gran colorido, intentando dislocar alguna contractura de mis cervicales que incomodaba el momento. Una cierta alteración se apoderó de mí al sentir que se acercaba el instante en que tendría que saludar a su mujer; comencé a escudriñar con más detenimiento los objetos, abrí un cajón, nunca lo hago pero, no sé por qué, instintivamente lo hice; un revolver, un treinta y ocho asomando la culata entre un juego de servilletas que descoloqué. En otro momento me hubiera asustado, pero me pareció normal, una casa apartada, grande, sin medidas de seguridad, en un lugar tranquilo donde seguramente nunca pase nada, pero quién sabe, no sería el único arma que habría en aquella mansión. Cerré el cajón y me situé en la terraza, junto a la barandilla; sudaba más por una cierta zozobra que por la humedad, pues la noche se hacía agradable aunque sin perder el sopor caribeño. Comencé a recapitular la novela, a releerla en mi mente, como si fuera a celebrarse dentro de pocos minutos un examen, el profesor un hombre al que no tenía gran simpatía. Entró una camarera, poner todo a punto su misión, detrás Maldo, el pelo mojado, vestido para la ocasión, me pregunté si serían así todas las veladas. Un par de botellas de la mano.

—El vino lo traigo de España, aquí solo encuentras chileno o californiano, un asco. No quiero decir que sean malos, pero lo nuestro es lo nuestro —mientras descorcha una botella de Pingus del 2006—. Aunque este dentro de poco solo podremos comprarlo en Nueva York, la culpa la tiene el tipo ese, ¿Cómo se llama?... este… Parker creo.

—No sé, de vinos no entiendo.

—Es una pena, no me gustaría que no disfrutaras suficientemente con este caldo, y además en este entorno, ¿te gusta?

—He quedado impresionado.

—Ya te dije que te gustaría.

—¿Por qué me encargó el trabajo?

—Te refieres a la novela… no me atreví a escribir sobre mí mismo, además no sé escribir ni un renglón, las cartas comerciales tal vez me salgan solas, la costumbre.

—Ya. Aunque no sabía que tuviera costumbre de escribir cartas comerciales, ya me contará, es usted una caja de sorpresas; cada vez estoy más convencido de que la novela se ha quedado corta, tiene

que hablarme más de su vida.

—Pero no me llames de usted, creo que deberíamos tutearnos. ¿Qué tal el vuelo?

—Los vuelos, diría yo. Cansado.

—Brindemos antes de que venga mi mujer… ¡por la novela!

—Usted… perdón, me aseguraste que era una historia real pero no lo creo, no dejo de preguntarme por qué pones en peligro tu libertad y también tu vida por airear una historia oculta de personas que no interesan a nadie.

—Quizá modifiqué la realidad de tal manera que nadie, y digo absolutamente nadie, pueda relacionar los hechos, suponiendo que alguien conozca esos hechos, cosa que dudo.

—No eres el verdadero señor Vuján.

Las palabras han sonado como un gong, un punto de inflexión incómodo.

—Creo que el viaje te ha trastornado, qué tonterías dices, perdóname pero no estás aquí para decir sandeces, ni para investigar lo que no es investigable. Estás aquí para entregarme el manuscrito y terminarlo, de paso disfrutar unos días; el por qué y el para qué lo quiero es cosa mía, ¿queda claro?

—No hace falta ponerse así, solo que no me gusta que me mientan.

—¡Ah Cariño! Te presento a mi escritor favorito, ya te hablé de él en Madrid.

A ella le bastó con un ademán para saludar, mi primera intención al levantarme fue darle dos besos pero frené mi instinto, lo dejé en un simulacro de besa mano, la mujer imponía, alta, un espectacular cuerpo se dibujaba bajo la tela roja del ceñido vestido, hasta los pies, el escote alumbraba los senos; elegante, rubia y bella como nunca he visto una mujer, madura pero no mayor, de edad indeterminada, sensual con una mirada posesiva y enigmática. Sus manos cálidas se apartaron con velocidad de las mías.

—Encantado de conocerla —se me atragantó la saliva pero continué—, no imaginaba encontrar tal belleza en esta isla.

—¿Sabes lo que dice nuestro invitado? Que no soy Maldonado Vuján —se reía con una risa ronca y poderosa.

A veces me pierde no morderme la lengua, no tenía que haber dicho nada relacionado con las identidades. Esa mujer era ella, sí, Marta, apostaría mi mano y no la perdería. No es exactamente como la imaginé pero se aproximaba, “cartas comerciales”, qué ironía. Maldonado Vuján fue descrito sesgadamente por otra persona distinta, tal vez Roldán. Imaginé la verdad, a Maldo muerto en

aquella lúgubre oficina de la calle Caídos de la División Azul, también imaginé que nunca acudió con Marta al piso de la calle Remuleto 33, que fue allí solo y negoció con el portugués; imaginé que tanta exquisitez solo podía ser fruto de un hombre con una educación exquisita, imaginé a Roldán como el retorcido hijo del banquero perpetrando su último acto, un acto supremo matando a Maldo más por celos; imaginé… Maldo era un perdedor, ahora estaba seguro. En un acto irreflexivo y automático me levanté de la mesa, aparté las cortinas de tul blancas, salí de la terraza y accedí al comedor, no dio tiempo a que ellos dijeran nada, me siguieron con la mirada, cuando quisieron percatarse de la maniobra estaba encañonando desde el umbral de la terraza al "doctor Vuján", a Roldán, al hijo del banquero o como quiera que se llame. Dejé que me acariciaran las gasas; ella, sin inmutarse, daba un sorbo de buen vino. La detonación provocó un revoloteo de pájaros. Marta contempló sin pestañear cómo se desplomaba aquel hombre.

Ser irreflexivo es la perdición de todo asesino; allí quedé sentado sin pensar en nada, hasta que dos ridículos policías de pantalón corto y tirantes me trasladaron a esta descascarillada mansión que más parece un hotel con barrotes en las ventanas.

Biografía del autor

Carlos de Tomás

Poeta y novelista español.

Web: http://carlosdetomas.es

Navalmoral de la Mata (Cáceres) 1960.

Cursa estudios en la Facultad de Derecho de Salamanca desde 1977 a 1981. Es Máster en Dirección Económico-Financiera de Empresas en 1991. Consultor de empresas y empresario (1987-2002).

Bibliografía

Poética:

Atardecer. Varona, Salamanca-1979 (ilustrado por J.L.de Pedro).

Revista Atril. Salamanca (1979-1980). (Cofundador de la revista).

Antología Novísimos Extremeños. Ed. HOY, Badajoz-1980.

Repetición de la Palabra (Anticuario). Ed. Europa, Salamanca-1983.

Varias inserciones de artículos y poemas en revistas y periódicos.

Epítome para la sinfonía. Salamanca-1986.

Poemas del destierro. Salamanca-1996.

En la soledad del escriba. Salamanca (2002-2005).

Poemas de la Habana. La Habana (Cuba) 2005, Salamanca-2006.

En la soledad del escriba (Antología 1986-2006). Ed.pasionporloslibros, Valencia-2010.

Viaje Astral. Ed.pasionporloslibros, Valencia-2011.

Narrativa de ficción:

Relatos de la ciudad gris. Salamanca-2009 (Colección de relatos hasta esa fecha).

El cuaderno veintiuno. Chiado Editorial, Lisboa-2010 (Novela).

Café Bramante. Ed. Amarante, Salamanca-2011 (Novela e-book).

Paisajes de Ceniza. Salamanca, 2011(Novela corta).

El hombre que leía a Dumas. Ediciones Rubeo, Barcelona-2011 (Finalista en el I Certamen Internacional de Relatos organizado por la propia editorial. Título del relato: *Agostinho Vieira*).

La ciudad gris y otros relatos. Chiado Editorial, Lisboa-2011 (Relatos y novela corta).

El cuaderno veintiuno. Ed. Emooby, Madeira-2011 (Novela e-book).

La confesión del Libio. Salamanca, 2011 (Novela).

Revistas:

Artículos y reseñas relacionados con la cultura en la *revista suite101*.

Colaboración en la revista literaria *Palabras Diversas* (nº 30, julio 2011, en la sección “La palabra”), inserción de un relato y un poema largo.